

LA ÚLTIMA
NOCHE
DE VERANO

Erskine Caldwell



se

Lectulandia

El autor de *El camino del tabaco*, considerado por Faulkner como uno de los cinco novelistas norteamericanos de mayor interés en nuestro siglo, narra en *La última noche de verano* la historia alucinante de unas horas de la vida de Brooks Ingraham, un día y una noche en la que el calor, la vanidad, la lúcida consciencia de su frustración y el deseo de liberarse de la fría tiranía de su esposa lo lanzarán a una aventura sexual que el autor describe con tensión exacerbada, bordeando un clima de alucinante perversión, en el que el calor de una noche sofocante de verano actuará como fondo de unas situaciones de violencia enloquecida.

Libro de arquitectura meditadaísima, *La última noche de verano* es quizá la obra más característica de Caldwell, la de construcción más sólida, la de mayor impulso lírico, revelación de un mundo de pesadilla, muy en la línea faulkneriana, con el dramatismo y la exasperación que hizo escuela en la narrativa americana de nuestro tiempo.

Lectulandia

Erskine Caldwell

La última noche de verano

ePub r1.0

Titivillus 19.05.16

Título original: *The Last Night of Summer*
Erskine Caldwell, 1963
Traducción: María R. Sanagustín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

EL DESPACHO

Transcurría la tarde un sofocante viernes de fines de agosto, y faltaban sólo unos minutos para las cinco.

Aún a aquella hora, el pálido cielo de verano tenía una brillantez bochornosa y el crepúsculo, cuando llegara, sería breve y sin sombras, como era siempre en la llana comarca ribereña que rodeaba Grandport. La oscuridad se presentaría súbitamente y a menos que una de las tormentas de verano subiera por el fangoso río procedente del Golfo de Méjico, trayendo consigo truenos, relámpagos e intensa lluvia, las estrellas relucirían y centellearían, ofuscando la débil claridad lunar que bañaría la yerba del Delta y los recovecos de las orillas.

Los estridentes ruidos y clamores de un día de trabajo a lo largo del río, iban disminuyendo, convirtiéndose gradualmente en un murmullo apagado, a medida que los camioneros hacían retroceder sus vehículos al interior de los muelles y almacenes y extinguían el rugido enervante de los motores Diesel, cumplidas ya las últimas entregas de la semana. La ancha calle de adoquines, a una manzana de distancia del puerto fluvial, con sus buques de carga de mástiles altos y herrumbrosos, quedaría pronto desierta y silenciosa y hasta el lunes por la mañana, el ronco rumor de los pesados camiones sobre baldosas sucias, no volvería a oírse.

Brooks Ingraham, alto y musculoso, con los primeros signos de gris en su oscuro cabello, iba sin chaqueta en el calor de aquel húmedo día de verano. Se encontraba de pie, detrás de su escritorio, seleccionando cuidadosamente facturas y declaraciones de desembarque y guardándolas en los diversos compartimientos del archivador, cuando Roma entró en el despacho cerrando silenciosamente la puerta. Él estaba tan abstraído en lo que hacía, que no advirtió su presencia.

Había sido una buena semana para el negocio, una de las mejores del año. No había habido amenazas de huelga por parte de los camioneros de la Unión, ni discusiones desagradables con los jefes de almacén acerca de las condiciones de trabajo o aumentos de sueldo. Los pagos de acarreos y almacenaje habían sido satisfechos con presteza y sin protestas y no había habido quejas de los clientes por demora en las entregas o género estropeado en tránsito.

Canturreando alegremente para sí mismo, Brooks empezó a pensar en el largo y perezoso fin de semana doméstico en el campo, unas pocas millas al norte de Grandport. Sentía impaciente para ponerse a escarbar el jardín, beber cerveza y contemplar un partido de *baseball* por televisión, bebiendo más cerveza mientras lo hacía. Y también iba a encontrar tiempo suficiente para llevarse a sus dos hijos a nadar al club local, como les había prometido. El verano tocaba a su fin. Dentro de unos días, Tommy y Pete regresarían a la escuela y no volverían a tener fines de semana libres hasta finales de la primavera próxima: Los sábados tendrían que hacer los deberes, habrían obras teatrales y representaciones alegóricas que ensayar, y siempre tendrían algún partido de baloncesto que desearían presenciar en el gimnasio de la escuela. Además, sería probablemente el último fin de semana que tendría para cavar y arreglar un poco el jardín. Ahora que el verano tocaba a su fin, no pasaría

mucho tiempo antes de que las primeras lluvias del otoño llegaran, y entonces el terreno permanecería mojado y enlodado hasta la primavera.

Roma se hallaba todavía junto a la puerta, con su cuaderno de notas apretado contra el pecho, esperando rígida, tensa y excitada, cuando Brooks se irguió por fin y la miró. Como si no la hubiera visto, ni habló ni sonrió.

Las manos de la muchacha empezaron a temblar cuando le vio mirarla, y por un momento dudó, a punto de abandonar el propósito que la había traído, pero fue ella quien dio el primer paso, alejándose de la puerta y acercándose al escritorio. A su espalda, podía oír los ruidos producidos por dependientes y mecanógrafas en el departamento de contabilidad adjunto, al cerrar cajones y apresurarse a salir a la calle, haciendo crujir el suelo de madera con sus pasos; pero el saber que pronto todos se habrían ido y que ella y Brooks se encontrarían solos en el edificio, la hacía sentirse más segura y a gusto.

El despacho de Brooks, de paneles de roble y roja alfombra, estaba en la planta baja del almacén de cuatro pisos construido con ladrillo, y ahora que el sol iba desapareciendo tras las sucias paredes de los edificios, entre calle y muelles, el resplandor que penetraba por la abierta ventana detrás del escritorio, iba haciéndose gris e indistinto. Para que pudiera verla mejor a la desvaneciente luz, Roma se acercó más al escritorio.

—Bien, Roma. Esto es todo por hoy —habló con su habitual manera amistosa, mientras se volvía a mirarla directamente. Tuvo una leve sonrisa—. Ya no queda nada que hacer. Absolutamente nada. Todo está en orden. A fines de semana, siempre queda todo perfecto, gracias a usted y a su cuaderno y lápices mágicos. Pase un buen fin de semana, y recompénsese a sí misma divirtiéndose como cuadra a una jovencita. La veré el lunes por la mañana.

Roma ocultó el cuaderno a su espalda y apretó las manos fuertemente para que él no pudiera ver cómo temblaba. Antes de entrar en el despacho de Brooks, había peinado cuidadosamente su abundante pelo castaño, pero a pesar de ello ya tenía un mechón sobre la frente. Antes de que la mirara de nuevo se apresuró a volverlo a su sitio y en su nerviosa prisa, se le cayó el lápiz sin que lo advirtiera.

De pie, tensamente erguida, con las rodillas bien juntas, se preguntó si Brooks habría notado cómo vestía. Aquella mañana había acudido al trabajo llevando por primera vez su nuevo vestido de verano, amarillo pálido, el mismo que había comprado a principios de semana a fin de poder llevarlo el viernes. Todo el día había estado cuidando sus movimientos y postura, para que los contables y mecanógrafas no advirtieran que no llevaba faja ni sostenes. Además de ser ceñido y revelador, el vestido carecía de mangas y tenía un pronunciado escote. No había sido diseñado para una oficina...

Mientras estaba allí, en actitud incierta, preguntándose qué debía hacer a continuación, Brooks cerró el archivador con un empujón vigoroso y tomó su americana. Se la había puesto ya, y estaba ajustando el nudo de su corbata, cuando

ella se dio cuenta de que se marcharía en cualquier momento, y temiendo que ello sucediera antes de poder hablarle, se acercó apresuradamente a la esquina del escritorio de modo que se hallara entre Brooks y la puerta.

—Roma, ¿no sabe usted qué hora es? —dijo él con una inflexión de reproche en la voz—. Más de las cinco. No tiene por qué quedarse después de la hora. Mire su reloj. Debería estar ya camino de casa, como cuadra a todo empleado de la Compañía Almacenista y Acarreadora de Grandport que esté debidamente alerta y pendiente del reloj.

—*Mr. Ingraham...*

—Roma, aquí no se pagan horas extraordinarias, a menos que uno sea un camionero con un carnet de la Unión. Y me parece que ese tipo de trabajo no sería muy adecuado para una señorita como usted. Además, probablemente tiene usted una cita esta noche y debería correr a casa a arreglarse. No querrá hacer esperar a su amigo, ¿verdad, Roma?

—*Mr. Ingraham...*

Su tono de voz le sorprendió. Sonrió inseguramente.

—¿Qué sucede, Roma?

—Dijo usted que nos veríamos el lunes por la mañana...

Él la miró con mayor atención, desvaneciéndose su sonrisa.

—¿Sí? —dijo lentamente—. ¿Por qué lo dice, Roma? No estará pensando en despedirse... ¿verdad? —empezó a hablar rápidamente—. No puede hacerlo. No se lo permitiré. Sin usted no podría llevar ahora el negocio.

Ella respiró profundamente.

—*Mr. Ingraham... Brooks... No tiene... No tienes por qué esperar... hasta el lunes... para verme...*

—No tengo por qué esperar... —repitió él cuidadosamente, palabra por palabra, su ceño perplejamente fruncido— para verla...

Estaba mirándola fijamente, su boca entreabierta. Había apartado las manos de la corbata y se apoyaba pesadamente en el escritorio, con una expresión perpleja en el amplio y tostado rostro. Era la primera vez que ella le llamaba por su nombre de pila y le tuteaba, y estaba demasiado sorprendido para pensar con claridad.

—¿Qué es lo que dijo usted, Roma? —preguntó lentamente tras un momento. Sacudió la cabeza, mirándola dudoso—. Oí lo que dijo, claro está, pero no comprendo el significado. ¿Qué era, exactamente?

Separándose del escritorio, Roma se le acercó hasta hallarse frente a él. Por un momento se mordió los labios hasta hacerse daño, mientras Brooks la contemplaba con la misma expresión perpleja.

—Roma, ¿qué es?...

—Tenía que decírtelo, Brooks... ¡Tenía que hacerlo!... Quiero que sepas... tienes

que saber... ¡No puedo callarlo!... —hablaba apresuradamente, sin aliento, sus rodillas tan apretadas una contra otra que podía sentir un cosquilleo recorriéndole las piernas—. Brooks, no tienes que esperar al lunes para verme. Ahora me comprendes, ¿verdad? ¡Dime que sí!...

—Vaya... —murmuró él roncamente, palpando a su espalda hasta que su mano encontró el brazo del sillón.

Apoyándose en éste, afianzándose, se sentó con lentitud. Sonriente y ceñudo a partes iguales, la miró aturdido. No era ya la secretaria sosegada y eficiente que había pasado a máquina su correspondencia, que en su ausencia había tomado cuidadosa nota de los mensajes telefónicos, y que le recordaba que debía salir a las cinco en punto para asistir a alguna comida del Club Cívico en el hotel de Grandport. Nunca, desde que la tomó como secretaria, se había preguntado cómo era su vida privada cuando dejaba la oficina. Mirándola ahora, sabía que de habersele ocurrido pensar en ella, habría asumido que una joven de su edad empleaba sus fines de semana en ir al cine o a reuniones y salidas con varios muchachos.

—Y bien... —continuó con voz todavía ronca—. ¿Qué le ha sucedido a *Mr. Ingraham*? ¿Por qué ha desaparecido así de pronto *Mr. Ingraham* de la Compañía Almacenista y Acarreadora de Grandport?

—Brooks... —aventuró ella.

—Escúcheme, Roma —interrumpió él bruscamente, casi con ira—. Quiero que me diga una cosa y que sea franca y sincera conmigo. ¿A qué viene todo esto? No va con usted llamarme por mi nombre de pila, y por lo que sé, es la primera vez que lo ha hecho, por lo menos allá donde yo pueda oírla. Parece usted saber lo que dice, pero para mí es una sorpresa y prefiero pensar que no sabe qué hace.

Roma se acercó hasta hallarse a pocos centímetros de él, y Brooks no pudo evitar ver la rápida subida y bajada de sus pechos, desnudos debajo del suave vestido de verano. La había contemplado muchas veces con admiración, cuando entraba o salía del despacho, pero jamás la había visto como ahora.

—Sé lo que hago, Brooks —sonrió ella nerviosa—. Y tú me comprendes, lo sé. ¡Tienes que comprenderme! Quiero que vengas a verme, Brooks... que estés conmigo...

Echándose atrás, él dijo lo primero que se le ocurrió:

—Bien, si las cosas son así, ¿por qué no aquí mismo... ahora?

—No —replicó ella tensamente, dando un paso atrás para salir de su alcance—. No...

—¿Por qué no?

—Porque no sería lo mismo, Brooks... No es eso lo que quiero...

—Según parece, Roma, tiene usted ideas muy definidas.

Ella asintió con intensidad.

Después de mirarla largamente, Brooks se recostó en el sillón.

—Atiéndame, Roma —dijo con súbita severidad—. Voy a decirle algo. Aprecio

como el que más el afecto y la compañía de una bonita muchacha como usted. Soy humano. Lo soy día y noche. Pretender lo contrario no tendría sentido. No soy una mera máquina de oficina que dirige un negocio. Tengo necesidades físicas y emocionales. Esto es humano y natural y prefiero serlo y tener necesidades normales, que carecer de ellas. Pero también soy padre de familia. En casa, tengo mujer y dos hijos. Para mí, esto significa estar sólida, firme y fielmente casado todo el tiempo.

Roma contuvo la respiración, como tratando de no echarse a llorar.

—Si he comprendido realmente lo que usted ha dicho, y me parece que sí, es que tiene usted ideas muy equivocadas acerca de mí. No quiero decir que sus opiniones sean erróneas, sino tan sólo que no conforman conmigo. Hace veinte años, hubiera sido muy distinto. Ahora, estoy ajustado a la vida de casado y se trata de veinte años después.

Hizo una pausa, meditando en lo que había dicho y sonrió levemente para sí mismo. Luego se pasó la palma de la mano por el rostro repetidamente, como si ello pudiera borrar toda memoria del pasado.

—Además... —tuvo que aclararse la garganta con una tos nerviosa antes de poder continuar—... además el jefe debe mantener siempre una relación estrictamente impersonal con su secretaria. Es un principio básico de conducta y usted lo sabe. Otra cosa sería perjudicial para el negocio. Los asuntos de esta oficina van bien, y somos buenos compañeros de trabajo. Quiero que continúe todo igual. Dejémoslo, pues, así.

Esperó una respuesta, pero ella guardó silencio. Sus ojos parpadeaban como si le resultara difícil contener las lágrimas.

—Roma, le prometo olvidar lo ocurrido y espero que usted también lo olvide. Hagamos como si nada de esto hubiera tenido lugar. Es usted la mejor secretaria que pueda tener, a estas alturas conoce el negocio de arriba abajo y mientras desee trabajar aquí tendrá seguro su empleo. No quisiera que una cosa semejante la hiciera creerse obligada a dejarnos. De modo que olvidemos el asunto, Roma. Pretendamos que no ha ocurrido. ¿Lo hará por mí?

Le apretó la mano con ademán comprensivo. El cuaderno de Roma cayó al suelo. Lo estuvieron mirando sobre la roja alfombra, pero ninguno de los dos lo recogió. En lugar de ello, Brooks lo hizo desaparecer con el pie y mientras retiraba su mano, dijo ligeramente:

—Además, Roma, tengo demasiada experiencia acerca del mundo para enzarzarme de ninguna manera en una relación personal con una joven que tiene la mitad de mi edad... aun una tan encantadora como usted. Si mal no recuerdo, me dijo que tenía veinticuatro años. Bien, yo tengo cuarenta y ocho. Ahí lo tiene, tan claramente cómo es posible. Y es una buena razón.

—Brooks, por favor, no hables así —suplicó ella. Una vez más, sus labios estaban contraídos de nerviosismo—. No puede importarme nada semejante y no quiero que te importe a ti. Te ruego comprendas, Brooks. Cuando hablas así, me haces daño...

—Roma, hablo por su propio bien.

—Por favor, Brooks. ¡Por favor! ¡No lo repitas!

La voz de él se volvió aguda y ronca.

—Cometí un error al empezar a llamarla por su nombre de pila. Ahora me doy cuenta. Nunca debí hacerlo. Debí haber seguido llamándola *miss* Henderson. Todo esto es culpa mía.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Roma y empezaron a rodar por sus sofocadas mejillas. Trató de enjugarlas primero con una mano, luego con la otra...

Brooks sacó su pañuelo y se lo alargó. Entonces volvióse bruscamente hacia la ventana.

De pie allí, mirando la desierta calle de baldosas, a la escasa luz, trató de pensar claramente en lo sucedido durante el breve espacio de tiempo que mediaba desde las cinco y se preguntó qué diría Maureen si se enteraba de ello. Pero sus pensamientos persistían en volver a Roma y no podía concentrarse en nada más. No se trataba ya de una mera secretaria eficiente, que acudía al trabajo cada mañana a las nueve y se marchaba a las cinco, a pesar de lo cual no podía creer que fuera una muchacha descocada en busca de emociones allá donde las pudiera hallar.

Separándose de la ventana, la miró fijamente. Sabía que desde ahora, ocurriera lo que ocurriera, siempre recordaría cuán conmovedora y deseable se había hecho ella con tan súbita e inesperada revelación.

—Roma, dígame la verdad —dijo bruscamente—. ¿Desde cuándo piensa tales cosas? Quiero decir... acerca de mí... acerca de nosotros...

Ella sonrió esperanzada, enjugándose los ojos.

—No lo sé exactamente. Creo que casi desde el principio. Es algo que no podía evitar, Brooks. ¡Por favor, no te enfades! Hacía mucho tiempo que quería decírtelo. Y hoy no pude contenerme. ¡Ahora me alegro de habértelo dicho!

—¿Por qué no lo hizo antes?

—Tenía miedo...

Él contempló el escritorio, tratando de no ver la súplica de su esperanzada sonrisa.

—Ha trabajado usted en esta oficina durante unos seis meses, ¿no es así?

Ella esperó que la mirara antes de contestar.

—Sí, Brooks. Seis meses. Y el último ha sido terrible. Horroroso. Deseando decírtelo todo el tiempo... ¡Nunca me había sentido tan desdichada! Pero tenía miedo... hasta ahora. Temía que me obligaras a marcharme. ¡Estoy tan enamorada de ti, Brooks! ¡Tanto!... ¿Es que no lo ves? Y sin embargo lo comprendes, ¿verdad? ¡Dime que lo comprendes, te lo ruego! Tú sabes lo que significa estar verdaderamente enamorado. ¡Tienes que saberlo!...

Él la oía, con la sensación de saber de memoria todo lo que estaba diciendo.

—Roma, usted no está realmente enamorada de mí —dijo por fin. Tomando un puñado de grapas de encima del escritorio, empezó a arrojarlas a la papelera una por una. Con la mayoría, no acertó y cayeron en la alfombra—. Solamente cree estarlo, desea estarlo o algo semejante. No es más que una noción infantil. O esa fiebre de verano que todos los jóvenes cogen. Sé lo que es tenerla. No lo he olvidado. Lo mejor que puede usted hacer es citarse con alguno de los muchachos que conoce e irse a pasar un buen rato con él. Es un buen consejo, Roma.

—¡No! ¡No digas esto!

—Lo digo por su propio bien. Váyase a pasar un fin de semana a alguna parte con alguien que le guste. Para una chica, no es siempre tan fácil como para un hombre conseguir lo que desea, pero usted podrá. Telefonee a alguien a quien conozca y dele a entender que le gustaría verle esta noche. Las muchachas hacen estas cosas corrientemente hoy en día. Y es lo que usted debe hacer. El lunes por la mañana, todo esto pertenecerá al pasado, habrá sido olvidado y usted será la misma secretaria eficiente que siempre ha sido.

Ella se le acercó, sus pechos subiendo y bajando a impulsos de su excitada respiración.

—No digas estas cosas, Brooks —suplicó con los ojos nuevamente empañados y los labios temblorosos—. Por favor, no... ¡Por favor! ¡Es tan cruel que me hables así! Es a ti a quien quiero, no a otro cualquiera. Nadie más podría importarme. No se trata de nada como lo que has dicho. ¡Te deseo a ti... a ti... a ti...! ¡Por favor, Brooks! ¡Te amo!...

Él se apartó un paso, sacudiendo la cabeza.

—Entonces, tómese una semana libre. Váyase a alguna parte y dese una oportunidad de olvidar todo esto, Roma. Pase una semana en Nueva Orleans. Le hará mucho bien. Serán unas vacaciones pagadas..., digamos con paga doble para que tenga lo suficiente para pasarlo realmente bien en Nueva Orleans. Le daré el dinero ahora mismo y así podrá partir esta misma noche. Puede estar allí dentro de un par de horas. ¿Lo hará, Roma?

—No es esto lo que quiero, Brooks —replicó ella inmediatamente—. Es más que esto. Te quiero a ti. Otra cosa no me serviría. No, Brooks...

—Bien, no puedo obligarla a irse, pero podría llevarla allí yo mismo.

—¿Lo haría? —preguntó ella suavemente.

No pudo oponerse cuando le rodeó el cuello con sus brazos. Un momento después, ella se le estrechó poniendo más y más en acción la presión de su suave y cálido cuerpo. Su arrebolada mejilla le tocó el rostro, y sus pechos empezaron a apretarse contra él, haciendo de la mente de Brooks un febril torbellino mientras él aspiraba el perfume tentador de su piel. Se daba cuenta de que había quedado sin fuerzas para resistirla, ante la fuerza avasalladora de su deseo por ella. Una y otra vez besó su rostro y cabellos, sus brazos, hombros y cuello... Por fin, la besó de lleno en los labios...

Después de ello, no hablaron. Era como si ambos supieran que no necesitaban palabras para expresar los pensamientos y deseos de sus mentes y cuerpos.

Eran ya casi las seis, y el despacho estaba volviéndose oscuro rápidamente con el crepúsculo. En algún lugar del río, sonaron los tres prolongados bocinazos de un buque de carga que soltaba amarras o avanzaba corriente abajo hacia el Golfo, llevando quizás un cargamento de chatarra, balas de algodón o peso muerto. El eco, resonó una vez tras otra, a través de la abierta ventana...

Cuando Roma se hubo ido, cerrando tras ella la puerta del despacho, Brooks encendió un cigarrillo y puso su mano sobre el teléfono. Apretándolo, estuvo sentado durante varios minutos, mientras fumaba nervioso y pensaba en Roma. El cigarrillo se terminó y tuvo que dejar el teléfono para encender otro.

Sabía que iba a llamar a Maureen y decirle que no iría a casa como de costumbre y le dolía tener que ser desleal, embustero y todo lo demás que jamás se había creído capaz de ser. Cuanto más pensaba en Maureen, y consciente de que era la primera vez durante su matrimonio que hacía algo semejante, tanto más desdichado se sentía.

Mirando el teléfono, se preguntó si sería capaz de llamar a Roma y decirle que había decidido no ir a verla ni aquella noche ni cualquier otra.

El teléfono empezó a sonar con imperiosa insistencia, sobresaltándole. Su primer pensamiento fue que llamaba Roma para urgirle a apresurarse, y trató de pensar en cómo iba a decirle que había cambiado de opinión y no iría a verla.

Dejó sonar el teléfono varias veces y por fin tomó el receptor. Inmediatamente oyó la familiar voz de Maureen.

—Brooks, ¿qué estás haciendo tan tarde en el despacho? —dijo ella secamente. Hizo una breve pausa y preguntó—: ¿Me oyes, Brooks?

—Sí, sí. Te oigo, Maureen...

—Pues ya va siendo hora de que vuelvas a casa. Son más de las seis. ¿Por qué no has regresado todavía?

—Maureen... —él habló apresuradamente antes de que su mujer pudiera decir nada más—. Maureen, precisamente iba a llamarte. Tengo que quedarme en la ciudad. Esta vez no puedo evitarlo.

—¿Quedarte? ¿Para qué? —preguntó ella con viveza.

—Algo importante... asunto del trabajo, Maureen —replicó él—. No tengo otro remedio. Ya sabes lo que son los negocios. Se trata de cierto asunto que hay que atender en seguida y no puedo dejarlo para otra ocasión. Me es imposible demorarlo.

—¿Qué es lo que no puedes demorar? —preguntó ella arrastrando las palabras con acento suspicaz.

—No me esperes levantada, Maureen —replicó él rápidamente—. Volveré tarde. Muy tarde, quizás.

—¡Ahora me toca a mí decirte algo! —gritó Maureen, furiosa—. Y será mejor que me escuches bien. Si no vuelves en seguida, vas a sentirlo. Y cuando digo que vas a sentirlo, quiero decir que mucho, ¿me oyes, Brooks Ingraham?

—Maureen, ¡sé razonable!...

—No tengo por qué ser razonable acerca de tu condenada manera de hablar. Te he dicho que regreses a casa, y será mejor que hagas lo que te mando.

Él colgó el teléfono con tanta fuerza que el escritorio entero tembló y crujió.

SEGUNDA PARTE

ROMA

Terry ya había regresado de la agencia inmobiliaria donde trabajaba como recepcionista y taquimecanógrafa, cuando Roma hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta del apartamento presionando con su rodilla. Al haber subido corriendo las escaleras desde la calle, estaba sonrojada y sin aliento.

Deteniéndose por un momento en el dintel, se quitó un zapato después de otro mandándolos a rodar desde el vestíbulo a la cocinita.

El tocadiscos lanzaba al aire las estridentes notas de una pieza de *jazz* mientras Terry, calmada y sin distraerse, hablaba por teléfono entre la atronadora música. Roma, sujetando un paquete que contenía pollo en lata, jamón en rodajas, queso y varias botellas de *whisky* y vino, cerró la puerta con el pie, y Terry la miró por vez primera.

—¡Terry, Terry! ¡Va a venir a verme! ¡De veras! —gritó Roma excitadamente.

Dejando el paquete de comestibles y bebida en el suelo, corrió al sofá en que se sentaba Terry.

—¿Me has oído, Terry? ¡Va a venir! ¡Va a venir!

Terry dijo algo por teléfono, apresuradamente, y colgó. Su brillante pelo rubio estaba suelto y alborotado, tal como le gustaba llevarlo en casa, después de tener que conservarlo en orden todo el día en el trabajo, y como siempre a aquella hora de la tarde, se sentía completamente a gusto y perezosamente relajada. No le importaba su apariencia, y no hizo nada para cerrar su corta bata y ocultar pecho y piernas. Sus pies, también desnudos, se balanceaban al borde del sofá amarillo.

Roma todavía estaba sin aliento de puro excitada.

—De modo que conseguiste prepararle a *Mr. I.* una noche fuera de casa.

—Sí, y de no haber sido por ti, nunca lo hubiera logrado, Terry. Me aconsejaste no pensar en nada, excepto en lo que deseaba. Y dio resultado. Era la única manera de evitar sentirme demasiado tímida para decírselo.

—Nadie puede tener más éxito que una mujer henchida de deseo —replicó Terry con sonrisa complaciente, mientras desconectaba la música. Se recostó en el sofá y encogió los pies debajo de las piernas—. Sabía que lo lograrías, a menos que te entrara el pánico en el último minuto y corrieras a esconderte en un armario. ¿No te lo dije, Roma? ¿No tenía yo razón? Muy bien, agradécelo a una experiencia de toda la vida en lo que se refiere a ser una mujer henchida de deseo. Ahora sólo tienes una cosa de qué preocuparte.

—¿Qué es ello?

—¿Estás segura de que la fase de la luna es adecuada para ti, Roma? Sería terrible si hubieras calculado mal. Después de haber ido tan lejos con *Mr. I.* te verías en un apuro horroroso.

—Todo está en orden... Todo es estupendo, Terry. No hay nada que pueda salir mal. Tiene que ser perfecto, porque va a venir a verme esta noche. ¡Estoy segura! ¡Tiene que venir! Si no lo hace, me moriré...

Terry encogió más sus piernas antes de hablar de nuevo.

—¿Te dijo *Mr. I.* de una manera definitiva que iba a venir?

—No realmente... quiero decir, no con palabras. Pero sé que lo desea.

—Entonces, ¿cómo puedes estar segura?

—Por el modo en que me miraba y también por la manera en que se portó. Ya sabes, Terry... Ya sabes cómo se portan los hombres cuando están en tal condición. Por eso, adiviné lo interesado que estaba. Y además, podía sentirlo muy definidamente cuando me tocaba. Esto es lo más excitante, Terry. Pero no sé qué habría hecho si me hubiera dicho que no vendría. Creo que me hubiera sentido tan embarazada y avergonzada que hubiera huido de su despacho para arrojarme al río. Sin embargo, vendrá, y esto es todo lo que ahora importa. Sencillamente, sé que lo hará. ¡Lo hará, lo hará!... ¡Tiene que venir!

—Bueno, espero que no te deje plantada después de haber ido tú tan lejos — comentó Terry sacudiendo la cabeza solemnemente—. A una mujer henchida de deseo, no hay cosa peor que le pueda suceder que esperar durante media noche a un hombre que no acaba de llegar nunca.

Todo lo que había acaecido aquel atardecer de agosto en el despacho de Brooks Ingraham, había sido cuidadosamente planeado y considerado por Roma y Terry durante el pasado mes. La primera vez que Roma se confió a Terry, había temido que nunca tendría valor suficiente para hacer algo que requiriera tanto atrevimiento y un comportamiento tan descocado. Sin embargo, a medida que hablaban de ello, había ido sintiéndose más segura de sí misma. («No sé lo que me pasa, Terry. Nunca creí tener la desfachatez de atreverme a tanto. He salido con hombres que han tratado de hacerme el amor por todos los medios, pero no lo permití nunca a pesar de lo que suplicaran o prometieran. Sencillamente, no sentía la necesidad de hacer lo que querían y siempre pude arreglármelas de algún modo para evitar que ni aun el más fuerte de ellos pudiera forzarme a hacerlo. La única vez que me ocurrió fue hace mucho tiempo. Era primavera y yo acababa de graduarme, y una noche, un chico de mi clase me llevó en su auto. Durante casi una hora, estuvimos adentrándonos en el campo, el tiempo era cálido, había luna y todo era perfectamente romántico. De antemano, yo no había siquiera pensado en ello, pero averigüé muy pronto que lo que deseaba de mí era que detuviéramos el coche y que yo me metiera en el asiento de detrás. Parecía tan natural, y todo era tan maravilloso, que casi no supe lo que estaba ocurriendo hasta que todo hubo concluido. Todo el verano pasé un miedo de muerte de estar embarazada, pero no fue así y desde entonces el temor me ha impedido permitir que nadie me hiciera el amor como aquella noche. Sólo que ahora es diferente. Estoy tan enamorada, que deseo que suceda»).

Después de esto, Terry la había instado repetidas veces a dar el primer paso, a hacer algo que hiciera comprender a Brooks Ingraham que estaba enamorada de él. Durante muchas veladas y fines de semana, desde principios de agosto, habían hablado de ello. («¿Y qué si *Mr. I.* es casado, Roma? Si verdaderamente le amas, esto es lo único que debe importarte. ¿Para qué luchar contra ello y ser desgraciada?

Casado o no, sigue siendo un hombre. Y hoy día, una chica puede cuidar de sí misma para no quedar embarazada hasta haberse casado. Además, ¿cómo sabes que no va a divorciarse uno de estos días? Es posible. O quizás su mujer tendrá un accidente grave de auto. También es posible. O la alcanzará un rayo. O se caerá y se romperá el cuello. Le pueden suceder muchas cosas. Cuando una encuentra al hombre que realmente desea, tan sólo hay una manera de hacerse con él. Usa tus encantos, Roma. Úsalos bien y con todas tus fuerzas a cada ocasión que se te presente. Sé una mujer henchida de deseo. Éste es el secreto. Y cuando él se ponga a la temperatura adecuada, puedes estar segura que él mismo hará el resto. Tal vez parezca demasiado sencillo para ser cierto pero todavía no he visto que fallara»).

Terry estiró sus pies y movió los dedos de los mismos. Roma, acostada, con la cabeza descansando en el sofá, cerró los ojos y suspiró profundamente. Por fin, Terry encogió las piernas y se sentó en el sofá con ellas cruzadas.

—Ahora, cuéntame lo que sucedió en el despacho —pidió con acento lleno de intimidad—. Quiero saberlo todo, Roma. Dime los detalles secretos. ¿Le sorprendió? ¿Cómo reaccionó? ¿Qué hizo cuando se lo dijiste? Algunos hombres quieren poseerte en seguida sin importar el sitio, y otros te dejan tomarlo con calma y arreglarlo como prefieras. En lo que refiere a las cosas de la vida, éstas son las dos únicas clases de hombres que existen. ¡Ojalá hubiera podido espiarlos por la ventana y verlo todo! Me hubiera servido de instrucción. Un poco más de experiencia siempre le es útil a una.

Antes de responder, Roma suspiró profundamente.

—Pues bien, al principio no fue muy amable. No a la manera en que suele serlo cuando me dicta o algo semejante. En realidad, fue brusco y descortés. Creo que estaba demasiado sorprendido para saber qué hacer, porque en seguida se puso a hablar de su mujer, tratando de hacerme creer que yo no le interesaba y que debía buscarme a otro. Luego quiso convencerme de que tomara unas vacaciones, dejando la ciudad durante una semana y ello con doble paga. Pero eso no duró mucho y después de un poco adiviné que sí le interesaba. ¡Muchísimo!

—Si quieres mi opinión, hasta ahora todo suena como Navidad en la oficina sólo para jefe y secretaria y realmente acogedor. Ya te dije que nada para hacer milagros como una mujer henchida de deseo. ¿Qué hizo *Mr. I.* después, Roma?

Roma desvió los ojos.

—Había estado de espaldas a mí, mirando por la ventana durante un rato, sin decir ni una palabra. De pronto se volvió y se acercó a mí. Estaba muy cambiado. No parecía enfadado en absoluto.

—¿Te besó?

Roma se miró las manos sobre su regazo.

—Me parece que hay cosas demasiado personales para hablar de ellas... —contestó dudosa y por unos momentos reinó el silencio. Entonces Roma prosiguió—: Sí... me besó. ¡Fue tan excitante cuando me rodeó con sus brazos! Entonces, supe que había cambiado de opinión y que verdaderamente deseaba venir esta noche. No

sé cómo explicarlo, Terry, pero tú conoces a los hombres mejor que yo, y sabrás lo que quiero decir. Debe ser algo que sucede en semejantes ocasiones. De todos modos, estaba tan excitada que no recuerdo mucho más.

Asintiendo, Terry se arrodilló en el sofá.

—Quizás no sepa tanto de estas cosas como debiera, pero hay algo de lo que estoy segura. —La voz de Terry era decidida—. Sé que debo empezar a moverme si quiero encontrar a un acompañante para esta noche. He estado charlando por los codos acerca de lo fácil que resulta hacerse con un hombre, si la mujer está henchida de deseo, y ahora debo probarlo. Para una rubia de mi tipo y en un lugar como Grandport, es algo tarde ahora para escoger, pero ya me conoces. Apuntaré a lo alto y a lo bajo, y confiaré en la suerte para acertar allá por en medio. Además, a mi manera sutil de muchacha, puedo ser muy persuasiva con un hombre cuando estoy lo suficientemente desesperada para conseguir un acompañante. No sería oportuno que me quedara aquí tocando discos, llenando la bañera y portándome como una entrometida hermana mayor, mientras tú tratas de tener una noche romántica en un apartamento que sólo tiene una habitación. Por tanto, voy a ser una verdadera amiga y marcharme a ofrecer mis encantos alguien en el estado de ánimo adecuado para apreciar a una muñeca cariñosa como yo. Todavía no he decidido quién será él, pero voy a coger el teléfono y averiguar bien pronto la identidad del afortunado mortal de esta noche... es decir, del otro afortunado mortal además de *Mr. I*.

—Hoy le llamé Brooks —dijo Roma como hablando para sí misma—. No creía tener valor para hacerlo, pero una vez cometido me pareció natural llamarle por su nombre de pila, y luego resultó fácil. Para mí, nunca más será *Mr. I*. Desde ahora, tan sólo será Brooks. ¿No te parece un nombre romántico para un hombre, Terry?

—Desde luego, desde luego. —Terry estuvo inmediatamente de acuerdo—. No necesitamos por aquí a ningún hombre que se llame Jack, Bill o Butch. Si alguien con un nombre así, vulgar, me llamara ahora pidiéndome una cita, le diría muy enfáticamente que no viniera... y que me esperara dentro de diez minutos en cualquier bar de la ciudad.

Terry Langley y Roma habían compartido aquel apartamento amueblado de Park Street durante más de un año y jamás había habido entre ellas la menor diferencia seria o cuestión desagradable. El apartamento, en la cuarta y última planta de un moderno edificio, tenía un dormitorio, baño, sala de estar y cocina («Un día de éstos, van a aumentar tanto el alquiler que las muchachas decentes y trabajadoras como nosotras no podremos seguir viviendo aquí. Y ya sabes lo que significará, Roma. Un problema combinado de economía y sociología. La elección entre el lecho matrimonial y el sofá utilitario de la mantenida»).

En Park Street, a media manzana de distancia, había una tienda de comestibles y un mercadillo donde podían adquirir cuanto se les antojara comer en casa. Y también una parada de autobús, de modo que todo lo que necesitaban en días lluviosos, era un paraguas que las protegiera cuando iban al trabajo o volvían a casa por la noche.

Habían convenido que si cualquiera de las dos decidía vivir sola o se casaba, estaría libre de marcharse y no tendría obligación de seguir pagando su parte de alquiler.

Terry, afectuosa y generosa por naturaleza, se inclinaba a dar más que recibía. Siempre estaba instando a Roma a ponerse sus mejores prendas y alhajas y traía a casa con frecuencia flores, licores y dulces, sin permitir jamás a Roma pagar parte alguna del coste de los mismos. Había insistido incluso en pagar todo el alquiler, gastos generales y la comida de ambas, cuando Roma permaneció sin empleo durante casi cuatro meses, antes de que Brooks Ingraham la tomara como secretaria en la Compañía Almacenista y Acarreadora de Grandport y después de ello, Terry había rehusado testarudamente permitir que la reembolsara su parte de la renta y otros gastos pasados. Durante cuatro años, habían sido compañeras de clase en la Universidad del Estado, y se habían graduado al mismo tiempo. Ambas habían nacido y vivido siempre en Grandport, pero contando éste con cien mil habitantes y hallándose en una fase de crecimiento, sus familias vivían en distintos lugares de la ciudad y no se habían conocido hasta que fueron a la Universidad. A partir de entonces, habían sido amigas íntimas.

Roma, inmediatamente después de graduarse, se había empleado en el departamento de contabilidad de unos almacenes de Grandport. Determinada a no regresar a su casa y tener que convivir con su madre, estuvo viviendo sola en una habitación amueblada y cocinando sus comidas en un hornillo. Quería mucho a su padre, que había sido un ingeniero en la Compañía de Aguas de la ciudad durante la mayor parte de su vida, pero tan sólo le veía cuando se encontraban en la calle o cuando ella le hacía alguna breve visita a su oficina del Ayuntamiento.

Aun cuando ya habían transcurrido muchos años de ello, Roma todavía odiaba a su madre por lo sucedido cierta tarde cuando ella tenía quince años. Habiendo regresado de la escuela más temprano que de costumbre, había sorprendido a su madre, completamente desnuda, acercándose a un desconocido que yacía en el sofá del salón. Se trataba de un sofá de cuero negro que siempre fue el lugar de descanso favorito de su padre cuando volvía del trabajo por la noche, y donde ella, de chiquilla, solía arrebujarse en sus brazos mientras él le leía la sección infantil del periódico dominical. Aterrada ante el espectáculo de su madre inclinándose sobre el desconocido y empezando a hacerle el amor, se quedó en la puerta, en desvalida rigidez, silenciosa, mirándoles. El desnudo cuerpo de su madre se fue haciendo borroso e indistinto y de pronto empezó a chillar histéricamente y corrió a encerrarse en su habitación. A poco, su madre trató de obligarla a abrir, suplicando entre lágrimas y prometiéndolo todo, pero ella se negó a hacerlo. Entonces, volviéndose violenta, su madre la amenazó con cortarle la cara con un cuchillo de carnicero, si decía a su padre una sola palabra acerca de lo que había visto en la sala. Desde aquel día, Roma odió a su madre y todavía deseaba febrilmente que muriera o se marchara para nunca más volver.

Terry Langley, impetuosa e impulsiva, rubia y bonita y convencida de estar enamorada, pocas semanas después de abandonar la Universidad se casó con un cantante radiofónico de música moderna. Después de tres meses de desilusión y aguda desdicha, y dándose cuenta que incluso la atracción física se había desvanecido por completo, Terry le abandonó, obteniendo el divorcio tan pronto pudo. No quiso ni un céntimo de él. En su lugar, tomó el primer empleo que se le presentó, a fin de poder mantenerse. («Yo creía que una mujer podía vivir con cualquier hombre, pero he cambiado de opinión. No era más que un puerco asqueroso, para ponerlo tan delicadamente como es posible. El campeón de los egotistas entre todos los egotistas cantores de moda. ¿Sabes de qué hablan todo el tiempo? Yo, yo, yo, mí, mí, mí, mí, mí, mí, eso es todo lo que sabía pensar aquel cerdo. Ni siquiera era capaz de levantarse de la cama e irse a trabajar, si yo no le había planchado una vez tras otra los pantalones hasta que la raya fuera exactamente como la quería. Luego se encerraba en el cuarto de baño con un frasco de brillantina y un peine, y se pasaba allí media hora, antes de dejar la casa y presentarse en público. Y cuando se iba a impresionar sus discos y a hablar de sí mismo por radio, se llevaba un peine y un espejo en el bolsillo para poder arreglarse el cabello, si el menor de sus grasientos mechones se le desplazaba. Y si yo quería ir a algún cine de noche, decía que no quería perder el tiempo en semejante lugar porque nadie se daría cuenta en la oscuridad de quién era»).

Terry tenía ahora veinticuatro años, unos meses más que Roma, y no tenía intención de volver a casarse hasta estar convencida de que el próximo hombre con quien viviera pensara en ella, tanto por lo menos como en sí mismo. Decía que estaba decidida a no cometer otra equivocación cuando se casara de nuevo.

Roma estaba mirando su reloj de pulsera.

—Es mucho más tarde de lo que creía —dijo levantándose de un salto—. No puedo quedarme aquí soñando despierta ni un minuto más. Tengo que darme prisa y estar preparada para cuando él llegue. No puedo permitir que me vea tal como estoy.

—¿Qué menos puedes ponerte, dulzura?

—Pero es que ya ha visto este vestido. Quiero que me vea con algo distinto.

—Dulzura, si es el hombre que me has dado a entender que es, todo lo que verá será la chica debajo del vestido.

Roma se volvió y atravesó la habitación.

—No me importaría atender a *Mr. I.* por ti mientras te arreglas —le gritó Terry—. Te prometo respetar la propiedad privada.

—Y supongo que le atenderías con ese casi nada que llevas encima. No te dejaría sola con él ni un segundo, aun si llevaras todos tus vestidos uno sobre otro, Terry Langley, y tú lo sabes.

Cruzando la habitación apresuradamente, Roma recogió el pesado paquete de comida y botellas, llevándoselo a la cocina y cuando regresó de allí, Terry se había arrebujado encima del sofá y estaba marcando un número telefónico.

Desvistiéndose a toda prisa, Roma se fue al cuarto de baño, sabiendo que no tenía tiempo para relajarse en la bañera. Abrió el grifo a plena presión, y se metió dentro sin esperar a que se llenase. Sin embargo, una vez enjabonada, no pudo resistir la tentación de tenderse en la apaciguante agua tibia y cerrar unos minutos los ojos.

Mientras yacía allí sabía que estaba despierta y sola, pero tuvo la sensación de que estaba oyendo a alguien hablar de ella. Curiosa por saber qué decían, conservó los ojos fuertemente cerrados: («Roma Henderson es de esta clase de chicas que siempre se las arreglan para que el mundo las hiera de manera terrible. Se ha contenido tanto tiempo, aguardando al hombre que ella cree adecuado, que uno de estos días no podrá esperar ya más. Es entonces cuando las chicas como ella pierden la cabeza por completo, y se enamoran de quien no deben. Y a su edad, será simple y llanamente infernal cuando despierte y se dé cuenta de que ningún ensueño o visión ideales le dará jamás lo que se ha empeñado en esperar. Siento verdadera pena por Roma Henderson. Un día de éstos, sufrirá todo el dolor y tortura de un corazón destrozado y nadie podrá consolarla o ayudarla. Y si no ocurre esto, hará algo audaz e impulsivo y entonces le sucederá algo todavía peor»).

Abriendo súbitamente los ojos, Roma se sintió aliviada al darse cuenta de que simplemente se había adormecido unos minutos y que todo había sido un sueño. Lo olvidó pronto. Mientras yacía completamente despierta dentro del baño cálido y pensaba en Brooks Ingraham, era como si la extraña experiencia nunca hubiera ocurrido.

Paso a paso, se puso a planear lo que haría cuando Brooks llegara. Para empezar, cuando oyera el timbre esperaría pacientemente contando hasta diez con toda calma a fin de no parecer demasiado ansiosa para verle. Luego abriría la puerta, y extendería su mano saludándole, como si le recibiera tan sólo para ofrecerle un refresco antes de que se fuera a alguna otra cita. Si llevaba sombrero, lo tomaría y colocaría encima de la silla cercana a la puerta como si esperara verle marcharse en unos minutos. Sonrió, claro está, pensando en ello. Todo eso sería una simple comedia porque sabía que iba a quedarse y a hacerle el amor durante mucho tiempo.

De todos modos, se ofrecería a preparar bebidas para ambos, y él querría seguirla hasta la cocina y ayudarla a sacar hielo del refrigerador. Después de que los vasos estuvieran llenos, él los llevaría al saloncito. Decidió que se sentaría en el centro del sofá amarillo en lugar de a un extremo, de modo que él tendría que sentarse desde el principio a su lado. Le complació todo lo planeado hasta que empezó a preguntarse de qué hablarían antes de que él empezara a hacerle el amor. Hubiera sido necio de parte de ambos pretender interés en el negocio de almacenaje y acarreamiento y no sería ciertamente oportuno hablar acerca de su esposa e hijos. Preocupada e inquieta, Roma se incorporó en la bañera.

Terry estaba a la puerta del cuarto de baño y la observaba curiosamente.

—No sé en qué habrás estado pensando todo este tiempo —comentó—. A menos que te propongas que *Mr. I.* entre aquí y te encuentre desnuda dentro de la bañera. Si

es así como va a ser, no te olvides mañana de contarme todos los emocionantes detalles. Quisiera poder quedarme y ver por mí misma lo que hará él, pero si quieres mi cándida opinión, te diré que una cita en una bañera puede ser sin duda memorable, pero también poco cómoda. Ahora debo irme corriendo a algún bar de la ciudad y portarme como una mujer henchida de deseo. Es la última oportunidad que me queda. He hecho ya cuatro llamadas y todavía no he logrado una sola respuesta, ni siquiera la señal de que comunicaban. Deduzco por tanto, que debe haber en esta ciudad un número innecesariamente elevado de mujeres que no son señoras, ocupadas en perseguir a todos los hombres. Si no fuera así, lo razonable sería que alguno de ellos estuviera todavía en casa a hora tan temprana de la noche, para que yo le pudiera citar.

Roma había salido de la bañera y se estaba secando apresuradamente, cuando sonó el teléfono. Terry se quedó inmóvil por un momento, demasiado sorprendida para reaccionar. Entonces se lanzó hacia la salita.

Cuando después de algún tiempo regresó al dormitorio, Roma estaba ya casi completamente vestida.

—En mi vida estuve más equivocada —dijo Terry con complacida sonrisa, mientras arrojaba su bata lejos—. Retiro todas las frases mezquinas que dije antes. Al parecer no hay en Grandport tantas mujeres descocadas, sin escrúpulos, descaradas y al acecho como pensaba. —Sacó del armario un ceñido vestido de seda verde y lo inspeccionó pensativamente—. Acaba de llamarme un caballero, invitándome a cenar. Siempre se trata de un caballero cuando no menciona otra cosa, y deja a la imaginación y a las leyes de la probabilidad todo otro proyecto que tenga en la mente. Así pues, puedo ponerme un vestido discreto, y portarme con mi acostumbrado recato, en lugar de tener que obrar como esas otras mujeres que no tienen reparo alguno cuando desean conseguir un acompañante. Y para demostrar al caballero cuánto aprecio la oportunidad de hacerlo así, me propongo ser una verdadera muñeca cariñosa durante toda la velada.

TERCERA PARTE

MEETING STREET

Hacía años que Brooks no se había quedado de noche en la ciudad sin Maureen, y cuando dejó su despacho y empezó a andar por Meeting Street en dirección al centro de Grandport, se sintió como un forastero en una población desconocida. Nunca se le había ocurrido, antes, pero ahora se daba cuenta de que Grandport tenía dos aspectos distintos. Uno era el de día, el familiar y el otro, el que presentaba por la noche. Y él estaba acostumbrado al aspecto diurno, pero había olvidado cómo era después de anochecer.

Caminando por la calle principal, reconocía los nombres de cines, farmacias, restaurantes y bancos, pero ni siquiera éstos parecían los mismos que recordaba de cuando llegó a Grandport desde el campo y obtuvo un empleo vendiendo automóviles de segunda mano.

Desde que Brooks se casó con Maureen, casi siempre había regresado a su casa de las afueras al final de la jornada de trabajo. Las únicas excepciones habían sido cuando Maureen le citaba en la ciudad para cenar o para asistir a un *cocktail* en casa de amigos de ella. Ni siquiera la vez en que tuvo que ir solo a Nueva Orleans para un viaje de negocios de un día, se había sentido tan forastero allí como se sentía esta noche en Grandport.

Mientras pasaba frente a los escaparates brillantemente iluminados, almacenes y tiendas de modas, se sentía indeciso acerca de lo que debía hacer, aun sabiendo que tan sólo una razón le había obligado a quedarse en la ciudad. Trató de convencerse a sí mismo que se arrepentiría por el resto de su vida, si no se volvía inmediatamente, se apresuraba a ir a por su auto al aparcadero del almacén y regresaba a casa a toda prisa. Miró su reloj, sabiendo que podía estar en su domicilio en veinte minutos. Al tiempo, le resultaba inevitable recordar lo atractiva y tentadora que Roma le había parecido en el despacho, y saber que le estaba esperando. Se preguntó si habría muchos hombres capaces de resistir la tentación de hacerle el amor a una muchacha tan hermosa y deseable como Roma Henderson.

Por entonces, Brooks había dejado ya atrás el Ayuntamiento y la oficina de Correos, y ahora que se encontraba en el centro de la ciudad las calzadas parecían invadidas por una multitud que iba en ambas direcciones como si fuera la hora en que cambiaba el turno de una fábrica que no cerrara jamás.

Oficinistas, dependientes, compradores de última hora, sudando bajo el sofocante calor de la noche de agosto, apresurándose a lo largo de Meeting Street camino de sus casas, algunos empujándose y dándose empujones en las paradas de autobús, tratando de meterse dentro de los atestados vehículos para no tener que esperar el próximo durante otros veinte minutos o media hora...

Bajando por la calle más sosegadamente, venían los que habían dormido durante el día y que ahora trabajarían toda la noche; camareras camino del trabajo en los restaurantes nocturnos; vigilantes; policías en turno de noche, camino de sus puestos, donde permanecerían hasta el amanecer; escaparatisas que debían cambiar de las vitrinas de las tiendas los estilos de verano por los de otoño; traficantes ilegales de

ojos vigilantes y pálido rostro que podían proporcionarle a uno cualquier artículo prohibido, desde números de lotería de a veinticinco centavos hasta cigarrillos de marihuana, y como siempre, algunas mujeres que pasearían de un lado a otro por Meeting Street hasta medianoche y que ya empezaban a salir de las cochambrosas casas de huéspedes que se levantaban a unas manzanas de distancia. («No sirve de nada y es inútil preguntar a cualquiera de ellos por qué viven toda su vida en un lugar determinado y no en otro distinto. Todo lo que cualquiera de ellos sabe acerca de sí mismo, es que nació aquí o que tiene un empleo aquí que pagan bien, o que su mujer quiere estar cerca de su madre, o quizá, simplemente, que tiene un miedo inherente a arriesgarse a hallar un medio de vida en alguna otra parte del mundo. También puede ser que se trate de uno de los que tendrían un ataque o convulsión nerviosa si se alejaran cien millas de casa y no pudieran ver más que rostros desconocidos y lugares que no les fueran familiares. No hay nada más. Habrá gente que proclamará hasta aburrirle a uno, que Grandport es el lugar mejor de la Tierra, que clamará que tiene el mejor clima que se pueda desear, que asegurará que sus habitantes son la gente mejor que se puede encontrar y que éstas son las razones por las que no se irían a otra parte por todo el oro del mundo. Cuando se oye algo semejante, ya se sabe de qué se trata. De una mentira. Desde Chicago a Nueva York y de nuevo hasta Los Angeles, la gente dice lo mismo de cualquier pueblecito o gran ciudad en todo el país. Pero lo que ello realmente significa, es que esa clase de gente tiene un miedo de muerte a lugares extraños. Un miedo semejante al que sienten los niños en la oscuridad. Por esto, la gente vive, muere y es enterrada allá en donde les tocó nacer o donde crecieron, y se les ocurrirán toda clase de excusas para no irse allá donde, tan seguro como que Dios existe, estarían mucho mejor»).

Brooks se detuvo en el puesto de limpiabotas emplazado a una manzana de distancia del Hotel de Grandport, y se sentó en una de las banquetas, bajo la refrescante brisa de un ventilador eléctrico. Aun cuando el sol llevaba tiempo puesto, apenas había habido cambio alguno en la temperatura. El termómetro de un pie de largo, colocado frente al puesto, todavía mostraba una temperatura de ochenta y cinco grados Fahrenheit.

Sam, el limpiabotas negro parecía todavía más alegre y feliz a esta hora de cuanto lo era durante el día, y mientras cepillaba y sacaba brillo con enérgicos movimientos, iba cantando. Cantaba acerca de una muchacha de piel oscura y cimbreantes caderas que estaba loca por su hombre cuando tenía ganas de jugar con él, pero que le mataría con su pistola cuando se hubiera cansado de él.

—¿Dónde oíste esta canción, Sam? —le preguntó Brooks—. No la había oído nunca. ¿La dan por radio o en las gramolas tragaperras?

—Oh, yo invento mis propias canciones y las voy componiendo dentro de mi cabeza mientras las canto, *Mr. Ingraham* —dijo Sam sonriendo con expresión feliz.

—¿Compones siempre tus propias canciones?

—¡Claro que sí, *Mr. Ingraham*! Es la mejor manera. Así uno puede cantar acerca

de lo que siente y no lo que otra persona inventó y compuso dentro de su propia cabeza para ponerlo en las gramolas tragaperras. Tengo muchas cosas mías, buenas y malas, sobre las que cantar.

—¿Por qué crees que una mujer desearía pegarle un tiro a un hombre... tal como tú cantabas?

—Nadie jamás sabrá este secreto, *Mr. Ingraham*, porque las mujeres lo guardan para sí mismas y seguirán haciéndolo. He vivido lo bastante para convencerme de ello.

—¿Acaso te pegó alguna vez un tiro una muchacha de caderas cimbreantes?

—No, señor. ¡No a mí! Pero hubiera podido hacerlo si yo no fuera siempre lo bastante listo como para anticiparme a su pensamiento.

—¿Cómo es eso?

—Es que yo siempre sé de antemano cuando una mujer desea librarse de mí y entonces es cuando empiezo a recoger mis bártulos y a marcharme antes de que empiece el tiroteo.

—¿Y cómo sabes cuando tienen una pistola, Sam?

—¿Que cómo lo sé? ¡Por instinto, *Mr. Ingraham*! ¡Instinto del verdadero! Y tampoco necesito averiguar dónde esconden la pistola para saber que está allí. Me ocurre siempre cuando algo me avisa que ya es tiempo de que me busque a una nueva mujer con quien poner casa. Esta es la única manera en que un hombre puede convivir con ellas y estar seguro de que su vida será larga. Las he tenido que al principio me han tratado bien y elegantemente, tal como una mujer sabe hacer cuando se lo propone, pero eso no significa nada porque a pesar de ello es mejor que un hombre vigile constantemente para poder saber de antemano cuando ha concluido. Y cuando ello ocurre, yo recojo y me largo antes de que puedan echar mano a esa pistola que tienen escondida.

—Pero ¿cuándo se da uno cuenta de que una mujer desea librarse de uno?

—Cuando nada de lo que haces las llega a complacer no importa las veces y la frecuencia con que se intente. Eso es algo que no pueden ocultar. Tienen algo que se les vuelve tan frío como se le volvería a usted un dedo si lo metiera dentro de un cubo de hielo trinchado. Así es como uno se entera cada vez de ello. Todavía no me ha fallado para saber cuándo debo recoger y marcharme.

Brooks se rió.

—Las mujeres no son así en todas partes, Sam.

—Quizás no lo sean al otro lado del río pero en lo que refiere a las de este lado, sé todo lo que hay que saber y no pienso arriesgarme. He tratado con demasiadas de las de este lado para descuidarme.

Brooks se levantó de la banqueta y dio un cuarto de dólar a Sam.

—Está usted muy rumbo esta noche, *Mr. Ingraham* —comentó éste aprobador, mientras le cepillaba—. Debe de estar proyectando irse a hacer un poco de caza mayor por la ciudad.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —preguntó amistosamente Brooks.

—Bien, *Mr.* Ingraham, tal vez la manera inquieta en que se porta. Todo hombre se siente inquieto cuando proyecta ir de cacería. Sé todo lo que hay que saber acerca de ello porque yo mismo me siento inquieto cuando proyecto salir por ahí en busca de una nueva mujer...

Brooks se alejó del puesto de limpiabotas sin otro comentario. Sam le había recordado que todavía no había decidido si debía volver a casa inmediatamente o quedarse en la ciudad y ver a Roma. Mientras andaba por Meeting Street hacia el Hotel de Grandport sabía cuál era su deber, pero su deseo de estar con Roma era obstinado y persistente. Hacía mucho tiempo que no había sentido por una mujer un deseo tan fuerte y dominante.

Anduvo lentamente de un lado a otro, frente al hotel, mientras trataba de tomar una decisión, pero cuanto más pensaba en ello, más confuso se sentía. Y así, de pronto, no tuvo ya nada en que pensar... («Hay cosas que no se sabe de antemano si van a salir bien o mal y he aquí por qué: A veces, la mente de uno se cansa de vagar aquí y allá como una sierra, y súbitamente deja de pensar. Por completo. Y es entonces cuando uno se lanza y hace realmente lo que desea, mandando al diablo las consecuencias»).

Por fin, libre de toda indecisión, Brooks cruzó determinadamente la calle y entró en el vestíbulo del hotel como quien hace algo que ha planeado cuidadosamente durante una semana entera y de antemano.

Después de firmar el libro de registro y alejarse del mostrador, siguió al botones al ascensor sin siquiera mirar a su entorno. Desde que dejara el puesto de limpiabotas de Sam, no había visto ningún conocido, y deseaba alcanzar su habitación sin ser reconocido por nadie que pudiera preguntarse por qué entraba en un ascensor del hotel de Grandport a tales horas de la noche e hiciera preguntas embarazosas.

Cuando llegaron a la habitación del sexto piso, el botones encendió la luz y puso en funcionamiento el sistema de aire acondicionado. Las ventanas habían estado cerradas y el ambiente era sofocante con el calor veraniego, pero pronto se estableció una corriente de aire fresco, procedente de la abertura en la pared.

Llegándose a una ventana, Brooks miró las brillantes luces de la calle. Hacía mucho tiempo que no iba al hotel de Grandport de noche ni contemplaba las iluminaciones de Meeting Street. No muy lejos, junto al río podía divisar el oscuro bulto de su almacén y desde la altura en que se hallaba podía ver también perfectamente la amplia extensión que constituía el lado sur de la ciudad.

—Supongo que su equipaje llegará dentro de poco, señor —dijo el botones entreteniéndose a los pies de la cama—. Tan pronto llegue se lo subiré.

—No tengo equipaje —le dijo Brooks.

—¿No?

—No. No pienso quedarme por mucho tiempo.

—Bueno, eso había supuesto yo de todos modos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay dos clases de personas en quienes se puede confiar en esta ciudad, señor. Los taxistas de la compañía As y los botones del hotel de Grandport —bajó la voz confidencialmente—. Me alegra mucho poder proporcionarle cualquier cosa que desee, señor —sugirió—. Y puesto que no proyecta quedarse por mucho tiempo, si tan sólo me dice lo que le gustaría, procuraría complacerle en seguida. Tampoco deberá preocuparse de nada. Soy un chico de confianza, señor...

—No deseo nada —le dijo Brooks, secamente.

—Sí, señor —replicó el botones—. Pero si cambia de opinión, no tiene más que llamar al vestíbulo y preguntar por Benny. Ése soy yo... Benny. Y soy un chico de confianza, señor.

Tan pronto como Brooks le hubo dado un dólar, retrocedió hacia la puerta.

—Gracias, señor. No sé su nombre pero estoy seguro de haberle visto por el vestíbulo durante alguna de esas comidas de los clubs de negocios y sé que no es usted un poli. Reconozco a cualquier poli en cuanto asoma la cabeza por la entrada. Confíe en mí, si desea cualquier cosa, señor.

Sin responderle, Brooks cerró la puerta y se sentó en la cama. Ésta era suave y flexible al contacto, y casi tan ancha como larga. El calor sofocante se había desvanecido y por entonces la habitación ya era confortablemente fresca. Brooks se sintió descansado y a gusto.

Durante mucho tiempo estuvo sentado contemplando el teléfono sobre la mesita de noche. Sabía el número de Roma, por haberla llamado con frecuencia a casa durante la noche y los fines de semana para preguntarle cualquier detalle burocrático que supiera le era conocido y que precisara atender en seguida en lugar de esperar su regreso a la oficina.

A veces, Roma no estaba en casa cuando la llamó, pero ahora estaba seguro de que sí estaría. Se adelantó y colocó su mano sobre el aparato pero al ir a tomar el receptor, dudó. Sonrió nerviosamente cuando se dio cuenta de que se le había ocurrido que también sabía el número de su propia casa. («Te diré algo interesante que he aprendido: Una vez al año o así, mi mujer y yo nos vamos a un hotel y alquilamos una habitación igual que en los viejos tiempos cuando todavía no estábamos casados. Si no lo has probado nunca, inténtalo, y te sorprenderá la enorme diferencia que produce. Te sentirás otro hombre, y tu mujer adoptará también la actitud adecuada. Ya sabes lo que quiero decir. Es como persuadir a una chica que te enloquece que haga una escapada y se vaya a dormir contigo por vez primera. Tal es la diferencia, en comparación con la rutina a la que uno se acostumbra en casa. Pruébalo con tu propia mujer alguna vez, y ya me dirás si tengo razón. Lo he intentado también en un “motel” y funciona lo mismo, si lo prefieres. Desde luego, en cualquiera de los dos lugares da un resultado mejor, si tanto tú como tu mujer habéis

logrado el estado de ánimo adecuado, de antemano, de modo que podáis estar seguros de que todo irá bien y sin pérdida de tiempo. Tú conoces a tu propia mujer mejor que yo, pero no creo que a ninguna de ellas le guste que se la tome demasiado por sorpresa. Todas prefieren tener ocasión de acicalarse un poco de antemano»).

Brooks levantó el receptor y dio a la operadora de la centralita el número de Roma. Después de algunos minutos, pudo oír el zumbido irritante de la línea al comunicar. Lo escuchó hasta que no pudo soportarlo más.

—¡Maldito seas! —dijo en voz alta—. ¡Condenación!

Colgó violentamente y se quedó sentado allí, mirando el aparato con resentimiento. Estaba acostumbrado a oír dicha señal cuando llamaba a su casa ya que con frecuencia, Maureen se pasaba horas hablando con cualquiera de sus amigas, especialmente cuando él necesitaba establecer contacto aprisa, pero le enojaba y molestaba pensar que Roma podía estar hablando por teléfono con otro hombre.

—Si quiere que vaya a verla, ¿por qué no mantiene la línea libre para que pueda decirle cuándo voy a ir?

Mientras aguardaba impaciente antes de tratar otra vez de comunicar con ella, empezó a preguntarse si Maureen hubiera venido a la ciudad de haberla llamado él, suplicándole acudiera a la habitación del hotel.

Forzándose en dejar de pensar en Maureen, levantó el receptor y pidió de nuevo el número de Roma. Tal como había temido, pronto volvió a oír el mismo zumbido exasperante. Volvió a colgar el teléfono airadamente, aun cuando por entonces ya había comprendido que no debía perder la calma tan sólo porque el número estuviera ocupado todavía. Probablemente, la muchacha que compartía el apartamento con Roma estaba hablando con algún amigo y el uso del teléfono era también su derecho. Deseó haber preguntado a Roma antes de que ésta abandonara el despacho, a qué hora quería que fuese a su casa...

Inesperadamente, llamaron a la puerta. El ruido sobresaltó a Brooks, y su primer pensamiento fue que Maureen había sospechado que mentía cuando trató de explicarle por qué debía quedarse en la ciudad aquella noche y había conseguido de algún modo enterarse de su paradero. Sin embargo, no había dicho ni a Maureen ni a nadie que se alojaría en el hotel de Grandport y estaba seguro de no haber sido reconocido cuando atravesó el vestíbulo.

El insistente golpear de nudillos en la puerta sonó más fuerte y Brooks se levantó por fin y abrió.

Tan pronto lo hizo, el botones se metió en la habitación y cerró tras de sí. Benny llevaba un cubo lleno de hielo.

—No he pedido nada —le dijo Brooks con exasperada brusquedad.

—Ya lo sé, señor, pero pensé que a lo mejor desearía un poco de agua helada para refrescarse, en una noche tan calurosa.

Después de verter en un jarro los cubos de hielo, se fue con éste al cuarto de baño y lo llenó de agua. Estaba silbando cuando regresó al dormitorio y colocó el jarro de agua helada sobre la mesita.

—Gracias —le dijo Brooks secamente.

—Me llamo Benny —replicó el muchacho sonriendo—. Ahora lo recuerda, ¿no es verdad, señor?

Brooks asintió.

—Bueno, ya que estoy aquí, si hay algo que necesite...

Brooks se sentía más y más molesto, pero sacó un cuarto de dólar del bolsillo y lo alargó a Benny.

—Gracias, señor —dijo éste, reconocido—. Pero no tiene por qué. Ya me dio usted una buena propina hace poco.

—Quédatelo —dijo Brooks dirigiéndose hacia la cama.

—Sí, señor. Si hay algo que desee, yo se lo arreglaré. Y no tendrá que perder el tiempo esperando. Soy un chico de confianza, señor. Todo lo que tiene que hacer es decirme lo que le gustaría y en seguida se lo arreglo.

—Arreglarme ¿qué? —preguntó Brooks rápidamente, mirándole.

—Bien... ¿qué le gustaría?

—Nada —dijo Brooks impacientemente, sentándose en la cama—. Estoy ocupado con el teléfono. No tengo tiempo para nada más.

—Sí, señor —dijo Benny dirigiéndose a la puerta.

Sin embargo, en lugar de salir inmediatamente, esperó a que Brooks se volviera y le mira de nuevo, pero al no hacerlo, insistió.

—Pero cuando termine con el teléfono y decida alguna otra cosa, no tiene más que mandarme a llamar. Soy Benny. Soy un chico de confianza, señor. De verdad. Todo el que me conoce se lo puede decir. No tiene más que preguntar por ahí.

Brooks le miró enfadado, pero estaba demasiado fuera de sí para pronunciar una sola palabra. Una vez el botones hubo salido y cerrado la puerta, levantó el teléfono y volvió a llamar a Roma. La línea estaba todavía ocupada y después de escuchar el zumbido de la señal mientras pudo soportarlo colgó de nuevo el aparato, sintiéndose descorazonado y sin saber qué hacer.

—Todo eso es un condenado embrollo —se dijo deprimido poniéndose en pie y empezando a pasear por la habitación.

Miró su reloj detenidamente, dándose cuenta de lo tarde que era. Ya hacía dos horas que había dejado el despacho y pronto serían las ocho.

—¿De qué demonios sirve decidirse a hacer algo, si luego no se puede hacer lo que uno deseaba? Pero no puedo ir allí, hasta estar seguro que la otra chica se ha marchado. No puedo correr el riesgo de que alguien más se entere de que estuve allí. Y también sé lo pronto que Maureen lo sabría. Antes de que tuviera tiempo de regresar a casa, ya se habría enterado de ello. Es infernal estar metido en algo semejante y no poder hacer nada acerca de ello. ¡Si tan sólo pudiera hablar con Roma

por teléfono y pedirle que viniera aquí!...

Continuó paseándose inquietamente por la habitación. Cada vez que pasaba ante el teléfono, lo miraba exasperado. Sabía que no podía esperar mucho más para decidir si debía abandonar sus intentos de comunicar con Roma por teléfono para pedirle que acudiera al hotel, y arriesgarse a ir al apartamento de ella y confiar en que nadie se lo diría a Maureen. («Lo malo en la vida de un hombre es que no puede salirse siempre con la suya y realizar sus deseos. Ya sabes a qué me refiero. Estoy hablando de cuando decide que quiere una cosa y siente gran necesidad de ella. No quiero decir cosas tales como asaltar un banco para hacerse con algún dinero o asesinar a alguien por venganza. Hablo de cosas corrientes. Por ejemplo, si un hombre vuelve una noche a casa, de regreso del trabajo, y tiene grandes intenciones, lo más probable es que casi siempre tenga que permanecer sentado por ahí, dejando pasar el tiempo, antes de que su mujer se ponga del debido humor, aun si los motivos que ella tiene son insignificantes, tales como que te diga que antes tiene que terminar de planchar. Pues bien, ésta es la razón principal por la que me puse a trabajar, y decidí que el momento más oportuno para tener grandes intenciones y empezar bien el día, es cuando uno se despierta por la mañana. Entonces, se las puede coger de sorpresa antes de que tengan ocasión de pensar alguna excusa para aguardar un poco. No hay muchas mujeres que comprendan todo esto, porque hacerse las remolonas está en su misma naturaleza. Antes de tomar sus decisiones, tienen que aplazar las cosas y tomarse todo el tiempo del mundo. Y si uno se resigna a sentarse por ahí, en casa, durante la noche, oyendo sus excusas y viéndose rechazado una y otra vez, uno acaba pronto sintiéndose irritado y entonces, uno se marcha dando un portazo a alguna otra parte donde pueda tomar lo que desea en seguida y allí mismo»).

CUARTA PARTE

EL BAR DEL DIQUE

Durante más de una hora, Brooks Ingraham había permanecido morosamente sentado en una banqueta del Bar del Dique, bebiendo cerveza y sorbiendo *whisky*.

Habían sido allá por las ocho cuando pagó su cuenta y abandonando el hotel de Grandport cruzó Meeting Street y se fue bajo el calor sofocante de aquella noche de agosto hacia la taberna, a dos manzanas de distancia. Su sedán azul se hallaba todavía en el aparcadero, detrás del almacén donde lo había dejado mientras decidía qué hacer. («No se le puede reprochar demasiado a un muchacho pueblerino como Brooks Ingraham que salga de su propia esfera y se case con una mujer rica como Maureen. Tal vez no averiguó hasta que ya era demasiado tarde, que ella no iba a permitir que su padre y su madre asistieran a la boda ni les invitaría jamás a su casa. Después de todo, era ya demasiado tarde para que él se pusiera firme e hiciera algo acerca de todo ello. Lo peor fue Maureen, diciendo que sus padres son unos campesinos ignorantes y que no tienen ni las maneras ni las ropas adecuadas para alternar con ella y sus amigos de la ciudad. Eso es duro de aceptar para cualquier hombre, por más que ame a su mujer y quiera complacerla. Lo que Maureen quería desde el principio, era un hombre alto y bien parecido como Brooks, que la llevara a bailar a los clubs de las afueras y a quien pudiera exhibir en las reuniones, y tenía el dinero suficiente para conseguir sus deseos. Todo esto está muy bien para unos cuantos años tal vez, y tal vez sea suficiente, en lo que a ella se refiere, para toda la vida, pero un hombre necesita mucho más. Y te diré por qué: Algún día, forzosamente, aparecerá otra mujer, una que querrá darle toda la atención y afecto femeninos que ha estado echando de menos y un hombre que ha pasado tanto tiempo privado de tales cosas, no puede despreciarlas cuando las encuentra. Son algo que todo hombre necesita, lo mismo que un bebé necesita los pechos de su madre, y si no puede obtenerlo de una mujer, más pronto o más tarde lo buscará en alguna otra parte. Esto es tan seguro como que respiro. No, no critico a Brooks Ingraham, en principio, por haberse casado con Maureen. Sólo le compadezco, viendo lo que le ha estado sucediendo desde entonces»).

Eran poco después de las nueve, y a través de la abierta puerta del Bar del Dique podía oírse el lejano rumor de una tormenta nocturna. En las noches de final de verano, era ése un sonido familiar que siempre traía consigo la esperanza de un chaparrón refrescante. Una ligera brisa venía ya procedente del río e iba extendiéndose por todo el delta como si tratara de persuadir a la tormenta de seguirla, pero entretanto, el calor del largo día de agosto se adhería todavía a las baldosas de arroyos y calzadas y a los edificios de ladrillo y cemento de la ciudad.

—¿Oye eso, *Mr.* Ingraham? —preguntó Fred con una mueca complacida después de escuchar el eco de los truenos—. ¿No le parece que suena bien?

Fred era uno de los dueños del Dique y atendía la barra desde el mediodía hasta la hora de cerrar. Su socio, un primo más joven, barría la taberna por las mañanas y la atendía hasta que Fred entraba a trabajar.

—Allá viene, con toda puntualidad y tan ruidosa y agresiva como siempre. Falló

anoche, por vez primera esta semana, de modo que a lo mejor será doblemente fuerte ahora. Si tenemos un buen chubasco a consecuencia de la tormenta que se avecina, será una buena noche para dormir al fresco. Anoche era como un horno. Apostaría a que todo lo más que dormí fueron unas cuatro horas.

Asintiendo pero sin replicar, Brooks se volvió a mirar afuera por la puerta de la taberna. Había en la calle pedazos de papel que revoloteaban con los primeros arrebatos de viento. Cayeron unas pocas gotas de lluvia y el resplandor de las luces de la ciudad pareció iluminar más el cielo, a medida que las bajas nubes tormentosas avanzaban hacia el norte por el delta, procedentes del Golfo. Un remolcador hizo sonar su sirena varias veces allá en el río.

—He aquí el final de agosto, y voy a sentir que se terminen las tormentas de verano —estaba diciendo Fred—. Una buena lluvia refrescante por la noche, después de un día caluroso, hace que un hombre reviva de pies a cabeza, se sienta mejor, y desee irse a su casa o a cualquier otro sitio a dar un buen repaso a su chica. Toda mi vida he sido partidario del verano, y que nadie me diga que no es entonces cuando germino mejor. En invierno me siento como una vieja mazorca de maíz a la que han arrancado las semillas para darlas a los cerdos. Y a mi edad, no es manera de sentirse. Cuando cuento mis bendiciones, siempre pongo el verano a la cabeza de la lista.

Brooks masticó el último bocado del sándwich de carne que había estado comiendo e indicó a Fred Hendrix que llenara de nuevo sus dos vasos. Todavía estaban solos en el bar, pero en la trastienda, cinco o seis hombres jugaban al póker. El juego, no era ya legal en Grandport, pero lo mismo que con los prostíbulos, mientras no se hiciera a la vista, la ley no era impuesta. («No me preocupo porque tengo amigos en el Ayuntamiento. Y cuando se tienen amigos, uno no tiene que andar por ahí sobornando a la gente todo el tiempo. Cuando vienen a tomar un trago, les trato como amistades que vinieran a visitarme a casa, y me lo aprecian. Para eso están los amigos. Uno hace un favor y recibe otro a cambio. Pero ponte a sobornar a la gente, y acabarás temblando dentro de tus propios zapatos, de miedo a ser traicionado. Y más pronto o más tarde te traicionarán. Tan cierto como que el sol sale y se pone»).

Algunos de los habituales del Bar del Dique eran hombres de negocios o abogados, que tenían sus despachos en las cercanías y no siempre tenían prisa para regresar a sus casas. Muchos otros que acudían a la taberna, eran agentes del fisco, tasadores de arbitrios, y magistrados que se habían acostumbrado a ir a tomar unas copas tan pronto como cerraba el Ayuntamiento. Algunos de ellos se quedaban jugando al póker en la trastienda, hasta que a medianoche Fred cerraba el local. Como deferencia especial para un magistrado o juez del Condado, Fred cerraba la puerta de entrada y apagaba las luces del bar, esperando luego que la partida de póker concluyera a las dos o las tres de la madrugada.

A unas manzanas de distancia, hubo un brillante relámpago, y poco después la lluvia empezó a caer pesadamente. Fred dijo algo acerca de que era un tiempo tan

ideal como cualquiera pudiera desear, mientras contemplaba la lluvia bañando la calle, pero Brooks no le escuchaba. Permanecía de codos sobre la barra, con las piernas tensamente enlazadas alrededor de las patas de hierro del taburete y miraba abstraído una de las fotografías que Fred tenía en la pared, encima de la hilera de botellas. («Éste es un bar para hombres, y por eso siempre tengo unas cuantas fotos de chicas con el trasero al aire, allá arriba, para que los clientes puedan estudiarlas mientras están sentados y mediten acerca de las cosas buenas de la vida, tratando de descubrir un medio de participar en ellas. Llevo mucho tiempo en este negocio y sé cómo debo dirigirlo para complacer a mi clientela. Poner ahí esos traseros desnudos es un verdadero servicio cívico y sólo por el precio de una cerveza o un *whisky*, porque todo el mundo sabe, igual que yo, que nadie nunca tiene ocasión de ver nada semejante en su casa, ¿no es verdad? Sé muy bien que no, porque yo mismo llevo treinta y cinco años casado. Cualquier hombre que se encuentre todavía en la superficie del cementerio —y no importa si es rico o pobre, peludo o calvo, cojo o zurdo— tiene forzosamente que experimentar ciertas urgencias una vez que otra, y según yo lo veo, cuando su cerebro empieza a vagar, tiene derecho a contemplar las mejores imágenes que se le puedan ofrecer. Esas chicas desnudas que tengo ahí, siempre le harán pensar que puede encontrar a una de ellas en cualquier esquina. Eso es seguro. La mente de un hombre funciona de ese modo. Bueno, a decir verdad, tendrá que andar bastante más que hasta la próxima esquina para llegar a donde crea que está ella, y entonces, si tampoco la encuentra, siempre puede volverse a casa en redondo y armar una buena con su mujer. Claro que cuando lo hace así, la mujer nunca logra entender quién peló el plátano de antemano, y puede ser que a partir de entonces se vuelva infernalmente desconfiada»).

Brooks miró el reloj de pared. A través del neón púrpura y verde que rodeaba la esfera, pudo ver que eran más de las nueve y media. La lluvia se había reducido a brumosa llovizna, y uno que otro trueno resonaba, cada vez más lejano, a medida que la tormenta iba subiendo rápidamente por el río, al norte del delta. A poco se aclararía el cielo y las estrellas volverían a centellear muy brillantes, pero mientras tanto el aire húmedo parecía todavía sudor pegado a la piel.

—Ahora que lo pienso, no le he visto por aquí últimamente, *Mr. Ingraham* —estaba diciendo Fred.

—He estado ocupado.

—¿Cuándo fue que vino por última vez y echó una ojeada a mi galería de arte?

—Hará un mes.

—Eso pensé y es la razón por la que lo pregunto. Desde entonces, he colocado algunas nuevas adquisiciones y a lo mejor le gustará mirarlas mientras permanece ahí sentado. Notará algunos cambios: Hará una semana o dos me traje varias fotos nuevas de Nueva Orleans. Son el último grito en chicas allá abajo.

Brooks asintió.

—Tal vez algunos no lo creen, *Mr. Ingraham*, pero yo censuro cada una de las fotos que pongo ahí en la pared. Y cuando lo hago, nadie será más estricto que yo. ¿Por qué? Porque no quiero que nadie que se siente en mi bar tenga que ver fotos de chicas con pantalones. A lo mejor ha notado usted igual que yo, que a muchas de las mujeres que hoy en día se ponen pantalones les está saliendo bigote. Y es mi teoría que, si les crece bigote, hay que esperar a continuación que les esté creciendo también algo más entre piernas. ¡Es bastante para que un hombre se preocupe y se sienta incómodo! Piense en ello, *Mr. Ingraham*, y dígame si no sentiría usted reparos en desvestir a una mujer así. ¿No sería infernal hacerlo, y ver que era tal como había sospechado? De suceder un caso semejante, un hombre ya no sabría de qué lado volverse. Pero cuando tienen el trasero desnudo, en lugar de esconderlo con unos pantalones, un hombre puede ver por sí mismo y tener la seguridad de que se halla en terreno familiar.

Mientras Fred Hendrix hablaba, Brooks llegó a una firme decisión acerca de lo que debía hacer y estaba determinado a no permitir que nada cambiara sus planes. Todavía temía que Maureen se enterara de que le había mentado al decirle que debía quedarse en la ciudad por asuntos de negocios y que en su lugar había tomado una habitación en el hotel de Grandport para telefonar desde ella a Roma, pero sea como fuere, ya había aguardado tanto como pudo.

Tenso y nervioso, se apartó del mostrador y se acercó al teléfono colocado en la pared. («Te diré cómo es porque lo he visto suceder otras veces. Cuando un muchacho pobre como Brooks, se casa con una mujer rica como Maureen y ella le compra un negocio, le proporciona una hermosa casa de campo, y le regala un auto nuevo de los caros cada primavera, es natural que ella le considere su propiedad igual que una alhaja que hubiera comprado y pagado. Considerando lo que Brooks ha obtenido de todo ello se diría que debiera conformarse y dejar las cosas como están. Pero no ocurre así, nada de eso. De vez en cuando, un hombre siente la necesidad de una mujer que le trate como si fuera ella la que le perteneciera en lugar de todo lo contrario. Y entonces un hombre deja de pensar con la cabeza y siente que necesita su propia clase de mujer mucho más que lo que cualquier mujer rica pueda comprarle. Bueno, si la mujer rica es también inteligente, siempre tendrá sentido común suficiente para comprender algo semejante y no reprocharle mucho a un hombre que obre según su naturaleza. Después de todo, el pobre bastardo que se sienta así es capaz de irse por ahí y encaramarse descalzo por una cerca de alambre espinoso o arrastrarse con la panza desnuda a través de la maleza sin notar el dolor»).

Brooks puso una moneda en la ranura del teléfono y marcó con dedo nervioso el número de Roma. Esta vez la línea no estaba ocupada y el timbre empezó a sonar inmediatamente. Mientras esperaba a que ella contestara, apretó el receptor contra su oído y aguardó impaciente el sonido de su voz. Todavía aguardando, pensó que era la primera vez que hacía una llamada semejante desde que se casara con Maureen, y se

prometió solemnemente que iba a ser la última y única vez que sería infiel a su mujer. Al ir pasando los minutos, empezó a darse cuenta de que el auricular temblaba apretado a su oído...

El timbre resonó una vez tras otra pero no obtuvo respuesta alguna. Estaba seguro de haber marcado el número correctamente, pero para el caso de que se hubiera equivocado en su nerviosismo, colgó el aparato, y poniendo la moneda recuperada en la ranura, marcó otra vez el número de Roma.

Cuando el timbre empezó a sonar de nuevo, tampoco hubo respuesta. Brooks miró hacia el reloj de pared y vio que las manecillas estaban ahora casi en las diez de la noche. Preocupado e inquieto, empezó a preguntarse si había esperado demasiado para hacerle saber que iría a verla y si ella, enojada y ofendida se abstenía deliberadamente de contestar. Mientras la llamada seguía sonando, su próximo pensamiento fue que Roma había salido con algún otro y se sintió otra vez molesto y desdichado.

Colgando violentamente el aparato y sin esperar la devolución de su moneda, volvió al mostrador. Después de beber el resto de su *whisky*, pidió otro a Fred Hendrix y se sentó a esperar un poco antes de intentar llamar a Roma otra vez. («Éste es un clima malo para el amor y la lealtad. En esta rica tierra fluvial, con todo ese sol, aire perfumado y abundancia de lluvia, uno creería que el lugar es ideal para que el verdadero amor, la verdad y la lealtad florezcan y se robustezcan más que en cualquier otro sitio. Y mientras uno está sentado por ahí pensándolo, germina la hierba mala y mata la verdadera vida antes de que uno se dé cuenta de ello. Este clima puede ser así, cruel y perverso»).

Sentado allí, esperando impaciente a que pasaran algunos minutos antes de volver al teléfono, Brooks empezó a decirse que se hubiera sentido más a gusto acerca de lo que se proponía, si Roma no hubiera sido su secretaria sino una muchacha a quien hubiera conocido fuera del despacho. Todo lo mismo, ahora la necesitaba, y estaba determinado a continuar llamándola hasta que respondiera, aun si debía pasarse la noche entera en el intento.

Harry Brothers entró en la taberna y dejó su cartera de mano sobre el mostrador. Su despacho de abogado se hallaba aproximadamente a una manzana de distancia del bar y cuando trabajaba hasta tarde, solía detenerse en el Dique antes de regresar a casa. Era un hombre de mediana edad que se estaba volviendo calvo, que engordaba cada año un poco más y que no se preocupaba en absoluto de su cada vez más rotunda figura. Incluso solía bromear acerca de la prominencia de su estómago, diciendo que estaba tratando de hacerse con una reserva de grasas de la que poder vivir cuando los republicanos trajeran de nuevo tiempos difíciles. En la actualidad, pesaba doscientas setenta libras inglesas.

Harry era un hombre casado, de unos cuarenta y cinco años de edad, es decir,

unos dos años más joven que Brooks Ingraham, y uno de los abogados más acreditados de Grandport. Su hijo e hija asistían a la misma universidad del Estado donde él había estudiado Leyes y él asistía a todos los partidos de fútbol que se jugaban en el Estadio de aquel centro docente. Cuando iba a un partido, siempre se llevaba consigo una bolsa conteniendo varios termos llenos de *whisky* y tazas suficientes para todos cuantos estuvieran junto a él.

—Date prisa y ponme un *whisky* sin derramar ni una gota, Fred —exclamó Harry sentándose junto a Brooks—. Y un plato debajo del vaso para que si algo se derrama pueda sorberlo luego. Y no dejes que entre lluvia y lo estropee. Esta noche necesito mi *whisky* en toda su pureza y directo de la botella. Tengo un cliente con la oportunidad de ganar cien mil en un caso de fraude contra esa asquerosa línea férrea y he estado trabajando en un endiablado informe durante cuatro horas, a fin de poder sacarme una minuta de veinticinco mil, a tiempo para la temporada de carreras. Además, el lunes por la mañana, a las nueve, tengo que ir por el tribunal a ver si le obtengo un divorcio a cierto bastardo sin importancia que no tuvo sentido común suficiente para bloquear debidamente el trasero de su mujer cuando se fue a la esquina a tomarse un par de cervezas. Continúa inclinando esa botella, Fred, no lo dejes a la mitad. Quiero sentirme realmente en forma y bien endurecido cuando me despierte el lunes, de modo que no sienta vergüenza de cobrarle al pobre bastardo trescientos dólares por tres minutos de papeleo... Dale a Brooks un doble de lo que esté tomando y ponte tú también tu propio jugo de enterrador. —Aplastó sobre el mostrador un billete de cien dólares—. ¡Brindo por todas las chicas con buenos delanteros de tu prostíbulo de vecindad, Fred!

Después de tomar un buen trago de *whisky*, Harry miró a Brooks interrogadoramente.

—Hijo, no me pareces en tu ambiente aquí en la ciudad a estas horas.

Brooks no replicó.

—Y bien, hijo, ¿es que te salvaste la valla o es que Maureen te ha mandado a pastorear? —preguntó desafortunadamente Harry—. ¿Cómo no estás en el establo a estas horas, con tu bocado puesto y con una tira de cuero debajo de la cola?

Ignorando sus preguntas, Brooks se limitó a sorber su *whisky*.

—¿Qué diablos te pasa, hijo? —preguntó Harry gravemente, inclinándose hacia él—. Tan pronto entré, me di cuenta de que había esa cierta expresión de hombre casado en tu rostro. ¿Tienes apuros, hijo? ¿Se trata de dinero o mujeres?

Pasó algún tiempo antes de que Brooks levantara la cabeza y asintiera. Además de ser viejos amigos, y de conocerse íntimamente el uno al otro, Harry Brothers había sido consejero legal de la Compañía de Almacenaje y Acarreamiento de Grandport desde que Maureen proveyó a Brooks de dinero para establecerse por sí mismo. Habían pescado juntos en el río Arcadia y en el Golfo de Méjico muchas veces y Harry y su mujer frecuentaban la casa de campo de Brooks y Maureen, asistiendo casi todos los sábados por la noche a las cenas a base de carne a la plancha cocinada

al aire libre que solían dar, para irse luego a bailar conjuntamente al Club Local de Grandport.

Mientras Harry le miraba, Brooks asintió de nuevo.

—Bueno, hijo, ¿qué es ello? —urgió Harry.

Brooks tomó otro sorbo de *whisky*.

—¿Negocios o alguna otra cosa?

—Alguna otra cosa... —dijo Brooks.

—¿En casa o fuera de ella?

—Fuera de ella.

—¿Sexual?

—¡Qué demonios, Harry!...

—Ya oíste lo que te pregunté.

—No tienes por qué preguntarlo.

—Es que yo sé las preguntas y tú las respuestas.

—Las cuales no pienso darte.

—Pero estás endiabladamente preocupado.

—Entonces márchate y déjame solo.

—¿Quién es ella, hijo?

—No pienso decírtelo.

—¿Alta? ¿Baja? ¿Regular? ¿Rubia o morena?

—Vete al infierno.

—¿Quieres consejo o comprensión? ¡Tú mandas!

—Te dije que te fueras al infierno, Harry.

—Está bien, hijo. No te sulfures. Tómallo con calma. No tienes que darme los detalles íntimos. Sé y lo suficiente para decirte lo que necesitas oír. Si quieres continuar casado y conservar las ventajas inherentes a ello, desahógate aprisa, hijo, desahógate...

—¿Qué quieres decir con eso, Harry? —preguntó Brooks apresuradamente, mirándole.

—Simplemente lo que dije: Desahógate. Líbrate de ello. Sácatelo de la sangre.

—¿Cómo?

—Ahora recobras el sentido común, hijo. Así me gusta oírte hablar. Vete en seguida a casa, engatusa a Maureen y acuéstate con ella, o bien llégate hasta el sur de la ciudad y hártate de lo que te hace falta hasta que hayas conseguido olvidar a ésa. No sé quién es y tú no quieres decírmelo, pero apostararía a que no es chica con quien uno pueda desahogarse adecuadamente. Y si te enredas con alguien de la clase que puede ocasionar habladurías, empieza a despedirte desde ahora de tu vida doméstica.

Brooks permanecía en pensativo silencio. Se apoyaba en la barra sosteniendo su vaso de *whisky* en la palma de la mano.

—Estoy hablando pura y llanamente de negocios, hijo —le dijo Harry—. Estoy tratando de proteger el dinero con el que te casaste. Si Maureen se enfada contigo, es

capaz de pedir el divorcio y entonces se llevará toda tu calderilla antes de que tus camisas tengan tiempo de volver de la lavandería. Y entonces, ya sabes lo que te ocurrirá.

—¿Qué te hace pensar que haría tal cosa?

—Hijo, os conozco tanto a ti como a Maureen desde hace mucho tiempo y hay una cosa de la que estoy seguro. Es más probable que comprenda que te enredas con una mala chica que con una que sea buena, decente, o lo que quieras llamarla. Las mujeres como Maureen piensan y obran así. Tienen mucho orgullo en cosas semejantes... o se convencen a sí mismas de que lo tienen. He visto ambas caras de todos esos escandalosos divorcios durante tanto tiempo, como para haber aprendido algunas cosas dignas de tenerse en cuenta acerca de las reacciones femeninas. Una vez hieras el orgullo de una mujer, se vengará de ello haciéndote sufrir durante el resto de tu vida... si no coge un revólver y te pega un tiro para empezar. Ahora bien, si te parece que mi consejo gratuito vale algo, será mejor que lo sigas antes de que metas las manos en tus bolsillos y no encuentres en ellos otra cosa que agujeros.

—No conozco a ninguna mala chica...

—Y no tienes por qué —replicó Harry intensamente—. Eso es lo que trataba de hacerte comprender. No tienes por qué conocerlas, ni a ellas les importa saber quién eres tampoco. Tú les das dinero y ellas te dan una noche. ¿Comprendes lo que estoy diciéndote, hijo? Tú eres *Mr. X* y ella es *miss Y*. De éstas, hay muchas en la ciudad y tú lo sabes. La única ocasión en que una chica de esas dice algo, es al reconocer a un artista de cine... como Rin-Tin-Tin.

—¡Ése es un condenado perro!

—Por esto lo digo. Porque tal serás tú si no haces caso de un buen consejo profesional cuando te lo ofrecen. Sigue adelante y enrédate con una chica decente si eso es lo que ella es, y ya verás como acaba hablando con alguien. Tal vez no lo cuente a su mamá, pero no podrá guardarlo para sí. Ninguna de ellas es capaz de abstenerse de alardear un poco e insinuar lo suficiente para ponerle nombre. Entonces, antes de que puedas darte cuenta, toda la ciudad está hablando de ello y Maureen lo oye, tan seguro como que no puede comprarse un trago de *whisky* decente con una moneda de níquel. Y es entonces cuando Maureen recoge su calderilla y se larga. ¿Y sabes cómo quedarás cuando ya no poseas un negocio de almacenaje y acarreos? Volverás a ser un pobre diablo más, tratando de vender cubiertas y neumáticos para hacer un cuarto de dólar con que comprarte una hamburguesa. Éste es el lado económico de la vida, hijo. Esto es lo que te ocurrirá si decides ir a alguno de esos acogedores apartamentos de Park Street con una bonita alfombra en el suelo y bonitas cortinas en las ventanas...

Brooks se puso tenso.

—¿Qué sabes? —preguntó—. No me gusta la manera en que has dicho esto.

—¿Qué es lo que dije?

—Dijiste... Park Street.

Harry sonrió dando con el puño en el hombro de Brooks.

—Bueno, hijo. Era tan sólo porque me obligaste a dar por sentado y a suponer que se trataba de una buena chica, y ¿acaso no viven muchas de ellas en los confortables apartamentos de Park Street?

—¿Por qué crees que yo lo sé? —preguntó Brooks, enojado.

—Verás. Según tengo entendido, muchas secretarias viven en aquella vecindad por el prestigio que les da la dirección. Les proporciona una cierta cantidad de distinción social, y es buena psicología para hacerse con acompañantes de una categoría mejor. Naturalmente, algunas tienen que compartir su piso con otras, por razones financieras, pero se ponen de acuerdo entre ellas para poder gozar de su intimidad cuando lo desean. De hecho, dos de mis empleadas viven en Park Street...

—No me gusta como hablas —dijo Brooks abruptamente mientras se levantaba de su taburete y se enfrentaba con Harry—. ¿Qué diablos tratas de insinuar?

—Me alegro de que lo preguntes, hijo —dijo Harry con calma—. Era lo que deseaba oír.

—¿Por qué?

—Porque prueba que has estado prestándome atención. Lo que he estado diciendo, es que lo más sensato que puedes hacer es o bien irte a tu casa y arreglártelas con Maureen o bien coger un taxi a toda prisa y darte una vuelta por el lado sur. Y después de observar tu condición emocional y psicológica durante la pasada media hora o así, te aconsejo muy encarecidamente que hagas lo último. No estás en estado de ánimo apropiado para tener a Maureen, esta noche, de compañera de lecho. He oído de buena tinta que Gracie Wadley dirige un buen sitio en el lado sur. Fred puede llamar a un taxi. As... esos taxistas conocen el camino. Dicen que Gracie tiene música continua en todas las habitaciones, mucho aire acondicionado, bonitas alfombras en el suelo, bonitas cortinas en las ventanas y servicio durante toda la noche. En otras palabras, (y te repito que lo he oído de fuentes fidedignas), el lugar está dirigido tal como debe estarlo una casa de muñecas ideal. Una de las razones por las que es aconsejable, es que no se halla en Park Street y nadie mencionará luego tu nombre. Así pues, ¿qué más puedes desear?

QUINTA PARTE

MAUREEN

Provocada, irritada y con labios temblorosos de pura ira, Maureen dio orden a Martha, su ama de llaves, que acostara a los niños y apagara las luces de sus dormitorios en diez minutos. Tommy y Pete suplicaron se les dejara permanecer levantados tan sólo veinte minutos más para poder ver el final del programa de televisión que estaban contemplando, pero ella ni siquiera quiso oírles.

Eran pocos minutos después de las diez de la noche y desde las seis y media el resentimiento y exasperación de Maureen habían ido incrementándose por haberse quedado Brooks en la ciudad, en lugar de regresar a casa como ella le había dicho. No había ninguna razón particular para que le quisiera en casa a la hora de siempre, ya que aquella noche no tenían que recibir a nadie, ni habían aceptado invitaciones; pero Maureen había estado acostumbrada a tener lo que quería durante toda su vida y perdía fácilmente la calma cuando Brooks se empeñaba en hacer algo sin su aprobación.

De hecho, había sido una de las pocas veces, durante casi diez años de matrimonio, que Brooks se había atrevido a ignorar sus mandatos. Sabía por experiencia, lo temperamental que Maureen podía ser y lo poco razonable que solía mostrarse y en el pasado, siempre había procurado no hacer nada que pudiera enojarla. Como si todas las pequeñas irritaciones de los diez años hubieran sido cuidadosamente almacenadas y nutridas en la mente de Maureen, de modo que ella debiera tomar represalias por ellas precisamente ahora, y con toda la crueldad que era capaz de infligir, estaba determinada a hacerle pagar caro y de una vez para siempre, creer que tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana. Todavía estaba demasiado contrariada y furiosa para decidir cómo le haría sufrir, pero sabía que habían muchas maneras de conseguirlo y estaba determinada a llevarlas a cabo.

Abandonó la casa dando un portazo mientras blasfemaba furiosamente y maldecía a Brooks con todos los epítetos que acudían a su mente. («No habéis oído nada hasta que Maureen se enoja por algo, y empieza a maldecir a su modo. No puede compararse con nada que se pueda oír a orillas del río o en cualquier otra parte que yo conozca. Cuando concluye con todos los vocablos sucios de uso común, y no recuerda ninguno más, no la oiréis repetirse a pesar de ello. Lo que Maureen hace entonces, es inventar cosas nuevas que a nadie se le habían ocurrido antes. Puede soltarse, y maldecir más profusamente que cualquier hombre que conozco. Si son ustedes como yo, les resultará difícil creer tal cosa de una mujer, pero cambiarían de opinión si oyeran dispararse a Maureen...»).

No habiéndose preocupado de cambiar de ropa, y sin importarle su aspecto a aquella hora de la noche, Maureen llevaba sus ceñidos pantalones diurnos y un jersey ligero encima de una blusa, cuando se metió en el pequeño auto de dos asientos. Lo lanzó disparado haciendo chirriar los neumáticos por el sendero circular que daba acceso a la finca, y luego aumentó la velocidad de manera desaforada por la mojada carretera, en dirección al Club Local de Grandport que se hallaba a unas dos millas de distancia.

En muchos aspectos, Maureen era todavía una atractiva mujer de treinta y cinco años y se las había arreglado para retener algo de su primera belleza. Llevaba su pelo rubio corto, y ahora éste tenía un brillo dorado natural. Estaba orgullosa de su figura, y en particular de sus bien torneadas piernas y de su busto. Sin embargo, sus caderas se habían ensanchado, y sus tobillos se habían puesto algo gruesos en los últimos años, mientras que su sonrisa siempre hacía conspicuas ciertas arrugas de sus mejillas. Cuando estaba excitada o enojada, lo cual era más frecuente, a medida que iba envejeciendo, sus labios se apretaban convirtiéndose en una línea delgada y cruel y sus ojos se contraían hasta convertirse en ranuras bajo su frente. Otras veces, particularmente cuando deseaba mostrarse amistosa y sociable, podía aparecer, muy convincentemente, simpática y encantadora. («Supongo que todo hombre acepta cierto riesgo al casarse, pero ¿para qué querrá nadie en su sano juicio apostar con tanta desventaja como para querer casarse con Maureen? De ganar, deseará no haber ganado»).

Siendo viernes, era la única noche de la semana en que la mayoría de los miembros del Club Local preferían quedarse en casa a descansar, antes de enfrascarse en la acostumbrada velada de los sábados, compuesta de cena y baile, que duraría hasta el amanecer del domingo. Además ya eran más de las diez, y pocos, si nadie, se hallarían en los locales del club. No obstante, el bar estaría abierto hasta medianoche y eso era toda lo que importaba a Maureen. Estaba decidida a esperar despierta a Brooks por tarde que éste regresara, pero estaba demasiado enojada e inquieta para quedarse en casa. En el Club podía beber tanto como deseara mientras le esperaba y al mismo tiempo podía meditar en lo que iba a hacer y decir cuando le viera.

Había pequeños charcos de agua en la estrecha carretera, los cuales no se habían secado todavía después de la tormenta de las primeras horas de la tarde, el parabrisas estaba salpicado y el agua se metía en sus ojos cada vez que las ruedas delanteras pasaban por encima de uno de los charcos. El pequeño descapotable corría en la noche a una peligrosa velocidad y afortunadamente para otra gente, a aquella hora no había tránsito alguno en la carretera. En lugar de tener cuidado y aminorar la marcha al meterse en un charco, Maureen se limitaba a enjugarse la cara con una manga y a acelerar todavía más. («He visto a alguna gente como Maureen, no mucha, pero la suficiente para reconocer el tipo cuando lo veo. Parece como si temieran que pudiera ocurrirles algo malo en cualquier momento, pero tuvieran que desafiarlo. No quiero decir que sean supersticiosos, como los que rehúsan pasar por debajo de una escalera o se asustan si un gato negro les pasa por delante. Lo que quiero decir es que la menor cosa les hace temer la muerte. Y naturalmente, ésa es la clase de gente que tiene que arriesgarse siempre, como si intentara morir»).

En la curva final, antes de alcanzar la puerta del club, la tormenta había cubierto la carretera de arena gris procedente del delta. El lodo resbaladizo tenía varias pulgadas de profundidad y cuando las ruedas traseras se metieron en él, fue demasiado tarde para frenar.

Súbitamente, Maureen se dio cuenta de lo imprudente que había sido, y recordó lo indefensa que estaba al verse incapaz de evitar que el auto se inclinara hacia un lado y dentro del lodo. Cerró los ojos fuertemente, lanzando un grito de terror, y empezó a rezar frenéticamente, pidiendo no morir.

Agarrada al volante, contuvo la respiración mientras que el auto se lanzaba a toda velocidad hacia la zanja abierta a un lado de la carretera. Un momento más tarde, el vehículo se detuvo súbitamente, casi empinado sobre un extremo y con las ruedas delanteras y el motor hundidos en el agua.

Por aquel entonces, estaba demasiado emocionada y excitada para sentir ya miedo. El impacto la había arrojado contra el volante, pero había estado agarrándolo con todas sus fuerzas y sólo su hombro izquierdo y su mejilla habían chocado contra él. Aun sabiendo que podía haber muerto, empezó a alegrarse de haber tenido una experiencia tan emocionante.

Mientras permanecía sentada pensando en lo ocurrido, podía oír el agua de la zanja burbujeando hasta alcanzar el suelo del auto y mojarle los pies. Moviéndose cautelosamente los brazos, aliviada al no sentir dolor alguno y poniendo una mano en la mejilla, constató que tan sólo había sufrido una ligera contusión. Durante varios minutos, permaneció sentada allí, agradecida al hecho de que su rostro no iba a quedar marcado y de que no tenía ninguna herida dolorosa.

El agua alcanzaba ya sus piernas, cuando levantó los pies del suelo y empezó a mirar a su alrededor en busca de una manera de alcanzar la carretera sin caer en la zanja. Podía divisar la orilla de ésta a varios pies de distancia, y se daba cuenta que lo único que podía hacer para salir de allí, era saltar. Por primera vez desde que se hundiera el auto, volvió a maldecir a Brooks airadamente, echándole la culpa de lo sucedido.

Con una última mirada atemorizada a la orilla, cerró los ojos y saltó tan lejos como pudo. No cayó en la zanja, pero en lugar de aterrizar sobre sus pies lo hizo sobre manos y rodillas. Una vez más maldijo a Brooks mientras se alzaba de entre el lodo del delta, haciéndole responsable de todo.

Después de lavar la mayor parte del lodo que ensuciaba sus manos en una de las charcas de agua de lluvia, Maureen empezó a andar por la carretera. No le importaba en absoluto lo ocurrido al auto, ni aun si estaba perdido por completo, puesto que podía comprar otro al día siguiente si lo deseaba. Exasperada y furiosa, maldijo a Brooks una vez más, acusándole ahora de obligarla a andar casi una milla hasta el Club.

Mientras vadeaba lodo y agua en la oscuridad, decidió amenazar a Brooks con el divorcio y con dejarle sin un céntimo. Estaba demasiado enojada en aquellos momentos para pensar en otras maneras de hacerle sufrir, pero sabía que había muchas otras cosas que podía hacer para obligarle a arrepentirse de no haber hecho lo que ella deseara cuando aquella tarde le llamara por teléfono. («Maureen es una perra egoísta, si nunca las hubo, y deberían darle la cinta azul de campeona entre todas. Si

no puede salirse con la suya en la cosa más mínima, hará algo que pueda hacerte daño. Aun si lo deseara e hiciera lo posible para conseguirlo, no sería capaz de amar a nadie excepto a su propia egoísta persona. Puedes compadecerla tanto como quieras, pero no va a servirte de nada. Si sospechara que la compadecías, encontraría la manera de obligarte a arrepentirte de haberlo intentado siquiera»).

Maureen había sido hija única y sus padres murieron en un accidente de auto cuando tenía veintitrés años, por lo que había heredado toda la fortuna de su padre. Éste había sido presidente y principal accionista del banco más importante de Grandport y las propiedades y negocios que poseía estaban valorados en cientos de miles de dólares.

Con tanto dinero para gastar, y acostumbrada desde niña a hacer lo que le venía en gana, Maureen no tuvo durante dos años otro interés en la vida que pasar un buen rato allá donde pudiera encontrarlo. («Nunca tuve una cita con ella por aquel entonces, pero oí muchos rumores de lo que ocurría cuando alguien trataba de hacerle el amor. Peculiar para que lo haga una chica, pero para demostrar su independencia o lo que sea que tratara de probar, solía dar rienda suelta a alguien, haciéndole creer que le permitiría hacerle el amor y entonces le apartaba y le obligaba a mirar mientras ella obtenía su propia satisfacción. Se reía y burlaba de él por no necesitarle para hacer lo que podía hacer por sí misma. ¿No es eso algo? Si no es raro, no sé cómo llamarlo. Pero de haber sido yo a quien trataba en tal manera, sé lo que hubiera hecho. La hubiera zurrado concienzuda y abundantemente allá en donde le hubiera hecho mayor provecho. De todos modos, es de la clase que tratará a un hombre igual que lo haría una prostituta vieja cuando se hubiera hecho con todo su dinero. La prostituta le diría que se fuera al infierno después de haberlo conseguido todo. Por eso, compadezco al hombre que se case con Maureen, creyendo que ha conseguido a una esposa amante. He meditado en ello, y ¿sabes qué? Las mujeres como ella deben ser así, mezquinas, porque se odian a sí mismas por ser como son y aunque quisieran ser distintas, no pueden lograrlo. Míralo desde donde quieras, debe ser un mal asunto para cualquier mujer, ser así»).

Maureen carecía de familiares en Grandport que la aconsejaran o avisaran, no tenía siquiera un abuelo o tío cariñoso y por tanto había vivido sólo para sus impulsos y caprichos. Compraba coches caros y los estrellaba, gastaba miles de dólares en vestidos que llevaba tan sólo una vez, desechándolos después, tiraba el dinero en alocadas fiestas que daba varias veces a la semana en su gran casa y a las cuales acudían docenas de personas, invitadas o no, atraídas por la emoción o las bebidas gratis. Tanto era así, que los taxistas llevaban a ellas a visitantes forasteros en cuanto éstos les preguntaban a dónde podían ir para pasar unas pocas horas agradables. («Entre como si estuviera invitado y siéntese como en su casa. Encontrará mujeres y bebida, y no le costará un céntimo. Cuando quiera marcharse, límitese a llamar a “Taxis As” y vendrá a buscarle un auto en veinte minutos»).

Fue en una de tales fiestas, que Maureen vio a Brooks Ingraham por vez primera. Él había oído durante semanas acerca de sus reuniones y sintió curiosidad de ver por sí mismo lo que ocurría realmente en ellas. Cuando llegó, era más de medianoche y durante una media hora, Maureen estuvo observándole curiosamente entre la multitud. Era alto, bien parecido, y rudamente masculino, y cada vez que él la miraba se sentía más excitada.

Cuando se acercó y le preguntó su nombre, ya había decidido lo que deseaba y planeado cómo llevarlo a cabo. Brooks le dijo su nombre y ello fue el principio. Maureen se lo llevó a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Él, no tuvo tiempo de preguntarse por qué había sido conducido allí, porque Maureen empezó a desnudarse tan pronto hubo cerrado la puerta.

Mientras permanecía allí, demasiado sorprendido para decir nada, Maureen se le acercó y dijo que deseaba que se casara con ella. Entonces, cuando él era todavía incapaz de decir palabra alguna, le dijo que deseaba tener dos hijos y había decidido que él debía ser el padre. («Si vas a alguna de las reuniones de Maureen, prepárate de antemano para cualquier cosa y entonces no te sorprenderá nada de lo que pueda suceder sea lo que sea, porque allí pueden ocurrir cosas que tendrías que ver para creer»).

Brooks creyó entonces, que estaba bromeando o demasiado bebida para darse cuenta de lo que decía y por tanto se rió de ella. Enojada y ofendida Maureen le abofeteó varias veces con todas sus fuerzas. Y mientras él se frotaba las doloridas mejillas, ella le rodeó con sus brazos, le besó de lleno en los labios y le acarició íntimamente. Después de esto, él supo que no iba a poder resistirla y tan sólo podía pensar en cómo deseaba aquel cuerpo desnudo. Sólo un momento después, ella estaba de rodillas y tiraba de sus ropas, mientras le rogaba con exaltación que se casara con ella. Después, cuando él todavía no había dicho nada definitivo al respecto, Maureen le atrajo al suelo con ella y le hizo el amor con tal violencia que ambos quedaron agotados y sin aliento.

Después, se sentaron uno junto a otro en la cama, y Maureen continuó suplicando y rogándole que se casara con ella. Brooks replicó que no podía permitirse el lujo de casarse hasta haber logrado un negocio sustancial y poder vivir mucho mejor de lo que lo estaba haciendo con sus ventas de autos usados, a dos o trescientos dólares por pieza, con lo que ganaba una comisión no superior a los veinticinco dólares por cada venta. Para que ella se diera cuenta de lo poco que en realidad ganaba, trató de explicarle que algunas semanas no vendía ni un solo auto y que el único dinero que entonces ganaba era el que hacía vendiendo cubiertas y neumáticos.

Maureen había cerrado los ojos y sacudía la cabeza como si no le interesara nada de lo que decía hasta que él le habló de una compañía de almacenaje y acarreo que estaba a la venta, diciéndole que estaba tratando de obtener un préstamo de un banco, que fuera suficiente para pagar la opción a la misma.

Tan pronto lo dijo, Maureen prometió inmediatamente aportar el dinero necesario

para comprar la compañía, con tal de que se casara con ella. («Tal vez te hayas dado cuenta lo mismo que yo: Cada mujer tiene su manera de conseguir lo que desea. Algunas son tímidas, no se mueven. Aun cuando todo el tiempo confíen en lo que el atractivo sexual significa para un hombre. Otras prefieren salir al descubierto en forma directa y decir lo que pueden ofrecer. Pero sea como fuere, todas parecen ser capaces de ajustar las cosas como las piezas de un rompecabezas. Pregunta a cualquier mujer. Si es honesta y tiene ya lo que desea, te dirá su método...»).

Después de todo ello, habían permanecido durante mucho tiempo en la habitación y aquella noche ya no hablaron más de negocios o matrimonio. Sin embargo, a fines de aquella semana Brooks estaba ya profundamente enamorado de Maureen e impaciente por casarse con ella. El dinero para comprar la compañía de almacenaje y acarreo, fue incentivo al principio, pero por entonces estaba ya tan enamorado de ella que se hubiera casado con la muchacha aun si hubiera sido tan pobre como él.

Todo eso había sucedido diez años atrás y ahora, Brooks y Maureen tenían dos hijos. Tommy acababa de celebrar su octavo cumpleaños, y Pete cumpliría los nueve dentro de unos días.

Sólo Maureen misma sabía si amaba a sus dos hijos realmente. Se preocupaba como toda madre si caían enfermos o se presentaban en casa con heridas y contusiones, y nunca dejaba de estrecharles en sus brazos si acudían a ella a por atención y cariño.

Sin embargo, había veces en que Tommy o Pete eran infantilmente desobedientes o derramaban alguna cosa mientras comían y entonces Maureen les propinaba dolorosos bofetones en pleno rostro o palizas brutales que levantaban verdugones en sus piernas. En tales ocasiones, se ponía violentamente furiosa y les decía que merecían castigo porque amaban a su padre más que a ella.

Después, Maureen lloraba amargamente como si estuviera avergonzada de sí misma y sinceramente arrepentida pedía perdón a Tommy y a Pete. Y cuando los tres estaban llorando y sollozando, Maureen les estrechaba contra sí y les hacía prometer que siempre la amarían más a ella que a su padre. («Toda hembra, entre sus quince años y el cambio de vida, debería ser encerrada en una habitación durante dos o tres días cada mes, y no aparecer ante hombre alguno. Lo que es más, algunas de ellas han descubierto que pueden alargar la cosa hasta nueve o diez días, y éste es un tercio del mes entero. Sea como fuere, es una mala época para toda pareja casada, y si te fijas, verás que es entonces cuando todo va mal y nada bien. Ya sabes lo que quiero decir: Si es lunes, debería ser domingo o martes, si son las diez, debería ser más temprano o tarde. Si tienes sueño, ¿por qué diablos no puedes permanecer despierto tal como hace otra gente? Si te vas a la cocina y abres una botella de cerveza y un poco de espuma cae accidentalmente al suelo ¿por qué tienes que ser tan torpe y obligar a tu mujer a trabajar más?...»).

Ahora que el susto ya había sido superado y una vez el auto abandonado en el bache, Maureen se sintió todavía más encendida de ira. Incapaz todavía de ver en la noche, tuvo que vadear o chapotear en una charca tras otra. Maldiciendo a Brooks por lo sucedido con cada nuevo paso que daba, dejó por fin de tratar de evitar las charcas, mientras se dirigía al Club Local. Mucho antes de llegar, se quitó los mojados zapatos y los arrojó a la oscuridad, con gesto airado.

Además de los dos negros de blancas chaquetas, Harvey el barman, y Lawson el camarero, tan sólo había dos personas más en el salón del club, cuando Maureen entró. Francie y Bill Dunmore, se sentaban a una de las mesitas y tan pronto la vieron cruzar el umbral, agitaron las manos saludándola.

Bill advirtió inmediatamente que iba descalza, que sus ropas estaban cubiertas de lodo, y que estaba completamente furiosa. Se levantó y esperó con expresión interrogante, mientras Maureen se acercaba a la mesa.

—¿Qué ocurre, Maureen? —preguntó preocupado, mientras ella se sentaba—. ¿Qué te ha sucedido?

Con ambas manos, Maureen echó hacia atrás su corto pelo rubio. El brillo de la ira se dejó ver a través de las ranuras que ocultaban sus ojos.

—El condenado auto, se metió dentro de un condenado hoyo.

—¿Dónde?

—En una condenada curva de la condenada carretera.

—¿Cómo ocurrió, Maureen? ¿Es que alguien te empujó con su coche obligándote a salir de la carretera?

—El condenado barro lo hizo resbalar. Y la condenada tormenta, hizo el fango.

—¿Te sientes bien, Maureen? —le preguntó Francie—. ¿No te habrás hecho daño?

—Todo lo que me hace daño es desear una condenada bebida.

El camarero negro, se había ya acercado a la mesa, y permanecía detrás de la silla de Maureen.

Sin hablar a Lawson ella arrancó la servilleta de su brazo y se limpió algo del barro grisáceo que llevaba en manos y ropas.

—Tráeme un condenado *whisky* doble, con agua, Lawson —ordenó secamente arrojándole la servilleta—. Y no seas tan condenadamente lento en traerlo. Lo quiero ahora mismo.

—Sí, señora, *Mrs.* Ingraham —dijo Lawson retrocediendo e inclinándose ante ella—. Se lo traeré en seguida. Estará aquí en un abrir y cerrar de ojos, *Mrs.* Ingraham.

Bill encendió el cigarrillo de Maureen.

—¿Dónde está Brooks? —preguntó Francie—. ¿Estaba contigo?

Maureen frunció el ceño antes de responder.

—Se quedó en la ciudad, en lugar de volver a casa tal como le mandé. Dijo que

debía atender a algún condenado negocio. Si hubiera venido a casa tal como le dije, mi auto no estaría ahora dentro de aquella condenada zanja. Y va a sentir no haber hecho lo que le mandé. Fijaos en mi estado, y todo por su culpa. Lo va a pagar.

Lawson trajo el doble *whisky* y agua. Cuidadosamente, colocó la pequeña servilleta de papel sobre la mesa, antes de poner el vaso frente a Maureen. Inmediatamente, ella tiró la servilleta al suelo después de levantar el vaso. («Algunos de estos blancos, saben verdaderamente cómo hablar sucio. A mí me parece que cuanto más ricos, más sucio hablan. No lo creeríais si no les oyerais hablar como lo hacen en el club. Algunas de las cosas que dicen, son las más asquerosas que podáis imaginar, y las mujeres blancas son las peores. Las he oído hablar a su manera acostumbrada desde que empecé a trabajar en el club, y según parece, se vuelven cada vez peor. Sé que jamás me acostumbraré a oír la manera en que algunas mujeres blancas hablan acerca de sus hombres, maldiciéndoles enfrente de todo el mundo. Es simplemente, que no me parece bien que ninguna mujer se porte así. Seguiré trabajando para ellos, y me ganaré la vida atendiéndoles; pero me alegro de no tener que mezclarme con ellos en mayor medida. Es por ello por lo que estoy de acuerdo en que se queden en su sitio y me dejen a mí en el mío»).

Maureen terminó su bebida, mientras Lawson esperaba. Dejó el vaso vacío, y en seguida le hizo señas de traerle otro.

—Y asegúrate de que sea condenadamente doble, Lawson —dijo cuando él recogió el vaso—. Haré que te despidan tan condenadamente aprisa, que te volverás más negro de lo que ya eres, si no haces lo que te mando, ¿me oyes?

—No se preocupe, *Mrs.* Ingraham —aseguró el camarero—. Siempre sé exactamente qué es lo que usted desea y siempre le digo a Harvey que se lo arregle aprisa y bien.

—Pues dile a Harvey que también puedo hacer que le despidan a él y a su negra cara.

—Sí, señora. Sí, *Mrs.* Ingraham. Le diré a Harvey exactamente lo que usted ha dicho.

Francie se echó hacia adelante.

—¿Qué dirá Brooks cuando se entere de lo cerca que estuviste de hacerte daño esta noche, Maureen?

—No me importa lo que el condenado Brooks diga. Lo único que me importa es lo que yo voy a decirle a él.

—No seas demasiado dura con Brooks, Maureen. A lo mejor se trataba de un negocio importante.

—Si debo hablar por experiencia —dijo Bill riéndose un poco—, a lo mejor es algo todavía más importante que un negocio.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Maureen lentamente.

—Pues bien, como por ejemplo llevarse a alguna parte a su secretaria a cenar y a beber bastantes copas. Las buenas relaciones con los empleados se están volviendo

importantes hoy en día. Si uno no trata bien a una buena secretaria, y no intenta hacer que se sienta necesaria, es probable que ella se marche y se busque a otro jefe que lo haga. Desde luego, lo estoy mirando desde un punto de vista comercial, no desde un punto de vista personal...

Maureen arrojó la servilleta de papel al suelo, con gesto airado.

—¿Te refieres a aquella pequeña condenada de Roma Henderson?

—Escucha, Maureen. Sabes muy bien que bromeaba. Trataba tan sólo de hacerme el gracioso. ¿Acaso no es éste el comentario habitual que se hace cuando un hombre de negocios no vuelve a casa, sino que se queda fuera hasta tarde?

—Cierra el pico, Bill —dijo Francie, sacudiendo la cabeza preocupadamente—. Ya has dicho bastante. Deja de hablar así. No es bonito, ni aun como broma. Ya puedes ver lo nerviosa que está Maureen. Además, conoces a Brooks mejor que todo esto.

Lawson había regresado del bar y Maureen se bebió la mitad de su siguiente *whisky* y agua, sin hacer pausa alguna. Después, se enjugó la boca con la mano.

—Cuando esté condenadamente borracha, os diré muchas condenadas cosas, acerca del condenado *mister* Brooks Ingraham. Hay mucho que sé y puedo contar, porque yo soy la condenada *Mrs.* Brooks Ingraham.

Maureen terminó su bebida y agitó ruidosamente los cubitos de hielo de su vaso. Lawson se aproximó apresuradamente a fin de recoger el vaso vacío, y se apresuró a volver al bar. («¡Mirad a esa mujer blanca! ¿Qué haríais si tuvierais que vivir con alguien como ella? ¿Eh? No me preguntéis lo que yo haría, porque no me quedaría durante tanto tiempo suficiente en el lugar como para que me consideraran un miembro de la familia»).

Con un ademán, Maureen se tocó el rubio cabello que había caído sobre su frente.

—Y cuanto más bebida esté, tantas más condenadas cosas os diré, acerca del condenado *Mr.* Brooks Ingraham. Me enojó cuando no quiso volver a casa esta noche tal como le dije que hiciera. Y me va a pagar cada condenado minuto que ha permanecido alejado. Cuando termine con él, deseará haberse quedado en aquella condenada granja a cuarenta millas de la ciudad donde viven los blancos de baja estofa que son su gente. El condenado *Mr.* Brooks Ingraham, no va a decirme a mí lo que va a hacer, sin tener que sufrir por ello. Esperad y veréis. Voy a morderle su condenada hombría en cuanto se acerque a mí para jugar. Entonces le oiréis aullar. Le oiréis aullar desde aquí a Grandport y viceversa.

Francie miraba a Bill y sacudía la cabeza preocupadamente. Bill asintió y empezó a levantarse de su silla.

—¿Por qué sacudes la cabeza de este modo, Francie Dunmore? —preguntó Maureen rudamente—. ¿Qué te puede importar si muerdo su condenada hombría? ¿Qué puede importarte a ti?

—Vamos a llevarte a casa, Maureen —dijo Francie con calma, mientras se levantaba—. Es muy tarde.

—Quiero otra condenada bebida —gritó Maureen—. Y voy a quedarme aquí hasta emborracharme tan condenadamente como me plazca. Pago dinero para pertenecer a este condenado club y nadie puede obligarme a marcharme. —Agitó ambas manos por encima de su cabeza.

—¡Lawson, Lawson! ¡Condenado negro! ¡Date prisa con esa condenada bebida!

—Maureen, vayamos a casa... —suplicó Bill, tomándola de la mano y tratando de obligarla a ponerse en pie—. No necesitamos permanecer ya más aquí. De todos modos, cerrarán pronto. Por favor, Maureen.

Ella lo rechazó de un empujón.

—Soy una hembra con todas las de la ley, y ningún condenado hombre va a ser mi amo y decirme que volverá a casa cuando tenga humor para hacerlo sin pagar por ello. Yo le pondré en su sitio. Yo le arreglaré las cuentas. Esperad y veréis si no lo hago tal como lo digo. El condenado *Mr. Brooks Ingraham* no tendría ningún condenado negocio, si yo no lo hubiera comprado y pagado con mi propio condenado dinero. No tendría nada, si yo no fuera una hembra con todas las de la ley. No tendría siquiera un condenado cambio de camisa, ni una condenada corbata. Estaría todavía tratando de vender esos condenados autos averiados de segunda mano y viviendo a base de perros calientes y hamburguesas.

—Maureen —suplicó Bill de nuevo—. Vamos ahora a tu casa. Nos quedaremos a beber algo contigo. Y permaneceremos allí tanto tiempo como desees. ¿Qué te parece, Maureen? ¿Te gustaría?

—¿Con quién te crees que estás hablando Bill Dunmore? ¿No sabes que soy una hembra con todas las de la ley? ¡No vas a ser tú quien me diga qué debo hacer! —Agitó los brazos por encima de su cabeza—. ¿Dónde está ese condenado Lawson? ¡Decid a ese moreno de negro trasero que se dé prisa y me traiga mi condenada bebida!

SEXTA PARTE

EN CASA DE GRACIE WADLEY

La Posada Automovilista del Delta era un motel de aspecto moderno, de blancos ladrillos y tejas de pizarra de estilo neocolonial, que constaba de treinta dormitorios. Adjunto a la oficina del motel, había un espacioso apartamento compuesto de tres habitaciones, baño y cocina, que había sido originalmente diseñado para residencia del primer dueño y su esposa.

El área de aparcamiento del edificio, y los terrenos de atractiva visual, ocupaban una manzana entera, al extremo sur de Grandport, y a unas dos millas de Meeting Street y del distrito principal mercantil. El motel, tenía un amplio y sombreado césped y estaba lo bastante alejado de la calle para que los ruidos del tráfico fueran mucho menos molestos de lo que hubieran sido de otro modo.

Aun cuando la Posada Automovilista del Delta estaba emplazada dentro de los límites de la ciudad, no lo estaba dentro del barrio residencial de Grandport. Los edificios más próximos se encontraban a casi media milla de distancia, y el terreno pantanoso que la rodeaba, era mucho más adecuado para los aserraderos, depósitos de ladrillos, depósitos de agua y otras plantas industriales, que para nada más.

El motel había abierto sus puertas tan sólo dos años atrás, y durante este tiempo el negocio se había ido incrementando con regularidad, hasta que la ruta de la carretera del Estado, de Este a Oeste, fue alterada y tendida a diez manzanas más lejos.

El viejo propietario del motel y su mujer habían invertido todos los ahorros de su vida en efectuar el primer pago de la propiedad y por añadidura habían aceptado satisfacer mensualmente las hipotecas sustanciales que un banco mantenía sobre el local. Cuando el dueño y su mujer protestaron al Departamento de Carreteras del Estado, acerca del cambio de ruta, se les dijo que dicho cambio había sido planeado años atrás y que la culpa había sido suya por no haberse informado de los planes que el Departamento tenía, antes de invertir todos sus ahorros en aceptar la responsabilidad de una hipoteca para comprar o edificar un motel en parte alguna. No tenían amigos políticos ni influencias que pudieran interceder ante el gobernador y por tanto, la decisión del Departamento de Carreteras fue final e irrevocable.

Había habido una pérdida inmediata en el negocio, una pérdida casi total. Durante el primer mes que siguió a la alteración de la carretera, los dueños no pudieron hacer su pago regular y el banco actuó inmediatamente para reclamar la hipoteca pendiente. Unos días después de la reclamación, marido y mujer fueron hallados muertos por una criada, en el apartamento de tres habitaciones anexo a la recepción del motel. («Les entregué al viejo y a su mujer, los documentos legales y ya pensé al hacerlo que era más de lo que podían soportar. Un encargado de presentar avisos de proceso, se endurece mucho al llevar a cabo su trabajo pero aquella fue una de las veces en que sentí verdaderamente tener que hacerlo. Mi mujer dice que las lágrimas asomaron a mis ojos, cuando leí en el periódico acerca de cómo abrieron la espita del gas y se acostaron juntos. Yo no lo niego»).

Puesto que la Posada Automovilista del Delta fue desde entonces inservible como motel, y poco valiosa aun para otros usos, el banco estaba muy interesado en hallar

un comprador que pudiera encontrar la manera de usarla provechosamente para algún propósito especial que le permitiera responder al pago de una hipoteca razonable. Al principio el banco trató de vender el local, a una congregación de cristianos reformados, ya que dicha congregación carecía de local propio y tenían que reunirse los domingos en una tienda de comestibles, pero los miembros de esta comunidad decidieron que sería demasiado caro derribar todas las paredes entre las habitaciones a fin de obtener una nave. El banco pensó luego en una empresa de pompas fúnebres, pero el director de la misma decidió que la población de la vecindad era insuficiente como a potencial para sus propósitos, amén de producirse pocos accidentes. («¿Cuántas veces al año va un hombre a resbalar y a caerse dentro de un baño de alquitrán para hervir en él, o descuidarse y ser partido en dos en su aserradero?»).

El banco empezó a considerar seriamente cuán aconsejable podía ser perder su hipoteca y derribar el motel, con objeto de ahorrar el dinero de los impuestos, en lugar de continuar pagándolos indefinidamente, cuando Gracie Wadley regresó a la ciudad.

Gracie Wadley volvió a Grandport aquel principio de verano, después de haber vivido en Nueva Orleans en dónde dirigió durante muchos años una casa de huéspedes en Royal Street. Había permanecido unos pocos días en la ciudad, cuando alguien le contó acerca de la Posada Automovilista, y la razón por la que podía ser adquirida a un precio mucho más bajo del de venta para un motel moderno semejante. A Gracie le gustó el emplazamiento de la propiedad y su apariencia, la primera vez que pasó frente a ella en un taxi. Una vez lo hubo inspeccionado concienzudamente de un extremo a otro, advirtió que estaba completamente amueblado y equipado y supo que era exactamente lo que deseaba.

Cuando antaño Gracie había vivido en Grandport, en donde naciera y pasara casi treinta y cinco años de su vida, había hecho muchos amigos en el ayuntamiento y la policía. Los políticos que la recordaban, se apresuraron a asegurarle que nadie la molestaría mientras el motel operara de una manera quieta, respetable e inconspicua. Después de varias llamadas telefónicas confidenciales, el banco no había dudado en vender el motel a Gracie. De hecho, los banqueros, después de hablar con el alcalde y varios otros miembros del Ayuntamiento, estaban tan impacientes en lograr que Gracie les quitara la propiedad de las manos que ni siquiera insistieron en que abonara un anticipo.

(«No me importa decir por qué regresé a mi ciudad natal. Tuve una pequeña discusión con la policía de Nueva Orleans, y consiguieron que me enfadara. No hace mucho que tuvieron elecciones allí, y algo salió mal. De modo que algunos elementos nuevos entraron en el Ayuntamiento. Como ocurre siempre que hay un lío semejante en política, estos nuevos elementos tenían ideas propias acerca de cómo se debían llevar las cosas en Nueva Orleans. Lo primero que hicieron fue dar una buena

sacudida al departamento de Policía y ahí empezó todo el jaleo. De todos modos, yo tenía permiso para tener una casa de huéspedes; pero la policía siguió presentándose día y noche y dándome la lata, preguntándome por qué alquilaba todas mis habitaciones a chicas y ninguna a hombres. Hice lo que pude para cuidarme de ellos. Les dejé libres por toda la casa. Les di todo cuanto un hombre puede desear. Sé que, personalmente, lo agradecieron porque me lo dijeron así, pero a fin de cuentas no me ayudaron en modo alguno. Tenían órdenes del Ayuntamiento de arrebatarme el negocio a fin de que algún otro pudiera tomarlo de su mano y dirigir la casa. Bueno, se puso todo tan exasperante, que me enfadé y decidí que no iba a soportarlo más. Por eso volví a Grandport, donde sabía que tenía muchos amigos, de manera que podría arreglármelas para no ser molestada como en Nueva Orleans, después de que aquel nuevo grupo de políticos, tomara a su cargo el Ayuntamiento y diera aquella sacudida al departamento de Policía»).

Durante el día, la Posada Automovilista del Delta parecía estar desocupada y desierta y era raro ver algún automóvil aparcado a la entrada. Ni aun después de oscurecer era frecuente que se viera por allí a ningún auto, ya que casi todo el mundo, igual que Gracie misma, recorría la distancia entre el motel y Meeting Street en un taxi de la compañía As. Tal como decía Gracie, si no se veían autos por allí, se evitaba que nadie apuntara los números de las matrículas con el fin de complicar la vida a sus visitantes, o a ella misma. No obstante, cada tarde a las seis, el pequeño luminoso de neón que anunciaba una marca de cerveza, y que había sustituido el enorme y deslumbrante anuncio del motel, se encendía prontamente. Era una de las muchas obligaciones de Lee, el doméstico de Gracie, encender dicho letrero cada atardecer y apagarlo cada amanecer. Después de encenderlo para la noche, el alto y musculoso negro de veinte años, regaba el césped, lo recortaba, y barría cuidadosamente la basura acumulada a la entrada, frente a la recepción.

De vez en cuando, algún automovilista que no hubiera virado hacia la nueva carretera principal, se detenía y preguntaba lo que valdría alquilar una habitación para pasar la noche. Pero Lee les decía, que no había habitaciones libres. Algunos de estos turistas estaban cansados de viajar durante todo el día y discutían acerca de ello, queriendo saber por qué se había dejado de poner el signo de «lleno» si no era así. Lee era experto en mantener su ecuanimidad a despecho de lo que un viajero airado pudiera decir o llamarle. Les decía que a lo mejor un vendaval había derribado el signo de «lleno» y entonces les mostraba la ruta más fácil para regresar a la nueva carretera de modo que pudieran buscar otro lugar para pasar la noche.

Además de todos sus otros deberes, desde el anochecer al amanecer, Lee estaba encargado de tener siempre llena de hielo la máquina de fabricar cubos, de ver que la dispensadora automática de coca-cola no quedara vacía, de mantener helada la cerveza, de correr hacia la puerta trasera de cierta tienda de licores que cerraba tarde

y que se hallaba a una manzana de distancia, en busca de un cuarto de *whisky*, y de cocinar hamburguesas durante la noche.

Muchos decían que Lee hacía las mejores hamburguesas de la ciudad, tanto así que se las llamaba «Leeburguesas». Sabía cómo emplear las proporciones adecuadas de sal, pimienta, *chilli* y un ingrediente secreto que había descubierto, y entonces servía las hamburguesas con rodajas de fruto de Bermuda en un bollo cuajado de semilla de girasol y tostado. El ingrediente secreto de Lee era la hoja seca y picada de cierta planta que parecía el cruce de una mata de hierba para cerdos y una hoja de las que mascan los conejos. No era insólito para nadie, llegarse a casa de Gracie Wadley desde el otro extremo de la ciudad tan sólo para comer «leeburguesas».

Gracie se había mudado a Grandport a principios de la temporada calurosa y para fines de agosto más y más hombres se habían acostumbrado a ir a la Posada Automovilista del Delta por una hora o más, no sólo después de la medianoche, sino incluso antes de que los bares de la parte alta de la población cerraran.

Había muchas razones por las que Gracie Wadley se hubiera hecho tan popular. Los visitantes podían escapar al calor del verano y sentarse en el confortable saloncito del apartamento de Gracie, con su aire acondicionado, y mirar la televisión o escuchar la gramola automática, beber cerveza o mandar a Lee a por una botella de *whisky*, comer «leeburguesas» y hablar con Gracie.

Habiéndose casado y divorciado dos veces, y contando ahora más de cuarenta años, Gracie decía que era lo bastante lista como para quedarse sola para el resto de su vida y no aceptar más zurras. («Querido, si apuesta usted dos veces por dos jugadores de dados, diferentes, y pierde ambas veces, no va a salirle mejor a la tercera o cuarta vez que lo haga. Bueno, si es usted suficientemente joven y puede permitirse arriesgarse una o dos veces más, es posible que tenga suerte, y termine ganando. Pero a mi edad, no se desea arriesgar todo lo que una tiene, a una sola jugada de dados hecha por cualquiera. Lo que una hace, es esperar que le toque el turno y apostar por su propia jugada. Es así como una mujer comprende que no va a estar de acuerdo con ningún hombre todo el tiempo, y que lo mejor que puede hacer para su propia tranquilidad mental, es relacionarse con tantos hombres como le sea posible, de modo que pueda elegir su compañía según el humor que tenga»).

Ser amistosa, murmuradora y fácil a la conversación estaba en la naturaleza de Gracie, y tenía habilidad para hacer que un hombre, ya fuera un tímido forastero o alguien a quien conociera desde hacía mucho tiempo, se sintiera cómodo y a sus anchas, sin recibir jamás la insinuación o sugerencia de que ella esperaba que gastara dinero alguno en la Posada Automovilista. Sabía que todo el mundo pediría por lo menos cerveza o *whisky* mientras se encontraran allí y ya que cobraba por adelantado el alquiler de sus habitaciones a las muchachas que vivían en el local, no tenía razón alguna para preocuparse por el dinero. Más aún, tampoco tenía preocupaciones acerca de la seguridad del suyo propio. Puesto que jamás se había fiado de los bancos, iba cada lunes por la mañana a la Oficina de Correos e invertía sus ganancias en

certificados postales de ahorro.

Aún si alguien se quedaba dormido en una de las cómodas sillas, o en el sofá de su saloncito, Gracie no le estorbaba hasta que consideraba que era ya tiempo de que el durmiente regresara a casa con su mujer. Había veces en que había cinco o seis hombres en el saloncito y comedor, bebiendo cervezas y comiendo «leeburguesas» y ella hacía que todos se sintieran libres de quedarse allí, con tal que, al beber demasiado, no hicieran mucho ruido o armaran jaleo.

Si algún visitante deseaba ser presentado a una de las chicas que vivían allí, Gracie le hablaba confidencialmente durante varios minutos, en el recibidor o en la cocina. Su preocupación principal era convencerse de que no se trataba de un policía de paisano o de un detective privado, ya que siempre había el peligro de que algún político ambicioso o demasiado celoso de sus deberes, y que no estuviera todavía metido en el Ayuntamiento, intentara obtener evidencia contra ella para usarla en la siguiente campaña electoral.

Si aprobaba al hombre, mandaba a Gertrude, su doncella mulata a buscar a la muchacha requerida y la presentaba en la intimidad de su dormitorio. De no ser así, las chicas siempre permanecían aisladas y nunca entraban en el apartamento de Gracie durante la noche, cuando los hombres la visitaban.

La mayoría de hombres, sentían curiosidad por las muchachas que durante un tiempo alquilaban habitaciones a Gracie y querían saber cómo sabían de la existencia de la Posada Automovilista del Delta.

—Querido, llevo mucho tiempo gozando de una buena reputación como patrona, desde aquí hasta Royal Street en Nueva Orleans —les explicaba ella—. Hay muchos que no me han olvidado de cuando era más joven y residía en Grandport. Las habladurías de la gente pueden hacer o destruir a una chica, y desde que tenía quince años e hice mi primera salida social he ambicionado tener una buena reputación. He aquí la razón principal de que, tanto hombres como chicas, me conozcan y hablen tan bien de mí. No hay nada que pueda sustituir con ventaja el tener buena fama.

—Pero ¿quiénes son estas muchachas, Gracie? —se le preguntaba—. ¿De dónde proceden? ¿Por qué han venido?

—Pues bien, cada una tiene su motivo personal. Antes de permitir quedarse a ninguna, me aseguro de que el motivo es bueno. A veces, como suele decirse se trata de un desengaño amoroso o bien la pobrecita se aburría en su casa sin salir nunca con nadie (lo que sucede en esta ciudad durante todas las noches del año). También las hay que temen perder un empleo si dejan que el jefe les haga el amor (lo que sucederá siempre, puede estar usted seguro, a menos que el jefe se case con ella). Hay también aquellas que necesitan atención o aprecio y han descubierto que la única manera de conseguirlo es estando a mano cuando todavía tienen juventud y belleza.

»De todos modos, puede usted estar seguro de que todas las que alquilan mis habitaciones eran desdichadas antes de venir aquí. Algunas se quedan por una semana y obtienen lo que desean, otras permanecerán aquí un mes o más, y todavía no se

sentirán plenamente satisfechas. Ninguna de ellas es una muchacha rica en busca de emociones ni una esposa huyendo de su marido, ni tampoco es ninguna una prostituta barata. No quiero a esas por aquí. Tengo mi ética.

»Todas son muchachas corrientes y agradables que trabajan. De la clase que se encuentra en cualquier parte. Una es quizás camarera, otra dependienta, la de más allá cajera, o taquígrafa, o secretaria. Encargada de una casa de modas, tal vez. Y así sucesivamente. Además, durante el verano, siempre hay dos o tres de ellas que suelen ser maestras o bibliotecarias en vacaciones. Naturalmente siempre hay una o dos divorciadas recientes que me mienten acerca del hecho. Esas no son de la clase a quienes se puede confiar un hombre, porque si supieran como tratar a los hombres no se hubieran divorciado, y tan pronto como me entero de la verdad, las mando que se vuelvan por donde han venido. Otro de los tipos de chica que no quiero ver por aquí, son las profesionales expeditivas, porque acapararían el trabajo de mis excelentes muchachas. Soy demasiado exigente en mi ética para permitirlo.

»Llevo mucho tiempo ejerciendo de patrona, y sé todo lo que hay que saber acerca de las chicas normales y corrientes. Sé cuán desdichadas pueden llegar a sentirse, cuán solitarias. Y también sé que cuando pueden desnudarse para un hombre, mientras se saben admiradas y apreciadas, contribuyo a modificar su concepción del mundo. Por esto, no puedo evitar el deseo de ayudarlas en lo posible. Tal vez no me esté bien decirlo pero creo que tengo la misma obligación de ayudarlas que tiene un empleado de beneficencia de ayudar a todo aquel que pasa por un mal momento. Estas chicas, pronto se dan cuenta de lo sincera y comprensiva que soy y por eso confían tanto en mí. Saben que poseo el tipo adecuado para hacerlo.

»Bueno, ha conseguido usted hacerme hablar de mi tema favorito y siempre que lo hago me resulta difícil callarme. Pero antes de terminar, le diré algo más acerca de estas muchachas: No siempre quieren ser aconsejadas. A veces, todo lo que desean es poder hablar con alguien que, como yo, escuche sus cuitas y las comprenda. Pero aun cuando soy comprensiva, también he de ser dura si es necesario. Si una chica viene a mí, diciendo que quiere quedarse, nunca me cuesta mucho saber si anda huyendo y de qué. Y si me parece que debería regresar allá de donde vino, se lo digo así, y le doy dinero para el autobús a fin de que llegue a su destino lo más pronto posible. No toda muchacha está hecha para lanzarse al mundo y entendedérselas solita con los hombres.

No sucedía con frecuencia, porque nadie quería verse rechazado en casa de Gracie Wadley, pero si alguien se ponía ruidoso u obstinado, Gracie le conducía prontamente a la puerta y le hacía saber en términos que no dejaban lugar a dudas que nunca más sería bienvenido allí. Lo mismo hacía, si alguna de las muchachas le mandaba a Gertrudis para decirle que algún hombre la estaba pegando o abusando de ella de cualquier otra manera. Si había que obligar a algún hombre a dejar la habitación de una de las chicas, Lee usaba una combinación de llave de judo y levantamiento entre piernas que siempre resultaba efectiva.

Determinada y resuelta, Gracie no quería oír explicaciones por parte de nadie una

vez había decidido echar a una persona. Después de llamar un taxi de la compañía As, Lee seguía al hombre hasta fuera de la casa ignorando amenazas o insultos y esperaba a la puerta hasta que el taxi se lo llevaba. («Hay muchas distinciones sociales en Grandport, pero si se le prohíbe a usted la entrada en casa de Gracie Wadley, es mucho peor, en mi opinión que ser declarado indeseable por el club local o las hermandades masónicas. Si no lo cree usted así, dígame dónde, aparte de allí, puede ir un hombre por la noche, a este lado de Nueva Orleans, y estar absolutamente seguro de conseguir lo que desea. Lo que a mí me gusta de ir allí, es que cuando mi vieja tiene uno de sus berrinches y se pone en plan superior empeñándose en no tener nada que ver conmigo durante una semana o así, siempre puedo pedir ayuda a Gracie Wadley. A lo mejor mando a Lee a por un cuarto de *whisky*, y me estoy allí sentado, contándole a Gracie mis preocupaciones. O bien me tiendo en una de esas amplias camas y paso un rato con una chica que me gusta, lo cual a decir verdad, siempre termino haciendo antes de que acabe la noche. ¡Ahora dígame usted si las hermandades masónicas pueden procurarle a un hombre algo semejante! ¡No, maldita sea! ¡Y la mayoría de las veces uno no puede conseguirlo en casa, aunque sea el cumpleaños de uno o haya entregado a su vieja, en aquel mismo momento, el sobre de la paga!»).

Eran aproximadamente las once de la noche, cuando Brooks bajó del taxi a la entrada de la Posada Automovilista del Delta, y dio un dólar de propina al taxista además del precio del recorrido. De nuevo soplaba el viento, lo mismo que había hecho más temprano y había vívidos conatos de relámpagos sobre el río. No era frecuente que hubieran dos tormentas durante una misma noche; sin embargo, en otros fines de verano había ocurrido y ahora una tormenta más, procedente del Golfo, avanzaba hacia el norte, por encima del delta, y mientras Brooks se dirigía a la entrada, pudo oír el lejano rugido de los truenos.

En el pequeño recinto que había sido la recepción del motel, y que ahora estaba lleno de máquinas automáticas dispensadoras de cigarrillos, coca-cola y dulces, además de un gran refrigerador para la cerveza, no había nadie, así que se dirigió hacia la puerta abierta que vio a un extremo. Gracie Wadley le estaba aguardando cuando penetró en el saloncito de su apartamento.

Le miró con interés durante algún tiempo, antes de hablarle. Era la primera vez que Brooks la veía desde que regresó a Grandport, pero estuvo casi seguro de que la conocía. Sin embargo, aun sabiendo que había vivido en Nueva Orleans no podía recordar haberla visto allí.

—Harry Brothers... un amigo mío...

—No tiene por qué decirme nada semejante, *Mr.* Ingraham —dijo Gracie poniéndole una mano en el brazo y sonriendo—. Sé quién es usted.

—¿Cómo sabe quién soy? ¿Cómo supo mi nombre?

—Querido, he visto su foto en la página de sociedad del periódico, y le reconocería en cualquier parte. Hará una semana o dos, leí acerca de una fiesta en el Club Local y había una foto suya y de su esposa. Desde luego, escribían más acerca de quién era ella y lo que llevaba que de usted, pero cuando uno se casa con una rica heredera...

—Quisiera usar el teléfono —dijo Brooks abruptamente—. ¿Le importa? Se trata de una llamada local.

—Sírvase usted mismo, querido.

—Gracias.

Brooks se sentó y marcó cuidadosamente el número de Roma. Recostado en el sofá y con el receptor apretado contra su oído, aguardó esperanzadamente. Un momento después oyó la llamada y ésta se repitió una y otra vez sin que nadie respondiera. Finalmente, deprimido y con el ceño fruncido, colgó exasperadamente el receptor.

Gracie abandonó su silla y se sentó a su lado.

—Puede probar de nuevo dentro de poco, querido —dijo con acento comprensivo volviendo a colocar la mano sobre su brazo—. No se sienta tan desolado. Su mujer no puede estar siempre respondiendo al teléfono. Probablemente está ocupada atendiendo a sus amigos.

Él la miró rápidamente.

—No dije que estuviera llamando a mi mujer.

—Bueno, tampoco yo creí que lo hiciera.

Él la miró perplejo.

—¿No lo creyó así? Entonces, ¿qué la hizo pensar que estaba llamando a alguien más?

Gracie sonrió con expresión enterada.

—Verá, querido. Hay cosas que sé sin necesidad de meditarlas.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Es más o menos la hora de la noche adecuada para cierta clase de llamadas. Cuando un hombre permanece fuera de casa hasta tan tarde, es que tiene algo más que su mujer en el pensamiento. Por eso, no es probable que quiera telefonarla a ella.

Gertrude bajó al vestíbulo y entró en la cocina. Un momento después, pudieron oírla hablar predominantemente con Lee.

—Miss Susie quiere dos «leeburguesas» y una botella sin estrenar de salsa de tomate. ¿Me has oído? Y me dijo que le enviaras el frasco entero de mostaza y que se la pondría ella misma porque tú nunca le pones bastante. Miss Susie está atendiendo a su muchacho favorito y tienes que hacer bien las cosas para ella. ¿Me has entendido, Lee? Será mejor que tengas en cuenta lo que te estoy diciendo. Si te portas bien y haces lo que te digo, a lo mejor te doy una pequeña parte de mi propina.

—La última vez que me prometiste hacerlo, tan sólo me diste un cuarto de dólar

—replicó Lee quejumbrosamente.

—Y esta vez ni siquiera eso tendrás, como no hagas lo que te he dicho.

Antes de que Lee pudiera decir nada más, un rayo alcanzó algún árbol o edificio cercano con un ruido atronador. El trueno sonó tan cercano, que no podía haber sido más lejos que a una manzana de distancia.

—Otra tormenta —dijo Gracie excitada—. La segunda de la noche. Sabía que iba a venir, tenía que ser así. Y prueba lo que he creído siempre. Algo que aprendí de mi madre. Cada final de verano solía decirlo...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Brooks—. A mí me suena como cualquier otra tormenta.

—Es más que eso... tiene verdadero significado. —Gracie hizo una pausa y esperó a oír el primer rumor de lluvia sobre el tejado. Sólo pareció transcurrir un instante hasta que el viento empezó a lanzar ráfagas de agua contra el techo y los paneles de las ventanas—. Mi madre me enseñó a comprender lo que significa, y no lo he olvidado nunca...

—¿Qué es lo que decía que significaba? —inquirió él.

—Pues bien, día tras día el calor del verano se va amontonando hasta que llega la última semana de la estación que es la última de agosto, como ahora. Para entonces, se ha acumulado tanto calor que algo tiene que explotar forzosamente. Entonces viene una serie de tempestades que dura toda una noche y algo empieza a ocurrirle a la gente que se apresura a hacer las cosas en las que ha estado pensando durante todo el verano, antes de que sea demasiado tarde para ello. Piense en ello y verá como es así.

—A mí me parece una superstición —dijo Brooks—. Durante todo el verano el río trae tormentas. Todo el mundo está acostumbrado a eso.

—Llámelo superstición si quiere, pero yo no lo haré. Es demasiado real. Desde que mi madre me lo dijo, he visto como sucedía año tras año. Todo el calor del verano se acumula y acaba por hervir y entonces hay una tormenta tras otra, con truenos, relámpagos y diluvios de agua. Y a la gente también le ocurre algo entonces, siempre en una noche exactamente igual a ésta. He oído hablar de la locura de mitad de verano, en la noche más corta del año y cuando la luna está llena... cosas semejantes. Y alguna gente hace locuras en esas ocasiones pero cuando el fin del verano llega, siempre sucede en mayor medida. Espere a mañana y verá si tengo o no razón. Nunca he oído de un nombre especial para la última noche del verano pero yo la llamo simplemente así, porque es el fin de todos los días y noches de calor en el delta, después de tres o cuatro meses. Aun si no quiere usted llamarla la última noche de verano, seguirá habiendo algo especial en ella.

Sonó otro trueno más ruidoso todavía, y fue seguido por un chaparrón todavía más intenso.

Brooks tomó el teléfono y marcó el número de Roma con dedo nervioso. Cuando no hubo respuesta a la llamada, colgó el aparato airadamente.

—Querido, a lo mejor contestar tan tarde al teléfono va contra sus principios. Ya sabe lo que son algunas chicas. Si un hombre las llama después de las diez y media o las once, creen que tiene malas intenciones. ¡Imagínese lo que pensará una de ellas, si recibe una llamada telefónica después de medianoche!

—Sabía que iba a llamarla. Dijo que estaría allí. Pero llevo tres horas tratando de ponerme en contacto con ella y no he logrado respuesta alguna... ¡casi cuatro horas ahora! Cuando empecé a llamarla, el teléfono comunicaba todo el tiempo. Y ahora no responde.

—Querido, si le es imposible ponerse en contacto con una muchacha determinada cuando lo desea, siempre hay otras que...

—¡Yo sé lo que quiero!

Gracie le dio unos golpecitos comprensivos en el dorso de la mano.

—¿Se trata de alguien a quien conoce bien, querido?

Brooks asintió.

—¿Cuán bien, querido?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es que sentía curiosidad por saber si se trataba de una de esas chicas ricas de la alta sociedad, que salen en el periódico o si por el contrario trabaja en su oficina. Si lo supiera, quizás podría...

—¿Para qué quiere saberlo? —preguntó él inquieto—. ¿Qué le importa quién sea?

—A lo mejor podría ayudarle si supiera más acerca de todo ello, querido.

—¿De qué manera?

—Pues verá. Si pertenece al grupo distinguido, su esposa podría llegar a divorciarse si se enteraba. Esto es algo que puedo asegurarle. Y si se trata de su secretaria, lo más probable es que su esposa coja un revólver y le pegue un tiro a la muchacha. Es lo que casi siempre ocurre. Por lo menos en los periódicos. Una lee sucesos semejantes cada día.

Brooks había guardado durante varios momentos un silencio pensativo. De pronto se puso en pie.

—Me voy a casa —dijo nerviosamente.

Gracie le tomó de la mano, y trató de hacer que volviera a sentarse en el sofá. Cuando vio que no lo conseguía, se levantó a su vez y se acercó a él.

—Me voy a casa —repitió Brooks—. Es lo más acertado que puedo hacer ya. No debería llegar allí a las cinco de la mañana. ¡Debo haber estado loco! De otro modo no comprendo cómo me he metido en un lío semejante. Es la primera vez que hago algo como esto desde que me casé... No quiero que suceda nada...

Gracie le rodeó el cuello con sus brazos.

—Querido, ha estado todo este tiempo aquí y todavía no ha bebido nada. Voy a mandar a Lee a buscar una botella.

Él sacudió la cabeza en protesta.

—Le dije que me iba a casa.

—Todavía es temprano, querido. Desearía que no se marchara aún. Hay muchas cosas de las que no hemos hablado...

Otro chubasco intenso empezó a caer, aporreando techo y ventanas.

—Quiero preguntarte algo. —Mientras hablaba, Gracie retiró sus brazos y dio un paso atrás—. ¿Es que no me recuerdas?

Brooks la miró, mordiéndose los labios.

—Yo te reconocí tan pronto entraste, querido. Sé que he cambiado mucho, pero tú no has cambiado en absoluto. Te conocería en cualquier parte.

—¿De qué está usted hablando? —inquirió Brooks con lentitud.

—Hace por lo menos diez años... doce tal vez. Tú vendías autos usados en un lugar de Meeting Street. Cuando yo pasé por allí, estabas frente a la exposición de vehículos. ¿Recuerdas ahora? Yo no pensaba comprar nada, pero me gustó tu aspecto y la manera en que sonreías. Te dejé hablar de coches tanto como quisiste. Entonces te viniste a mi casa, y yo preparé algo de comer y luego te quedaste toda la noche. Ahora lo recuerdas, ¿verdad Brooks?

—Pero tú no te llamabas Gracie Wadley entonces. Tu nombre era otro.

—Mi nombre era entonces Gracie Able. Esto fue antes de haberme casado un par de veces. Siempre conservo el apellido del último hombre con quien me caso. Es una superstición en cuanto a mí se refiere. Creo que me trae buena suerte.

Él se sentó en el sofá y la miró.

—Al principio no estaba seguro... —dijo moviendo la cabeza—. Pero después de un rato... bien, casi sentía la certeza de ello... Sólo que no sabía si tú querías que te lo recordara. Ha pasado mucho tiempo desde que eras Gracie Able. ¡Y todo es tan distinto ahora!...

—Pero yo soy la misma de siempre, Brooks. Por eso te lo recordé antes de que pudieras marcharte. Querías que te lo recordara, ¿verdad querido?...

SÉPTIMA PARTE

«FOXY»

Era más de medianoche, cuando Roma despertó al aterrador ruido de hierro chocando contra vidrio. Al principio, creyó que estaba soñando y continuó con los ojos cerrados tratando de asegurarse a sí misma que estaba a salvo y no tenía ninguna verdadera razón para asustarse. Sin embargo, un momento después hubo una explosión de cristales. Abriendo entonces los ojos, Roma empezó a chillar frenéticamente al ver como alguien pasaba el brazo a través de la rota ventanilla del sedán y abría la portezuela.

La segunda tormenta de la noche, con todos sus truenos, relámpagos y espesa lluvia, iba desplazándose hacia el norte a lo largo del río, y el tímido rayo de luna llena que había asomado por entre las nubes era la única iluminación del aparcadero detrás del almacén. Hacía ya casi tres horas, desde que se encerrara dentro del auto de Brooks y cansada, exhausta, se había dormido al tranquilizador murmullo de la lluvia.

—Quédate quieta y no vuelvas a chillar así —le mandó una voz ronca y amenazadora.

Momentáneamente, el rayo de luna penetró por entre las nubes de nuevo, y entonces pudo ver la ancha cara y el corto pelo amarillo del desconocido. Estaba segura de no haberle visto nunca.

—No quiero hacerte ningún daño, nena, pero como vuelvas a chillar tendré que sacudirte fuerte. Quédate quieta y haz lo que te mando, y todo irá bien. Vamos nena, se juiciosa, tómallo con calma y no te pasará nada.

—Déjeme salir de aquí, por favor... —suplicó ella.

—Nena, vas a quedarte donde estás.

Extendiendo la mano por detrás de sí misma, Roma trató de abrir la otra portezuela del auto, pero estaba temblando tanto, que no pudo encontrar la manecilla.

—Deja estar esa puerta y no vuelvas a moverte —ordenó el hombre con dureza mientras levantaba el brazo amenazadoramente—. Ya me has oído. Y eres demasiado monina para que te estropeen el físico. Detestaría tener que hacerte algo semejante, nena.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella aterrada—. ¿Qué quiere?

En vez de responder, él dejó la pesada barra de hierro que llevaba en la mano y se metió en el auto junto a Roma. Cuando cerró la portezuela tras él, un pedazo del cristal roto se desprendió de la ventanilla chocando estrepitosamente con la calzada.

—Por favor, no me haga daño —suplicó Roma mientras el hombre se aproximaba más a ella—. Le suplico que me deje marchar... ¡No me toque! No tiene ningún derecho a retenerme aquí... ¡Déjeme ir!...

—Tómallo con calma tal como te dije, nena. No te excites. No tienes que fingir conmigo.

Ella oyó esperanzada el traqueteo de un automóvil pasando por encima de las baldosas frente al almacén, pero el vehículo no se detuvo y el reflejo de sus focos desapareció pronto en la noche.

—Vamos, nena, muéstrate cariñosa. Sabes muy bien cómo hacerlo. No será la

primera vez para ti. Nadie va a hacerte daño si me escuchas y haces exactamente lo que yo diga.

Tomándola del brazo la atrajo hacia sí. Ella podía ver vagamente que era alto y corpulento y sentir la dominadora fuerza de sus manos. Sus ropas gris oscuro estaban húmedas y sucias oliendo a intenso sudor y a barro del pantano. Nunca había visto a nadie semejante y se preguntó de dónde venía y por qué estaban tan enlodadas sus ropas.

—Has tenido tiempo suficiente para pensarlo —le oyó decir—. Y bien, ¿decidida a darme un buen rato? ¿Qué te parece ahora mismo, nena? Tú deseas hacer lo que te mande, ¿verdad?

La agarró del cuello, presionando fuertemente con sus dedos y la atrajo hasta que Roma pudo sentir en la cara su respiración.

—¡No! —suplicó ella—. ¡No, está ahogándome! ¡Oh, por favor, déjeme!

—Tú no vas a ninguna parte...

—¡No puede retenerme aquí!

Él se rió.

—¿Qué te hace creer que no, nena?

—Alguien vendrá de un momento a otro.

—¿Quién?

—No se lo diré.

—Sí, ¿eh? Pues deja que te diga algo, nena: Me cuidaré de él. Sé cómo hacerlo.

—¡No! ¡No le haga daño! ¡No haga nada semejante! ¡Por favor, no lo haga! —Dejó de luchar y permitió que la estrechara contra su pecho—. Si me promete no hacerle daño...

—Eso ya está mejor, nena. Ahora empiezas a hablar en el tono de alguien que quiere ser amistoso y celebrar una fiestecita. Ya adiviné yo que acabaría gustándote.

—¿Quién es usted? —preguntó ella con voz temblorosa—. No le conozco...

—Ya me conocerás —replicó el hombre.

Hubo unos momentos de silencio, y Roma escuchó ansiosamente, esperando oír pasos en el aparcadero. Otro automóvil pasó, sin detenerse.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó luego.

—¿Y tú?

Roma dudó.

—¿No me has oído? ¿Cómo te llamas?

—Roma...

—Un nombre poco corriente. De todos modos me parece adecuado para alguien tan bonito como tú. ¿Qué más sigue?

—... Smith... Roma Smith...

—¿Sí, eh? —replicó él con suspicacia—. Eso ya no me suena tan bien. Hay demasiada gente que se llama Smith.

—Pero... ¡Ya se lo dije! ¡Roma Smith!

—¿Para qué querías saber mi nombre? ¿Qué te importa? No me gustó la manera en que lo preguntaste. Sonaba cómo si trataras de enterarte de cosas acerca de mí a fin de poder delatarme luego. Pensé que irías corriendo a la poli...

—No sé qué quiere decir —replicó ella temerosa—. Pero si me deja marchar le prometo...

—Tómalo con calma, nena. Ahora nos estamos llevando muy bien. Te diré como puedes llamarme: Llámame «Foxy^[1]». Así es como me llama alguna gente. Te basta con saber esto. ¿Ves lo fácil que es trabar conocimiento con alguien? Y ahora dime, ¿qué hay de arrullarnos un poco, nena? Ya me has tenido a distancia bastante tiempo...

Cuando la atrajo a él con un vigoroso tirón, el cuerpo de Roma se puso tenso y rígido.

—¿Es «Foxy» un apodo? —preguntó rápidamente, confiando en poder mantenerle hablando de sí mismo hasta que pudiera hallar un medio de escapar.

—Uno de mis apodos.

—¿Porque le llaman «Foxy»?

—Porque siempre me escapo cuando tengo ocasión.

—¿De dónde se escapa?

—De donde sea que los hijos de perra me tengan encerrado.

—¿Quiénes? ¿Qué quiere decir?

—No sé si eres boba o tratas de hacerte la graciosa. Estoy hablando acerca de esos bastardos de la poli. Me la tienen jurada y nunca me dejan en paz...

Dos remolcadores hicieron sonar sus estridentes sirenas al pasar por un recoveco del río y Roma escuchó el eco de sus aullidos hasta que de nuevo se hizo el silencio.

—¿Dónde vive usted? —preguntó aprisa.

—Nena, yo vivo allá donde me encuentre. Y lo que es ahora, voy a vivir de veras. Contigo.

—¿Pero de dónde vino esta noche?

—De río abajo.

—¿De Nueva Orleans?

—Esta vez, no.

—¿Entonces, de más cerca?

—Siempre de demasiado cerca. Nunca es bastante lejos. Mil millas serían igualmente demasiado cerca.

—No sé lo que quiere decir. ¿Trabaja usted en alguna embarcación del río?

—¡Qué va!

—¿Dónde trabaja usted?

—No trabajo, nena. Cumpló mi tiempo.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Todavía hablas como una boba para poder saber de mí. Sabes muy bien lo que significa cumplir tiempo. Diablos, significa seis meses, un año, cinco años... Lo que

sea que esos bastardos de la poli me den cuando me agarran. ¡Todo el mundo sabe esto! Pero nunca consiguen mantenerme a la sombra mucho tiempo. Esos hijos de perra no tienen suficiente sentido para saber cómo mantenerme sujeto. Siempre se me ocurre la manera de largarme cuando no quiero esperar más a hacerme con un bonito bebé como tú. Ahora te tengo y estoy a punto, nena. No puedes mantenerme a distancia por más tiempo. Ya hemos charlado bastante. Ahora quiero un poco de acción.

Levantándole la falda, puso su mano entre las piernas de ella. Roma trató de apartarle, pero se dio cuenta de que estaba indefensa y todo lo que pudo hacer fue continuar tratando de hacerle hablar durante todo el tiempo posible. No tenía idea de qué hora era o de cuánto tiempo llevaba allí.

—¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo? —preguntó con tanta calma como pudo.

—¿Haciendo qué?

—Escapándose y siendo prendido... tal como dijo hace un momento.

—Sigues creyendo que puedes mantenerme hablando de algo distinto, ¿verdad? Crees que eres muy lista, ¿no? —se rió—. Diablos, no me estás embaucando, nena. Ahora sé lo que te traes entre manos. Pero te lo diré si ello ha de complacerte. Unos doce años. Desde que era un mocoso. Tenía dieciséis o diecisiete años. ¿Satisfecha?

—¿Cuántos años tiene usted ahora?

—Uno de estos días me acercaré a los treinta. —Hizo una pausa antes de volver a hablar—. ¡Basta de esto! No me gusta la manera en que sigues haciéndome preguntas. ¿Qué tratas de saber después de todo? ¿No serás una mujer policía?

—No...

—¡Pruébalo!

—¿Cómo?

—Déjame ver si tienes una placa.

Registró a toda prisa el bolso de Roma y luego lo arrojó al suelo del auto.

—Puedes estar mintiéndome como hacen todos los polis, pero ahora no me importaría. Policía o no, te tengo allá donde te quiero. Y si quieres saberlo, todavía me gustaría más si lo fueras. Nunca le he hecho el amor a una mujer policía. Sería algo estupendo de qué alardear.

Río abajo hubo un débil rumor de truenos y una explosión casi continua de relámpagos que iluminó el horizonte del delta. Igual que había ocurrido antes de cada una de las dos tormentas de aquella noche, volvió a notarse el húmedo calor. Una vez más las oscuras nubes procedentes del golfo, empezaron a avanzar por encima del delta anunciando la inminencia de otra tormenta antes del alba. La ronca sirena de una embarcación fluvial, sonó perezosa junto a los diques y despertó ecos por toda la embaldosada calle...

—Cuando más pienso en ello —estaba diciendo el hombre—, más me gusta. No sabía que iba a vérmelas con una mujer policía. Debe ser mi noche de suerte...

Roma había dejado el apartamento de Park Street entre las nueve y nueve y media, después de haber estado esperando todo aquel tiempo la llamada de Brooks. Cuando Terry se marchó a su cita, eran ya casi las nueve, y hasta entonces el teléfono había sido usado casi continuamente. Cuando Roma se dio cuenta de lo mucho que Terry había utilizado el aparato, y vio lo tarde que era, estuvo segura de que Brooks había estado tratando de ponerse en contacto con ella durante toda la velada.

Por entonces, ya empezó a sentirse inquieta y preocupada, más que nada ante el temor de que Brooks se hubiera cansado o enojado. Además, tampoco sabía si se habría vuelto a casa o si estaba todavía en la ciudad. Había ya llamado varias veces a la oficina sin conseguir, naturalmente, respuesta alguna a tales horas. Pensó en llamarle a su casa pero temía que su mujer tomara el teléfono y reconociera su voz.

Roma había confiado encontrar todavía el auto de Brooks en el aparcadero detrás del almacén y, de ser así, se proponía dejarle una nota en el volante. Sin embargo, antes de salir concibió el plan de esperarle dentro del vehículo durante tanto tiempo como le pareciera prudente permanecer allí sola a tales horas.

Cuando la primera tormenta de la noche vino por el río trayendo consigo espesa lluvia, eran poco después de las nueve, y Roma ya había salido de casa y se encontraba en camino a través de la ciudad. Sin paraguas ni impermeable y ataviada tan sólo con un ligero vestido de verano, tuvo que refugiarse bajo el pórtico de un almacén de Meeting Street y esperar casi media hora antes de que cesara la lluvia. Entonces pensó en tomar un taxi, pero en todo aquel tiempo no apareció ni uno solo. Cuando alcanzó el aparcadero, detrás de la Compañía de Almacenaje y Acarreamiento de Grandport, eran casi las diez de la noche.

El sedán azul de Brooks estaba allí todavía, el único auto aparcado en el lugar, y no estaba cerrado con llave. Encendiendo la luz de los mandos, Roma escribió la nota que se proponía dejarle si no regresaba antes de que se asustara demasiado para permanecer más tiempo allí. Se trataba de un mensaje suplicante, salido del corazón. Sin avergonzarse, desesperadamente, le suplicaba fuera al apartamento antes de la mañana. Cuando terminó de escribir, apretó el papel contra sus labios dejando en él el entero contorno de sus labios para que Brooks lo viera.

Había esperado y esperado en la oscuridad, preguntándose si Brooks había tratado de nuevo de llamarla a su casa y esperando verle volver al auto en cualquier momento. Eran entre las once y medianoche, cuando la segunda tormenta de la noche trajo más relámpagos y violenta lluvia. Después de cerrar las ventanillas para evitar que entrara el agua, Roma había cerrado cuidadosamente todas las puertas del sedán y se sintió a salvo allí dentro, mientras esperaba que cesara la lluvia. Sin embargo, con todas las aberturas cerradas, pronto la amodorró el calor y la fatiga. Se recostó en el asiento delantero, diciéndose que debía permanecer despierta, pero se durmió en seguida.

Cuando despertó fue para oír el aterrador ruido de los cristales que se rompían y ver al desconocido de enlodada camisa y pantalones grises abrir la puerta y meterse

en el auto con ella.

—Nena, ¿en qué piensa tan concentradamente esa bonita cabeza? —le oyó decir Roma.

Había conseguido quitarle el vestido casi del todo y estaba tocando su cuerpo íntimamente. Por entonces, ella le temía tanto que no hizo esfuerzo alguno para resistirle.

—Apuesto a que hay ruedas girando a noventa por minuto dentro de tu cabeza. Pero te diré algo a fin de evitarte un montón de preocupaciones. Pierdes el tiempo tratando de encontrar un medio de atraer a los demás polis y ello no te hará ningún bien. Pero si te portas satisfactoriamente, el viejo «Foxy» te tratará bien de veras, como una mujer policía no ha sido jamás tratada. Te daré algo que recordarás hasta que vuelva a alcanzarte de nuevo. Piensa en ello, nena.

Colocó su boca sobre la de ella. Imposibilitada de pedir piedad mientras la mordía se dijo que prefería estar muerta a soportar el dolor por más tiempo. Cuando por fin él se detuvo, estaba demasiado aturdida para saber cuánto tiempo había pasado.

—Apuesto a que has estado buscando a alguien como yo durante mucho tiempo, nena. Ahora ya no tienes que buscar más. He estado deseando hacerle el amor a alguien como tú durante un mes y ahora tampoco yo tengo ya que esperar. Ayer, a esta hora, me tenían con grilletes en los tobillos en el campo de trabajo del pantano. Estuve trabajando toda la noche con los cerrojos y esta mañana, al amanecer, escapé. Vadeé las charcas para que los sabuesos no pudieran olerme y luego permanecí todo el día oculto en el pantano. Así pude recuperar el sueño perdido, y ahora estoy preparado para ocuparme de ti. ¿Y tú? ¿Estás preparada para portarte con naturalidad?

—Si me deja marcharme le daré todo el dinero que tengo —suplicó ella—. Todo está en mi bolso. Le ruego que lo tome y me deje ir...

—No tienes que pedirme esto. Me llevaré tu dinero antes de irme. Necesito todo el que pueda conseguir. Pero antes quiero algo más...

—¡Por favor! ¡Tómelo y deje que me vaya! Tengo quince o veinte dólares. Tómelo todo.

—Nena, deberías comprenderme mejor. Ni aun si tuvieras cien dólares, podrías comprarme ahora, ¿no quieres comprenderlo?

Sus dedos oprimían de nuevo sus pechos. Tensa, temblando de dolor, ella contuvo la respiración tanto como pudo. Entonces gritó. Él la golpeó tan fuerte con el puño, que su cabeza cayó hacia atrás.

—Hazlo una vez más tan sólo —advirtió el hombre—. Y estarás demasiado muerta para sentirlo.

Estaba Roma todavía demasiado aturdida por el golpe para sentir nada, cuando notó la dolorosa punzada de la dura barbilla sin afeitar sobre la tierna piel de sus

pechos. Con el cuerpo entero tenso y rígido y los ojos llenos de lágrimas, volvió a contener la respiración tanto como pudo mientras él continuaba maltratándola. Por fin, frenética, incapaz de soportar el dolor, gritó una vez más suplicando ayuda. Él se detuvo, pero un instante después la golpeó en el rostro, tan fuerte esta vez que su cabeza quedó tan insensible que no parecía parte de su persona.

Probablemente se trató tan sólo de minutos, pero le parecieron horas hasta que pudo abrir los ojos y le vio inclinado sobre ella arrancándole el vestido.

Cerrando fuertemente los ojos, recordó las veces que Terry y ella habían hablado de lo que harían si se veían en peligro de ser violadas. Terry decía siempre que sería inútil y peligroso resistirse a un hombre físicamente mucho más fuerte cuando no hubiera posibilidad de ayuda o de poder pedir socorro. («Ya sé lo que haría si me ocurriera. Lo tengo todo planeado. Pretendería ser una mujer henchida de deseo, y tan impaciente para hacer lo que él deseara como él mismo. Le haría creer que había sido mi propia idea. De todos modos, esta es la manera que a un hombre le gusta que seamos, y no importa la clase de hombre de que se trate. Les agrada pensar que una mujer se siente atraída por ellos. Si se les ofrece una actuación convincente, con muchos movimientos, se les engaña sean quienes sean. Por lo menos durante algún tiempo. Cuando están convencidos de que deseas hacer el amor tanto como ellos (y es entonces cuando tienes que poner en juego gran cantidad de movimientos capaces de convencer a un hombre) es el momento en que tendrás ocasión de mirar a tu alrededor y ver cómo puedes escapar y echar a correr antes de que pueda detenerte. Y si lo consigues, es entonces cuando tienes realmente poco tiempo que perder y debes pensar con rapidez si quieres tener la posibilidad de correr como mil demonios. Mi teoría es que si una corre lo bastante aprisa, y al mismo tiempo grita lo bastante alto pidiendo auxilio, alguien estará lo suficientemente cerca para oír. De todos modos, es una ocasión mucho mejor que quedarte esperando disuadirle o luchando con él... Ya sabes lo poco que todo ello iba a servirte. ¡No te serviría de nada! Si te resignas, nunca vencerás. Si hay alguna manera mejor que evitar ser violada [cuando una de veras, honestamente, no desea serlo o cuando él no es el hombre adecuado para ello], nunca me he enterado de ella, ¡y quisiera que alguien se apresurara a decírmela!»).

Roma le rodeó el cuello con sus brazos y le atrajo hacia ella. A medida que sus manos se movían sobre los hombros del hombre, podía notar cómo la tensión del cuerpo masculino se aflojaba...

—¿Me dirías una cosa? —preguntó con calma.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—¿Cómo supiste que estaba metida en este auto? ¿Cómo me encontraste...?

—Nena —dijo él animadamente—. Te vi cuando bajaste a la ciudad hace un par de horas y te seguí hasta aquí. Yo estaba por ahí, mirando a mí alrededor para ver lo que podía encontrar, y te elegí a ti. No tengo más que ver una cosa para saber si es buena. Y esta vez deseaba hacerme con lo mejor...

—¿Qué te gustó de mí?

—Muchas cosas: Me gustó la apariencia de tus piernas y esa apariencia tan provocativa, y la manera en que te moviste al doblar una esquina. En seguida lo decidí. Pero esperé a que todo el mundo se hubiera alejado, porque quería dedicarte un buen rato sin arriesgarme a que alguien metiera la nariz en mis asuntos antes de que tú y yo diéramos por terminada la fiesta. ¿Entiendes lo que quiero decir? De haber tratado de marcharte, no hubieras llegado a parte alguna. Yo estaba allí sentado, en el aparcadero de camiones, en la sombra, y vigilándote durante todo el tiempo. Pensando en lo bueno que iba a ser, una vez estuviera a punto para ti...

Mientras hablaba, Roma había retirado gradualmente una de sus manos y llevándola cuidadosamente a su espalda consiguió ponerla sobre la manecilla de la portezuela.

—¡Un momento! —exclamó él de pronto con súbita ira—. ¿Por qué pones la mano detrás de ti?

Agarrando la manecilla desesperadamente, Roma empujó con todas sus fuerzas, antes de que él pudiera apartarla, y se arrojó contra la portezuela. Cayó de lleno sobre el duro asfalto en cuanto la puerta se abrió. Se puso de rodillas, y en otro instante más hubiera podido empezar a correr, pero él ya había salido del auto y tenía sus brazos alrededor de su cintura. Le puso una mano sobre la boca, antes de que ella tuviera ocasión de gritar y entonces se sintió levantada y arrojada de nuevo dentro del coche. Él se metió dentro tras ella, y cerró la portezuela.

—Eres una perra traicionera —dijo enojado. La echó atrás de un empujón y le propinó un severo golpe en el rostro, con el dorso de su mano—. Sospeché que maquinabas algo y estaba vigilándote. Eso era lo que estabas pensando tan detenidamente hace poco. Creías poder burlarme, ¿verdad? ¡Por eso te pusiste tierna conmigo! ¡Querías una ocasión para abrir esa puerta! ¡Sólo una perra boba como tú podría creer que se saldría con la suya en algo semejante! Pero no voy a correr más riesgos contigo. ¡Ya te arreglaré yo para que no trates de escapar a fin de contar todo lo que sabes acerca de mí! ¡Por eso me hiciste todas esas preguntas! Y yo te conté demasiadas cosas... Pero ahora guardarás el secreto. ¡No podrás contar nada!

—No sé lo que se propone usted... pero por favor... no me haga más daño —suplicó ella—. ¡Oh, por favor! ¡Tenga piedad de mí! Le daré todo el dinero que quiera... Pediré dinero prestado y se lo daré... Le daré cien, doscientos dólares... ¡Lo que usted diga, lo prometo! ¡Haga lo que quiera conmigo, y le daré el dinero igualmente! ¡Sólo no me haga más daño, por favor!

—¡Cierra el pico! —dijo él golpeándola otra vez, cruelmente, con su puño—. Nadie va a convencerme de nada ahora. ¡He terminado de escucharte!

Ella se sintió completamente indefensa bajo el peso de su cuerpo mientras la rodilla del hombre se apretaba dolorosamente contra su estómago. Mientras trataba de respirar, él la despojó de ambas medias, las arrolló una contra otra, y empezó a rodearle el cuello con ellas, y a apretar con todas sus fuerzas...

Roma trató frenéticamente de llevar aire a sus pulmones. Lo hizo así tan sólo una

vez... Ya no podía respirar, una vez él hubo atado los extremos de las medias con un fuerte nudo...

OCTAVA PARTE

EL APARTAMENTO

La luz del dormitorio se encendió, y Terry Langley parpadeó amodorrada en la súbita claridad...

Eran entre las dos y dos y media de la madrugada y se sentía como si tan sólo hubiera dormido unos minutos. Cuando a la una regresó al apartamento, de vuelta de su cita, se había acostado en seguida, sin esperar el regreso de Roma. Puesto que ésta había ido a alguna parte esta noche, evidentemente a encontrarse con Brooks Ingraham, esperaba que permanecería toda la noche fuera de casa. Volviéndose hacia la pared, Terry se cubrió el rostro con las manos para evitar la brillante luz.

Se había metido en cama con sólo una sábana encima, pero aún ello le daba demasiado calor para que se sintiera cómoda, y mientras se agitaba y revolvía conciliando el sueño, la había arrojado lejos de sí. Su delgada y breve camisa de dormir estaba húmeda y pegada a sus caderas, y deseó haberse acostado desnuda...

Aun cuando en verano la temperatura diurna de Grandport no iba más allá de los noventa grados Fahrenheit, por la noche era casi siempre de unos ochenta grados. El cambio casi no se notaba. Lo incómodo era la humedad del delta y por eso, el aire de la noche era casi siempre brumoso y sin brisa alguna.

Se habían inventado varias maneras para hacer soportable el calor veraniego en la región del delta. Algunos metían las sábanas dentro del agua, y luego se envolvían en ellas, otros usaban ventiladores eléctricos que no hacían más, en realidad, que desplazar el aire cálido de una habitación de un lado a otro, los menos podían permitirse el lujo de un dormitorio con aire acondicionado y la gente rica de Grandport pasaba julio y agosto en la costa del golfo y se quedaban en Biloxi o Pass Christian hasta fines de verano. El único alivio para la mayoría de gente, procedía de la ducha refrescante que las tormentas de verano aportaban. No obstante, el húmedo y pegajoso calor siempre volvía y durante el resto de la noche era tan sofocante e incómodo como siempre.

Yaciendo en la húmeda cama, Terry durmió breves momentos, y entonces despierta de nuevo en partes, agitó nerviosamente las piernas y apretó todavía más las manos sobre su rostro. Por las abiertas ventanas no venía brisa alguna, ni siquiera un lánguido movimiento de aire, pues parecía la noche más cálida de todo el verano. («No sé lo que sería de la gente de por aquí si el verano durara más de lo que ya dura. ¡Dios nos ayude si alguna vez ocurre! Si se alargara durante dos o tres meses más, las peleas entre marido y mujer no tendrían fin, habría cuatro o cinco veces más asesinatos sin sentido, y todo ese hedor producido por el calor, volvería loca a la gente. Aun ahora, durante la última semana de agosto, todo está empapado en sudor rancio. No sólo huelen mal las ropas. Ésas tan sólo son una parte de todo. Las mismas sillas, camas, alfombras, aun las paredes de una casa, quedan empapadas de hedor a sudor viejo y te hacen desear taparte la nariz todo el tiempo. Pero, naturalmente, no puedes andar por ahí haciendo tal cosa, porque tienes que usar las manos para otros menesteres, de modo que necesitas aprender a vivir con ello como mejor puedas. Y ya sabes cómo huele la misma gente. Hasta que llegue el tiempo fresco les resulta

sencillamente imposible mantener su piel y cabello libres del hedor. Mucha gente han renunciado a mantener a raya ese tufo a fuerza de jabón y agua, y si lo intentaran, el tufo volvería tan intenso como antes, en cuanto volvieran a sudar, cinco minutos después. Nadie puede evitar sudar, durante el verano, en un clima como éste, y lo que hace que el olor sea una cosa tan mala, es que jamás se seca, se limita a ser absorbido y a quedarse allí, una capa tras otra. Y, naturalmente, ese condenado hedor de los pantanos al sur de la ciudad cuando el viento sopla hacia aquí, desde ellos, bueno... es suficiente para darle náuseas a un buitres. Así es como ocurre esta parte del país, hasta que la estación cambia después de la última semana de agosto. No sé cómo será en otros lugares del mundo donde tienen un clima cálido, pero si se parece al que tenemos aquí, siento mucha lástima por los pobres bastardos que tienen que vivir en medio de él. ¡Gracias a Dios, por un verano que concluye tan pronto como lo hace éste!»).

Terry se agitó inquietamente cuando creyó oír abrirse y cerrarse los cajones del tocador. Bostezó y abrió los ojos.

—¿Cómo te fue tu importante cita de esta noche Roma? —preguntó—. ¿Ocurrió todo tal como deseabas? ¿Está todo en orden ahora?

Pasaron varios minutos y no hubo respuesta.

Pensando que Roma había ido al cuarto de baño y no la había oído, esperó hasta percibir el sonido de pisadas al otro extremo de la habitación.

—¿Hasta qué punto vas a contármelo, Roma? Ya sabes que me muero por oírlo todo. No puedo esperar hasta mañana. ¿Dónde te encontraste con él? ¿Dónde fuisteis?

Después de lo que parecieron minutos de silencio, y preguntándose por qué Roma no pronunciaba ni una palabra, Terry se volvió súbitamente y miró a través de la habitación.

Se sintió demasiado sobresaltada para gritar, cuando vio a un desconocido, de pie al otro lado de la cama. Era enorme, con brazos peludos, y abultados músculos, y podía ver que llevaba en la mano una oxidada barra de hierro. La sostenía amenazadoramente sobre su cabeza. Antes de que pudiera gritar pidiendo ayuda, le había puesto su otra mano sobre la boca, apretando su cabeza contra la almohada. Ella trató de bajarse la camisa de dormir, pero estaba tan enredada alrededor de su cintura y caderas que no pudo hacer nada por conseguirlo. («No soy un entrometido. Todo lo que deseo es ser un buen vecino. Por eso no me gustaría que les sucediera algo malo, y no saberlo hasta que fuera demasiado tarde para ayudarlas. De modo que si ustedes, las dos chicas que viven en ese apartamento encima del mío, tienen alguna vez apuros con alguien a quien no puedan manejar, o de quien no puedan librarse, y necesitan ayuda inmediata, limítense a chillar o golpear el suelo lo bastante fuerte como para que pueda oírlos, y vendré corriendo. También puedo tener a la policía aquí sin pérdida de tiempo. Hoy en día siempre hay alguna posibilidad de que alguien se les meta en el piso y las moleste. Uno nunca sabe cuándo aparecerá un hombre con

ideas semejantes. Aun cuando ustedes son dos, las muchachas tienen que tener mucho cuidado hoy día cuando viven solas. Siempre hay la posibilidad de que alguien se haga con una llave que pueda abrir su puerta, o que encuentre algún otro medio de entrar. Ustedes, muchachas, pueden preguntarse por qué un solterón de media edad como yo sabe tanto acerca de eso. Bueno, pues he sido secretario de la policía para los tribunales durante más de veinte años y sé lo que sucede en Grandport, noche tras noche, durante todo el año»).

Aun cuando estaba temblando de puro susto, y temiendo que iba a ser violada y asesinada, Terry no podía mantener los ojos cerrados. Sabía que si vivía, no olvidaría jamás al desconocido ni su aspecto. Llegaba una hirsuta barba rubia, como si no se hubiese afeitado en días, y su pelo amarillento era muy corto. Había una larga cicatriz lívida en su cuello, que sugería que alguna vez había sido atacado a cuchilladas. Para entonces pudo ya oler el rancio hedor a sudor viejo y a lodo del pantano que saturaba su camisa y pantalones grises. Mientras la miraba en medio del sofocante calor de la habitación, gotas de sudor empezaron a brotar en el rostro del hombre para rodarle cuello abajo. Estaba ella segura de que no le había visto jamás en su vida, y se preguntaba quién era y cómo había logrado penetrar en el apartamento. No había escalera de incendios a aquel lado del edificio, ni tampoco balcones, y tan sólo una puerta de acceso. Terry estaba segura de haber cerrado la puerta cuando entró, porque tanto ella como Roma tenían buen cuidado siempre de no dejarla abierta a ninguna hora del día o de la noche.

—Ahora escúchame —dijo el hombre inclinándose sobre ella, su voz ronca y amenazadora—. Te voy a decir algo, y te lo diré tan sólo una vez. Si no quieres que te haga daño, quédate quieta y no hagas el menor ruido. Te partiré la cabeza con esta barra, si gritas una vez tan sólo, puedes estar completamente segura. ¿Comprendes lo que te digo?

Terry asintió a toda prisa y tantas veces como pudo, con la mano de él apretada contra su boca. Había un brillo cruel en sus pálidos ojos grises, y sus delgados labios eran brutales y despiadados. Había visto a hombres semejantes en la calle, allá en los barrios más bajos, cerca de la orilla del río, y siempre había temido la posibilidad de ser algún día tratada despiadadamente por alguien así. Ansiosa de prometer cualquier cosa, si ello evitaba que la asesinara, continuó asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, entonces. Ahora atiéndeme y haz lo que te diga. Y no hagas nada que yo no te mande. Tengo mucha prisa, y vas a tener que apresurarte.

El agudo aullido de la sirena de un coche de la policía sonó de pronto en la noche. Mientras lo escuchaban, Terry sentía el temblor nervioso de la mano del hombre sobre su boca. En pocos minutos, sin embargo, el sonido se perdió gradualmente en la distancia.

Mientras la vigilaba atentamente, la mano fue retirada con lentitud de sus labios.

Ahora que ya no se oía la sirena, él pareció una vez más, tranquilo y deliberado. Mientras sostenía amenazadoramente la oxidada barra de hierro, dio un paso atrás. Inmediatamente, Terry bajó su corta camisa de noche sobre sus piernas, tan abajo como pudo y apretó el extremo superior de la prenda sobre su busto. Entonces, mientras la observaba, hubo por primera vez una ligera sonrisa en el rostro del hombre.

—Nena, ¿sabes lo que haría si tuviera tiempo?

Terry sacudió la cabeza rápidamente.

—Me metería inmediatamente contigo en esta cama. Conozco tu tipo. Eres de la clase que sabe cómo cuidarse de todo. Podrías hacer cualquier cosa que se me ocurriera y ofrecer algunas ideas propias por añadidura. Esta es la clase de mujer que me gusta. ¿Y sabes lo que voy a hacer?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Volver otra vez uno de estos días, cuando tenga tiempo suficiente para ti. Recuérdalo. Es una promesa. Es una lástima que tenga tan poco tiempo ahora, pero no te preocupes... ¡Volveré!

Sentándose inclinada hacia delante, Terry alargó la mano hacia la sábana que estaba a los pies de la cama.

—¡Nada de eso! —dijo él con brusquedad, sus labios de nuevo delgados y apretados—. ¡Deja esa sábana! Sal de la cama y dame algún dinero. Quiero hasta el menor centavo que haya en el lugar, y lo quiero aprisa. Para esto estoy aquí. Muévete y haz lo que te digo.

Terry se deslizó a un lado de la cama y puso los pies en el suelo.

—No tengo mucho dinero. De verás, no lo tengo. Pero puede llevarse todo lo que haya en mi bolso. Tómelo todo. Está encima de la mesa.

—Ya oíste lo que te mandé. Te dije que fueras a buscarlo. ¡Date prisa!

Tratando de mantenerse tan lejos de su alcance como le era posible, Terry dejó la cama y corrió a través de la habitación. Él alcanzó el tocador, tan sólo unos pasos detrás de ella.

Abriendo su bolso con mano temblorosa, Terry lo volvió y sacudió hasta que estuvo completamente vacío. Mientras él observaba, la muchacha trató de separar el dinero de las barritas de labios, cajas de fósforos, y todo el resto que llevaba en el bolso. Su llave estaba a la vista, y apresuradamente trató de cubrirla con un pedazo de papel arrugado antes de que él la advirtiera. Mientras sus manos temblaban, reunió todas las monedas pequeñas en un montón, junto con varios dólares en papel.

—Es todo lo que tengo ¡todo! —dijo.

Él se acercó.

—Cuéntalo.

Terry desparramó el dinero sobre la mesa.

—¿Cuánto hay?

—Unos dos dólares en plata y cinco dólares aquí. Y otros cinco allá. Y toda esta

calderilla.

—¡Al infierno con la calderilla! ¿Es esto todo lo que tienes?

—Sí...

—No es bastante. Necesito más.

—Pero... es todo lo que tengo.

—No te creo. Busca en alguna otra parte. Necesito dinero de veras.

—No tengo más dinero en ninguna parte. Es la verdad. Le ruego que me crea. Este es el único sitio en donde guardo dinero. En mi bolso.

Él tomó el dinero y se lo metió en el bolsillo.

—Tomaré lo que tienes. No tengo tiempo de enterarme de si me mientes, pero si pensase que mentías, lo sentirías.

La echó a un lado de un empujón.

—Ahora necesito un revólver. ¿Tienes alguno? Y no vayas a mentirme acerca de ello, te lo aconsejo.

—No. —Terry sacudió la cabeza—. No...

—Puedes decirme la verdad ahora, o esperar a enterarte de lo que haré contigo si me entero que has mentido.

—Es la verdad, ¡le juro que lo es!

—Muy bien —dijo él—. Ya veremos.

Abrió de un tirón uno tras otro todos los cajones del tocador y buscó con rápidos movimientos de sus manos. Ella sabía que no encontraría revólveres, porque ni ella ni Roma habían tenido nunca uno en el apartamento, pero le preocupaba lo que pudiera hacer con ella si encontraba algún dinero que hubiera guardado y olvidado, o si hallaba alguno que Roma hubiera puesto en un cajón.

Él había casi terminado su búsqueda, cuando encontró un pequeño monedero y lo abrió.

—Probablemente me dijiste casi toda la verdad. No hay revólveres, pero aquí hay cincuenta centavos y un cuarto de dólar. Supongo que se trata de tan poco, que ni siquiera sabías que estaba ahí, ¿verdad?

—No lo sabía —replicó ella aliviada.

Después de meterse las dos monedas en el bolsillo, él se volvió y miró hacia la puerta que daba a la cocina.

—¿Cómo entró usted aquí? —preguntó Terry con cautela. Si había fallado en cerrar la puerta del apartamento, quería saberlo antes de que él se fuera, de modo que tuviera más cuidado de no permitir que algo semejante ocurriera de nuevo—. ¿Estaba abierta la puerta? ¿Es así como entró?

—No te preocupes de eso, nena, es cosa mía.

—¿Abrió usted la puerta?

Él no contestó.

—¿Cómo se hizo usted con una llave? —inquirió ella audazmente.

Tampoco replicó él.

—¿Por qué vino aquí en vez de a cualquier otro apartamento?

—Escúchame —habló airadamente, volviéndose en redondo y acercándose a ella—. Te he dicho ya una vez que cerraras el pico. Si sigues así vas a hablar lo suficiente como para meterte en un mal paso. Será mejor que espables antes de que algo te suceda.

Esperó varios momentos, pero Terry permaneció callada después de aquello. Luego, con un movimiento de la barra de hierro, él señaló la puerta de la cocina.

—Ahora quiero algo de comer, aprisa —le dijo—. Y eso quiere decir, rápido y vivo. Vete allá dentro y abre una lata de cualquier cosa. Y no se te ocurra perder tiempo.

La siguió a la cocina mientras ella se apresuraba a adelantarse y a encender la luz.

En la despensa no había más que unas pocas latas de comestibles, y Terry tomó la primera que vio. Era una lata de judías estofadas y cuando cerró la puerta del armario y trató de coger el abrelatas, la lata cayó accidentalmente al suelo. El ruido fue débil, pero ella la recogió y deliberadamente volvió a dejarla caer. El ruido no fue mayor esta segunda vez y ella supo que jamás podría despertar así al hombre del apartamento de abajo.

Mientras se inclinaba a recoger la lata, sintió un ligero golpe en las nalgas. No era lo bastante fuerte para ser doloroso, pero la hizo gritar de sorpresa.

—Deja de entretenerte por ahí, nena, y abre la lata —dijo él con una ligera sonrisa—. Estás perdiendo demasiado tiempo dejando caer cosas al suelo. Y a propósito, cuidado con chillar. Que no vuelva a oírte de nuevo.

Cuando Terry le alargó la abierta lata de judías, él ignoró el plato que había colocado sobre la mesa y le hizo señas de darle una cuchara. Mientras comenzaba a comer de la misma lata, a bocados hambrientos, no le quitó los ojos de encima («Una siempre puede saber lo que quiere un hombre, por la manera en que te mira. Y una puede normalmente, decidir desde el principio con qué se conformará. Algunos de ellos, se contentan con una buena cantidad de pantomima, sin que una tenga que llegar hasta el fin. Por esto, no hay que preocuparse de tener que ir a la cama con cada hombre con quien se sale. Pero hay veces en que es distinto, claro. Una de ellas, es cuando una misma desea al hombre en cuestión. Otra es cuando él decide aparcar el auto en alguna parte o algo semejante, y una no puede salir de su alcance, de modo que acaba fatigándose tanto, que quedas demasiado cansada para que te importe nada de nada y te alegras de hacerlo y terminar de una vez con ello. Pero creo que lo peor debe ser que algún maniático te zurre hasta dejarte inconsciente, antes de que tengas ocasión de acceder. Y ello también sucede. Lo he oído muchas veces y espero que no me ocurra nunca a mí»).

Él estaba señalándola con la cuchara.

—Nena, quiero ver que tal eres debajo de ese camisón antes de marcharme. Si no

tuviera tanta prisa, me quedaría por aquí y te dejaría tomarlo con calma, pero debo irme y no quiero hacerlo sin haber contemplado toda la panorámica. Quítatelo, nena, y déjame echarte una buena ojeada, para que pueda recordarte luego. Quiero pensar en ello todo el tiempo que tarde en regresar.

Empezó a recoger las últimas judías con la cuchara, y a masticarlas con hambre.

Terry permaneció inmóvil.

—Ya me has oído —dijo él.

—Por favor, ¡no me obligue a eso!

Él se rió.

—Estás tratando de hacer que te lo suplique, ¿verdad? Te gusta exhibirte delante de un hombre y lo has hecho muchas veces. ¡Vamos, quítate eso tal como te he dicho! No tienes que esconderte detrás de nada ni pretender timidez. No hay nadie aquí sino yo y tú.

Ella estaba todavía apretando la prenda contra sus pechos.

—Déjalo caer, nena. ¡Déjalo caer al suelo! No quiero tener que repetírtelo.

Finalmente, Terry dejó que la camisa cayera al suelo.

—Estás tan buena como pensaba, nena —recogió otra cucharada de judías del fondo de la lata—. Tienes lo que hace falta. Te veré de nuevo uno de estos días. Es una promesa. No te alejes de aquí. Espérame.

El teléfono en la sala de estar resonó estridente. Ninguno de los dos se movió mientras sonaba por segunda y tercera vez. Después, calló por un poco y entonces empezó de nuevo. Terry dio un paso hacia la puerta.

—No contestes —dijo él—. Quédate donde estás. Déjalo.

Poniendo la vacía lata y la cuchara sobre la mesa, se levantó y escuchó los agudos timbrazos en la habitación inmediata. Cuando el teléfono continuó sonando sin pausa, hizo señas a Terry de dejar la cocina y la siguió vigilante. El timbre era más agudo que nunca cuando llegaron a la sala de estar. Él tomó el aparato, y arrancó el cordón de la pared.

—No hagas nada —advirtió nerviosamente.

Se acercó a la papelera y echó el teléfono dentro de ella.

—Quédate donde estás, y no hables acerca de mí. No digas nada a la poli ni a nadie... Ni esta noche, ni ninguna otra vez. A nadie en absoluto. Si alguien te pregunta, no sabes nada, ¿verdad?

Terry negó con la cabeza apresuradamente.

—Y nunca me has visto, ¿verdad? Ni siquiera sabes qué aspecto tengo ¿no es así? Si vieras una foto mía, tampoco me reconocerías, ¿cierto?

Ella continuó sacudiendo la cabeza.

—Te diré por qué no debes saber nada de mí. Porque no querrías que te sucediera algo malo. Después de ello, no tendrías buen aspecto. Sé tu nombre y dónde vives. Vi tu nombre en la puerta cuando llegué, y no es Smith. No hay en el mundo tantos Smith como alguna gente pretende. Tu nombre es Terry Langley, y no lo olvidaré.

Voy a regresar uno de estos días cuando tenga más tiempo, y si quieres mantenerte como estás y conservar tu belleza, vas a tener la boca cerrada acerca de mí, tal como te he dicho. Piensa en ello. No quedarías nada bonita con todos tus dientes desprendidos y una cuchillada en la cara, ¿verdad? ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Sí...

—Muy bien, no lo olvides. ¡Hasta la vista!

—¿Me diría sólo una cosa? —preguntó ella con cautela.

—¿Qué es ello?

—¿Cómo se llama usted?

—No tienes por qué saberlo. Ya hay demasiada gente que lo sabe. La próxima vez que te vea, me recordarás. Esto es todo lo que necesitas saber.

Dirigiéndose rápidamente a la puerta, escuchó un momento tratando de detectar cualquier ruido fuera. Entonces, abriendo la puerta cautelosamente, pulgada a pulgada, miró al pasillo y hacia la escalera. Un momento más tarde había dejado la habitación y desaparecido.

NOVENA PARTE

EN EL APARCADERO

Eran cerca de las tres cuando Brooks consiguió por fin despertar a Harry Brothers y que contestara al teléfono. Brooks había estado llamándole por lo menos durante cinco minutos antes de oír su enronquecida voz.

—¿Qué demonios te propones despertándome a estas horas de la noche? —había gruñido Harry soñolientamente—. Son las tres de la madrugada. ¡Te demandaría por borracho y recobraría el dinero de los tragos a que te invité en el Dique, si pudiera encontrar a un juez sobrio a estas horas! Van a ser los últimos tragos que te pague jamás.

—Escucha, Harry —suplicó Brooks excitadamente—. No cuelgues el teléfono. Es importante. ¡Tienes que oírme, Harry!

—Estás bebido, hijo, asquerosamente bebido. Lo puedo oler desde aquí. Vete, vuelve a casa o márchate a cualquier parte. Alquila un cuarto y duerme la mona. Puedes llamarme mañana a mi despacho si no estás por entonces demasiado avergonzado de ti mismo. Adiós.

—¡Harry, ha sucedido algo terrible hace poco! Estoy en mi despacho del almacén y...

—¿Qué haces allí a estas horas? ¿No sabes cuándo dar la cosa por terminada y dejarlo? A esta hora no harías dinero en el negocio, aun si estuvieras completamente sobrio. Además, creía que te habías ido a casa de Gracie Wadley. Si no aceptaste mis consejos acerca de ello, sírvete colgar inmediatamente y la próxima vez recuérdame de no ofrecerte nunca más un buen consejo.

—Harry, escúchame... Te contaré lo ocurrido cuando vengas aquí. Baja tan pronto puedas, no quiero perder tiempo por teléfono. Es importante. ¡De veras, Harry!

—¿Por qué debería ir yo allí ahora? Nómbrame una sola cosa que no pueda esperar hasta el día del Juicio para recibir tratamiento legal.

—¡Harry... mi secretaria!... Roma Henderson... ya sabes a quien me refiero... ¡Está muerta! ¡De veras!... ¡Han asesinado a Roma! La estrangularon en el aparcadero detrás de mi oficina, durante la noche. Le habían arrancado todas sus ropas y la estrangularon atándole alrededor del cuello sus propias medias. Estoy seguro de que también fue violada. Quienquiera lo hizo, la dejó yaciendo en la calle, y escapó en mi auto. Debe haber sucedido hace dos o tres horas.

—¡Buen Dios! —exclamó Harry. Por aquel entonces estaba completamente despierto—. ¡Dios todopoderoso! ¿Estás seguro de que está muerta, hijo? ¿No sufrirás alucinaciones, verdad?

—Sé que lo está. No hay vida alguna en ella. Ni la más mínima. El taxista que me trajo aquí, llamó por radio a su oficina diciendo al encargado que avisara a la policía e hiciera mandar una ambulancia. La ambulancia no ha llegado todavía, y la policía parece retrasarse también. De todos modos no servirán de nada. Está ya muerta.

—¿Quién lo hizo, hijo?

—No lo sé.

—¿Dónde estabas tú cuando sucedió todo esto?

—Lo sabes bien, Harry. Recuerda lo que me dijiste acerca de ir a casa de Gracie Wadley.

—Está bien. Ahora escúchame. Quédate donde estás y no te vayas. No quiero que dejes el lugar del crimen hasta que yo tenga ocasión de llegar allí. Esto es importante. ¿Me comprendes, hijo?

—Me quedaré aquí, Harry.

Brooks había encendido todas las luces de su despacho y había abierto puertas y ventanas, de modo que hubiera tanta luz como fuera posible, iluminando el aparcadero donde el cuerpo de Roma yacía entre dos charcos de agua de lluvia dejados por las tormentas. Había desatado las medias anudadas alrededor de su cuello, apartando su corto cabello de su rostro y había cubierto el pálido y frío cuerpo con todas las prendas que ella había llevado y que pudo encontrar. A su alrededor estaban esparcidos sus zapatos, bolso y unos pedazos de papel. Las aristas y fragmentos de vidrio roto sobre las oscuras baldosas, relucían vívidamente a la luz procedente del despacho. La ciudad estaba tranquila e inmóvil a aquellas horas de la madrugada y el único ruido que se oía era el monótono croar de las ranas en las orillas del dique. La mayoría de los anuncios luminosos de Meeting Street habían sido apagados y sobre la ciudad tan sólo había un débil resplandor.

Después de telefonar a Harry Brothers, Brooks había tratado de llamar a la compañera de habitación de Roma al apartamento que ambas compartían en Park Street para contarle lo ocurrido, a fin de que pudiera ponerse en contacto con la familia de Roma, antes de que lo leyeran en el periódico o lo oyeran por radio. El teléfono de Terry dejó oír su timbre varias veces sin que contestara nadie y de pronto oyó el distintivo zumbido que señalaba avería. Llamó entonces a la operadora, pero ésta le dijo que no se podían llevar a cabo reparaciones hasta después de las ocho de la mañana. Trató de explicar que era una emergencia, y suplicó que mandaran a alguien a investigar y a restaurar el servicio, pero todo lo que la operadora hizo fue repetir lo que ya había dicho.

Brooks había esperado oír el sonido de la sirena de la ambulancia en cualquier momento pero había pasado por lo menos media hora, y ni la ambulancia ni la policía habían llegado todavía.

Llamó al cuartelillo y le dijeron que un aviso de homicidio en el aparcadero de la Compañía de Almacenaje y Acarreamiento de Grandport había sido transmitido por un mensajero de la compañía de taxis As, y que los agentes y las ambulancias siempre investigaban avisos y denuncias en el orden en que las llamadas eran recibidas y registradas en el cuartelillo. Brooks empezó a suplicar que mandaran en seguida una ambulancia, pero colgaron el teléfono antes de que pudiera terminar de hablar.

(«Por amor de Dios, si es un homicidio, se trata de un muerto, ¿no? Entonces, ¿a qué tanta prisa para que se lleven un cadáver a la morgue? Una hora o dos más, no harán la menor diferencia. Todo el mundo pretende que siempre se haga algo

inmediatamente, a toda prisa... sino antes. Por amor de Dios. ¿Cómo puede la policía hacerlo todo y encontrarse en todas partes al instante y al mismo tiempo? Hay un merodeador sospechoso en el distrito de Sunnyside. Algunos gamberros borrachos tuvieron un choque de coches y tres de ellos están desangrándose. Un hombre está dando una paliza infernal a su mujer en un “*camping*”. Un homosexual está dando un espectáculo en el vestíbulo del hotel de Grandport. Ha habido un atraco en un tenderete de hamburguesas de Market Street. Una rubia está solicitando desde una furgoneta cerca de la Escuela central Superior. Hay una queja de exhibición indecente en Park Street, tan sólo porque un pobre diablo con unas cervezas dentro del cuerpo no pudo esperar a llegar a casa y tuvo que hacer aguas a toda prisa. ¡Por amor de Dios!»).

Brooks empezó a pasear arriba y abajo por su despacho. Permaneció cerca de las puertas y ventanas y miró el cuerpo de Roma, a la luz que caía sobre el aparcadero, mientras oía los primeros sonidos de la sirena de un auto de la policía y la de una ambulancia, acercándose. Había perdido casi toda esperanza de que se pudiera hacer algo para salvar la vida de la muchacha, ahora. Estaba seguro de que ella llevaba tiempo muerta. Cuando la encontró no tenía pulso, ni le latía el corazón. No respiraba, y sus manos y rostro estaban helados. Sin embargo, deseaba que la ambulancia se apresurara para que un doctor pudiera decirle si había posibilidad de volverla a la vida por algún método milagroso.

Había recogido varias hojas de cuaderno que flotaban en los charcos de lluvia, habiendo reconocido inmediatamente la letra de Roma, y había leído ya varias veces la larga carta.

De nuevo ahora, abrió el cajón de su escritorio, donde había puesto los mojados papeles, allá donde nadie pudiera verlos. Apoyándose sobre el cajón abierto, empezó a leer lenta y silenciosamente, para sí mismo: («Queridísimo Brooks: Estoy sentada aquí, en tu coche, esperando que vuelvas. Tengo miedo, sola en la oscuridad, y no puedo dejar de imaginar que alguien me está vigilando persistentemente allá en la sombra. Pero voy a ser valiente y esperarte. Mientras siga escribiéndote, y por tanto sintiéndome tan cerca de ti, no tendré miedo. Pero date prisa, querido mío... ¡Date prisa!... ¡Te necesito tanto!... Te esperé en casa, todo el tiempo que fui capaz de soportarlo y luego no pude resistirlo y me vine aquí con la esperanza de encontrarte. Cuando vi que tu auto estaba todavía aquí me puse muy contenta, porque supe que estabas todavía en la ciudad y regresarías a por él. Sería feliz quedándome toda la noche aquí esperando tu vuelta, porque volver a verte y estar contigo es todo lo que me importa. Querido mío, este es el día más feliz de mi vida. ¡Me alegro tanto, ahora, de haberte confesado que te amaba y quería pertenecerte! Soy tuya, queridísimo, tuya, tuya, tuya... Si tuviera que esperar más tiempo para decírtelo, no podría soportarlo. Y si no vinieras aquí esta noche, me destrozaría el corazón. Me quedaré aquí hasta el amanecer, y si para entonces no has vuelto, volveré a casa y esperaré que vengas a mí. ¿Lo harás, querido mío? ¡Tienes que hacerlo! ¡Te lo ruego! Y, por

favor, ¡date prisa! De todos modos, encontrarás esta nota y entonces sabrás cuánto te necesito y deseo cada minuto de mi vida. Queridísimo, sería muy desdichada sin ti... Sé que jamás antes estuve enamorada de veras, por la manera en que siento ahora y nunca sentí antes... No creo que haga nada malo al desearte de esta manera, porque te amo muchísimo... Es como si te hubiera estado esperando toda mi vida... todo este tiempo, minuto a minuto... Y ahora soy absolutamente tuya. ¡Es tan maravilloso sentir esto! Y es también real. No es como un sueño. Quiero estar en tus brazos y apretarme contra ti, mientras me haces el amor. ¡Apresúrate! ¡No me hagas esperar más! Por el río se acerca otra tormenta y ya ha empezado a llover. Me pregunto por qué hay una tormenta tras otra esta noche... ¿Acaso porque el verano toca a su fin? ¿O significa algo más? ¿Crees que celebra el comienzo de nuestra vida juntos? ¿Es por ello que hay tantos truenos y relámpagos? Ahora la lluvia está arreciando y voy a cerrar todas las ventanillas para que cuando llegues todo esté seco y confortable. Podría estar escribiéndote eternamente, pero he terminado casi todo el papel que tenía en el cuaderno y no me queda más que otra hoja. Antes de que la haya usado del todo, quiero decirte por qué sé que estoy tan enamorada de ti, queridísimo. Tengo que decírtelo... no puedo ya guardarlo para mí misma. Todo el verano he estado deseándote. Una vez me tocaste con tu mano... no sé si a propósito... pero de todas formas lo hiciste, y fue tan excitante que deseé...»).

Brooks cerró el cajón lentamente. Entonces, se enjugó de rostro y ojos las cegadoras lágrimas. Después, dirigiéndose a la puerta, se quedó mirando el aparcamiento sin verlo, mientras se preguntaba si dejaría jamás de sentirse culpable de lo ocurrido. Sabía que su memoria no le dejaría olvidar jamás la carta que ella había escrito, por más que tratara de no pensar en la razón por la que ella no había podido concluir la última página y firmarla.

Sabía que había dejado que Roma creyera que la vería aquella noche, pero si tan sólo le hubiera dicho desde el principio que no iría a su casa ella no hubiera nunca venido aquí, en espera de encontrarle. Había sabido que ella le amaba, pero en lugar de irse a casa, se había quedado en la ciudad, tratando de telefonarla por lo menos una docena de veces durante la noche.

Aun cuando tratara de convencerse a sí mismo que había sido fiel a Maureen y no era responsable de lo ocurrido, no podía evitar sentir que era tan culpable de asesinato, como si él mismo la hubiera estrangulado. Se preguntaba si otros hombres podían sentirse atormentados por un sentimiento tal de culpabilidad, y ser capaces de seguir viviendo con una apariencia de inocencia.

Uno después de otro, como en una procesión, el coche patrulla de la policía y la ambulancia penetraron en el aparcadero. Desde la enladrillada calle, un reflector empezó a recorrer el lugar, y la ambulancia se detuvo junto al tapado cuerpo de Roma. Un momento después, con un chirrido de neumáticos, Harry Brothers llegó en

su auto.

El doctor de la ambulancia, estetoscopio en mano, se arrodilló tan sólo el tiempo suficiente para determinar a su satisfacción que Roma estaba muerta. Entonces, con una inclinación de cabeza hacia el conductor del vehículo, colocaron el cadáver sobre una camilla, lo metieron en la ambulancia y cerraron la portezuela de golpe. Todo se hizo tan aprisa y con tanta práctica, que Brooks se quedó demasiado aturdido para decir nada.

—¡Hola! —dijo el joven interno buscando en su bolsillo sus cigarrillos, mientras se enfrentaba con Brooks—. ¿Cómo está usted?

—¿Qué hay de ella? —preguntó entonces Brooks ansiosamente.

El interno encendió un cigarrillo y sacudió la cabeza con cansancio.

—No puedo detectar ninguna señal de vida —dijo sin emoción—. Está lista, pero nos llevaremos el cadáver a «emergencias» de todos modos, para el *«post mortem»*. Si no hubiera autopsia, el fiscal probablemente pedirá una encuesta antes del mediodía y entonces permitirá que se la entierre. Si hay alguien aquí que sepa su identidad, háganlo saber a su familia para que puedan arreglarlo con una funeraria. — Se apoyó en la ambulancia chupando su cigarrillo y sacudiendo de vez en cuando la cabeza con fatiga—. Durante fines de semana de verano como éste, casi hay que hacer cola para conseguir que una funeraria le entierre a uno, tan ocupados están. Éste es el tercer asesinato que hemos tenido esta noche y todavía faltan algunas horas para que amanezca. Pero siempre ocurre así en esta época del año... A fines de agosto... Me alegraré cuando termine el verano. ¿Y usted sargento?

El sargento asintió, sin levantar la cabeza de sus notas.

—Es posible que tenga usted una teoría bastante buena ahí, doctor —dijo por fin—. He estado por ahí el tiempo suficiente para saber lo que puede esperarse de esta época del año, y el año presente no es una excepción. Esos homicidios, por lo menos, han ocurrido en la época acostumbrada. El primero, cuando un vagabundo de los barrios bajos se vio con el cuello cortado antes de medianoche. Y poco después fue ese negro a quien rellenaron de plomo en unos billares. Y ahora estrangulan a esta mujer. A este paso, supongo que por lo menos habrá otro asesinato antes de que a las seis de la mañana termine mi turno. Y no me sorprendería si fueran dos...

El interno arrojó la colilla a un charco de agua.

—Creo que voy a volverme al hospital y tratar de dormir por lo menos una hora. Tengo una amiguita que estudia para enfermera y que le gusta abrigarme en cama con sus propias manos.

—Será mejor que no confíe en poder tomarlo con calma durante el resto de la noche, doctor. Cuando las tormentas se presentan a fines de verano, tal como ha sucedido hoy (y tengo el presentimiento de que habrá todavía otra antes que amanezca), tenga cuidado. Tormentas así causan más desaguisados de los que dicen que causa la luna llena...

—No soy supersticioso, sargento.

—Tal vez no, viendo que es usted médico, pero fíjese en lo que ya ha sucedido durante la noche. A lo mejor la gente en cuestión tampoco era supersticiosa, pero, de todos modos, están muertos lo mismo.

El conductor puso el motor en marcha impacientemente y el interno se acercó por fin a la portezuela y se dispuso a meterse en el vehículo.

—¿Dónde la tendrán?... su cadáver quiero decir... —preguntó Brooks siguiéndole.

—Cuando quiera reclamar el cuerpo, no tiene más que ir a la morgue —le dijo el interno—. De todos modos, y puesto que fue el primero en encontrarla, tendrá que testificar. Pero es cosa de rutina y no le llevará mucho tiempo. Mañana es sábado, y en tal día el fiscal suele apresurar las cosas para poder terminar al mediodía e irse a pescar el resto de la jornada.

La ambulancia se alejó en la noche.

—Veamos si me dan la información que necesito —dijo el sargento abriendo otra vez su libro de apuntes—. Nombre, edad, dirección, ocupación, marcas distintivas o de nacimiento si las hay, nombre de su familiar más próximo, casada o soltera, dirección del lugar donde fue encontrado el cadáver y hora aproximada en que fue descubierto —miró a Brooks sonriente inquisitivamente—. Era una mujer, ¿no?

—Sí —contestó Brooks.

—¿Bien parecida?

Brooks tan sólo pudo asentir.

Mientras continuaba respondiendo al sargento, Harry Brothers y el otro policía empezaron a recoger zapatos, bolso, papeles y todo cuanto pudieron encontrar en el lugar. Cuando terminaron, lo llevaron todo al despacho de Brooks y lo desparramaron sobre el escritorio para ser examinado y anotado; pero, aparte de unas pocas prendas más de ropa, era poco lo que habían podido hallar. No había dinero, ni identificación, ni llaves...

—Además de violación y asesinato, debe haber habido robo también —dijo el oficial recostándose en el sillón del escritorio y mirando a su alrededor—. Siempre hay algo más en el bolso de una mujer que una barra de labios, un bolígrafo y un pañuelo. Debía llevar llaves también para poder entrar donde vivía. Y la mayoría llevan también alguna identificación como licencia de conducir, tarjeta de seguro, crédito, o alguna carta con nombre y dirección...

Se inclinó a contemplar largamente la fotografía de Maureen que se hallaba como siempre colocada sobre el escritorio.

—Bien —continuó después—. Quienquiera que cometió el crimen, se llevó toda clase de cosas semejantes. Todos ellos se llevan el dinero y la mayoría toman también las llaves y la identificación a fin de poder seguir la pista y tratar de obtener más dinero en el lugar de residencia de la víctima. Todo el que escapa de la cárcel o de un campo de trabajo, necesita dinero para comer y escabullirse. Durante la mayor parte de mi vida he sido policía, y sé cómo se desarrollan tales cosas. Cuando un convicto a

prisión mayor escapa, lo primero que busca es una mujer bien parecida. Luego, se dedica a buscar dinero y un auto para escapar.

Brooks le dijo que su auto había sido robado del aparcadero.

—Había dejado usted la llave en el auto, *Mr. Ingraham*.

—No, todavía la tengo.

—Bueno, de todos modos no importa. Todos ellos saben cruzar los cables de ignición y pueden poner cualquier vehículo en marcha en un par de minutos. ¿Qué clase de automóvil era, *Mr. Ingraham*? Llamaré a la policía del Estado tan pronto vuelva al cuartelillo, y les diré que pongan piquetes.

Brooks le describió el sedán y la matrícula.

—Está bien, por el momento es toda la información que necesito —dijo el sargento guardando su libreta—. Y no hay ya razón para retenerle, *Mr. Ingraham*. Sé que quiere irse a dormir un poco. Además, su esposa está probablemente experimentando un ataque de nervios a estas alturas y preocupándose acerca de lo que puede haberle retenido hasta tan tarde. El capitán puede requerir que le dé usted alguna información adicional, o puede no preocuparse siquiera de ello. Todo depende de su humor cuando se reintegre a su turno. De todos modos estará usted a mano, ¿verdad, *Mr. Ingraham*?

—Sargento —intervino Harry—. Yo soy su abogado y usted me conoce bien. Me hago responsable de la custodia de *Mr. Ingraham*. Si le necesita de nuevo no tiene más que hacérmelo saber.

—Esto me basta, *Mr. Brothers*. ¿Cómo le van las cosas?

—Más o menos como siempre.

—¿Su esposa está bien?

—Unos días sí y otros no. Ya sabe cómo es. Tiene sus altibajos como todas las mujeres casadas.

—¿Ha tenido ya vacaciones, *Mr. Brothers*?

—No, decidí pasarme el verano sin ellas y tomarme unas semanas libres en otoño.

—Esto es muy acertado. Yo hice las mías en julio y ahora desearía haber esperado otro mes o dos. Me siento como si jamás hubiera tenido vacaciones. Es el final de verano lo que acaba conmigo. Todo en la ciudad está sudado y maloliente y uno piensa que estaría mejor sin nariz alguna para oler.

Después de que ambos policías se hubieron ido, Brooks se sentó frente a su escritorio. Se apoyó en él, y dejó caer la cabeza entre los brazos.

—¿Puedes dar cuenta de cada minuto de tu tiempo durante la noche? —preguntó Harry en seguida—. Te vi en el bar de Fred Hendrix, el Dique, al principio de la velada. Esto está en orden. Ahora dime: ¿Dónde estuviste todo el tiempo entre entonces y cuando encontraste a Roma ahí fuera?

—Te lo dije por teléfono. En casa de Gracie Wadley.

—¿Todo el tiempo?

—En absoluto.

—¿Estás seguro de que Gracie se avendría a testificar bajo juramento acerca de ello, si se tuvieran que averiguar tus movimientos?

—Lo hará si quiere decir la verdad.

—Además de Gracie Wadley, ¿a quién más viste allí?

—Al muchacho negro que trabaja en el lugar.

—Muy bien. Viste a Gracie y a Lee. ¿Puedes recordar los nombres de algunas de las chicas?

—Maldita sea, ¡no!

—¿Ni siquiera a Susie, Kitty o Tina?

—Ya te he dicho que no.

—Está bien, hijo. Tal vez impresionaste lo bastante a Gracie Wadley para que te agarrase y te dejase pasar el tiempo con ella. Por lo que sé acerca de eso, te convierte en hombre de distinción.

Brooks no tenía nada que decir.

—Bien —dijo Harry—. Veo que seguiste mi consejo de todos modos.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

—Porque entonces, Roma no estaría muerta.

—Hijo, no te echas la culpa. Quítate esa idea de la cabeza. No eres responsable en modo alguno de lo sucedido. De cualquier manera lo mires, no fue culpa tuya.

—¡Maldito si no lo fue! Si hubiera ido a su apartamento, o si ella hubiera venido al hotel de Grandport...

—¿Al hotel? —interrumpió Harry.

—No te preocupes de eso —dijo Brooks secamente.

—¡No me exasperes! Puedo ser tan hijo de perra y tan mezquino como cualquier polizone o ambicioso fiscal de distrito que trate de acusarte de asesinato luego. Ahora dime lo que haya acerca del hotel de Grandport.

—Está bien... tomé una habitación en el hotel, según te he dicho.

—¿Cuándo?

—Durante un par de horas o así. En el espacio de tiempo desde que dejé la oficina hasta que te encontré a ti en el Bar del Dique.

—Y ¿te reuniste con ella allí o no?

Brooks sacudió la cabeza.

—No pude ponerme en contacto con ella por teléfono para decírselo. Estaba siempre comunicando. Y después no contestaba nadie. Al fin, su teléfono terminó por no hacer contacto, averiado o algo semejante, cuando traté, hace poco, de llamar a su compañera de habitación.

—¿Sabes lo que hubiera sucedido si hubieras ido a su apartamento o si ella hubiera acudido al hotel? Maureen se hubiera enterado de alguna forma, tal como las

mujeres suelen, casadas o no. Las mujeres como ella son expertas, en tales cosas. No tienen más que aspirar el aire para distinguir el olor a «esposa de oficina». Es lo mismo que un sabueso, encontrando la pista de un conejo escondido en la espesura. Ya te lo dije antes. Por eso te aconsejé que fueras a casa de Gracie Wadley en vez de ello. No permitas jamás que una bonita secretaria se te eche en los brazos. Despídela, y alquila a su abuela. Recuérдалo desde ahora. Si quieres decorar tu oficina, hazte con cortinas nuevas o algo semejante. Sólo porque una secretaria guapa con un trasero provocador agarra la fiebre de agosto y padece una erupción sexual, y te hace una oferta a base de espectáculo visual...

—¡Cierra el pico! —dijo Brooks airadamente.

—Hijo, te estoy recordando tan sólo lo que ya deberías saber a estas alturas acerca del tipo de secretaria atractiva, y lo que puede suceder en esta época del año, cuando les coge una erupción sexual. ¡Maldita sea! ¡Es su estación de calentura! Una señal segura de ello, es cuando el tiempo se vuelve lo bastante caluroso, como para que tengan una buena excusa para quitarse sus sostenes y fajas y todo lo demás que puedan quitarse. Es entonces cuando van coqueteando por la calle, camino del trabajo, por la mañana, y persisten en contonearse por tu despacho todo el día, como si se tratara del cuarto de vestir de un apartamento nupcial.

—He dicho que cierres el pico.

—Está bien, me callaré.

—Y no lo repitas.

—Muy bien, hijo, muy bien. No te excites. No lo repetiré. Pero voy a decirte algo más, y deseo que me escuches. Vete ahora a casa, y dile a Maureen todo lo que ha sucedido esta noche, desde las cinco de la tarde hasta ahora. ¡Todo! Y quiero decir, realmente todo. No te dejes nada. Cuéntale acerca de Gracie Wadley y todo eso. He practicado leyes durante el tiempo suficiente como para saber lo que sucede en casos semejantes. Lo ocurrido esta noche va a ser del dominio público, y tú lo sabes. De modo que no creas que puedes ocultar a tu mujer lo que toda la ciudad va a saber y a comentar. Aparecerá en el periódico de la mañana, y también en la radio y la televisión. Y ya sabes lo sensacionalistas que pueden ser acerca de algo semejante. Una emisora que funcione durante toda la noche, dará seguramente la noticia antes de la mañana. Vete a casa ahora, y dile a Maureen exactamente lo que ha sucedido, antes de que lo oiga por algún otro conducto. Maureen es lo bastante mujer para comprender. No te lo tendrá en cuenta por mucho tiempo. Al principio se pondrá furiosa como mil diablos, pero te perdonará... si se lo cuentas antes de que alguien más lo haga.

—Eso es lo que tú crees, Harry. Tú no conoces a Maureen como yo.

—Bien, si tú sabes una manera mejor de arreglar las cosas dime cuál es.

—Esto es lo malo. No sé ninguna. La única vez en que tú te enfrentas con Maureen, es cuando hace su papel de anfitriona encantadora o de invitada ocurrente. Pero yo la conozco el resto del tiempo y es por ello que la temo con toda mi alma,

Harry... Si se halla en uno de sus malos momentos... si ha bebido durante la noche, puede durarle dos o tres días. No me escuchará si está así. Y sé que ahora está furiosa porque le dije que iba a permanecer en la ciudad hasta tarde. No es que le importara realmente, pero me dijo que no lo hiciera... y lo hice. Probablemente ha estado bebiendo como un demonio, esperando que regrese a casa. Y estará demasiado bebida para oír siquiera lo que le diga. Es por esto por lo que no servirá de nada tratar de explicarle lo sucedido...

—Recuerda lo que te dije acerca de Maureen, hijo. Puede que sea una alcohólica, una vulgar camorrista, una neurótica, o cualquier otra cosa que puedas encontrar en la vida real o en la literatura, pero es la madre de tus hijos. Sería diferente si tú quisieras irte a vivir con otra mujer, pero no es eso lo que deseas. Quieres conservar un hogar para tus dos muchachos. No olvides su bienestar.

Ninguno de los dos habló hasta que atravesaban la ciudad dirigiéndose al norte.

Cuando Brooks detuvo el auto frente a la casa de piedra gris de dos pisos, Harry alargó la mano y tomó a Brooks del brazo.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, Harry.

El automóvil tomó pronto velocidad, y desapareció de la oscura calle bordeada de árboles, en dirección a las afueras.

DÉCIMA PARTE
«GREENFIELDS»

Cuando Brooks dejó la solitaria carretera rural y condujo el sedán de Harry Brothers por el sendero circular de acceso a su casa, era precisamente una hora antes del amanecer.

Durante todo el camino desde Grandport, había estado viendo los vívidos relámpagos que cruzaban el horizonte por el lado sur, y las estrellas desapareciendo una tras otra, mientras una violenta tormenta de truenos, la tercera de la noche, empañaba gradualmente el cielo avanzando hacia el norte por el delta.

Aun con la corriente de aire producida por el vehículo en movimiento, aun con todas las ventanillas bajadas y sin chaqueta y con el cuello aflojado, la noche de agosto era sofocante, húmeda y pegajosa.

Era fácil acostumbrarse a las temperaturas más normales de junio y julio; pero a fines de agosto, después de tres meses de despiadado calor, los nervios estaban destrozados y los temperamentos requerían muy poco para estallar en actos de violencia. («Cuando uno vive en el delta por tanto tiempo como he vivido yo, en esta época del año, uno espera peleas a puñetazo limpio, cuchilladas y asesinato llano y liso. Siempre ha sido igual desde que puedo recordar y todavía no he notado que mejorara la cosa. ¿Qué impulsa a la gente a cosas semejantes? Se necesitaría a alguien más listo que yo para explicarlo. Todo lo que sé es que cada año, a fines de verano, ocurre lo mismo...»).

Desde Meeting Street en Grandport, hasta la blanca mansión adornada con columnas que Maureen heredara de su padre, había menos de siete millas de distancia y unos veinte minutos en auto por la estrecha y empinada carretera. Sin preocuparse del coste, el padre de Maureen había levantado el elegante edificio de tres pisos, ubicándolo al este, hacia el sol naciente. Poseía un amplio pórtico, decorativos balcones de hierro forjado y casi dos docenas de dormitorios. Detrás, al lado este de la casa, habían establos, graneros, gallineros, un cobertizo que servía de matadero, un invernadero, un taller y una fila de cabañas de ladrillo de dos habitaciones para los criados negros de la casa y los trabajadores de la granja. Los edificios abarcaban toda la superficie de un promontorio de forma alargada, que era la altura mayor en muchas millas. De ordinario, desde el piso superior de la mansión podía divisarse una despejada vista de los pinares y llanuras del noroeste, con un radio visual de cincuenta millas.

La explanada donde se asentaba la casa tenía casi media milla de extensión, se hallaba a casi cincuenta pies de altura sobre los latifundios y terrenos pantanosos que la rodeaban y durante los últimos cincuenta años la impresionante mansión con sus columnas había sido un hito familiar de referencia para los cazadores de patos y los tramperos que habitaban junto a los sinuosos arroyuelos y ensenadas. («Hoy en día ya no se edifica así, no importa cuán rico pueda ser un hombre o cuánto dinero pueda tener su mujer. En la actualidad, si un hombre hace algún dinero, lo gasta en cosas que no duran más que una barra de chocolate de a diez centavos. Fijaos, sino, en cómo la gente parece tener miedo de alejarse demasiado de una ciudad y edificar una

casa en donde vivir sólidamente. Prefieren vivir todos hacinados en casitas de cinco pies de anchura, pegadas unas a otras. Se les pregunta, y nadie parece saber exactamente qué es lo que temen o siquiera por qué temen, pero se les ve por todo Grandport, metidos en esas cajitas de cemento y temblando como conejos que oyeran acercarse la jauría»).

Abarcando varios cientos de acres de verde terreno fluvial, y rodeada y entrecruzada de blancas vallas de madera, la hacienda había sido llamada siempre «Greenfields^[2]».

La firme creencia de muchos ciudadanos ancianos del Condado de Levesque era que el promontorio donde se asentaba «Greenfields» había sido un cementerio y terreno ceremonial de los indios construido laboriosamente para el propósito, pero después de años de excavaciones espasmódicas, no se habían jamás encontrado reliquias ni artefactos. Algunos opinaban que el montículo era el resultado de un desprendimiento de tierras ocurrido en el período glaciario, otros aseguraban que no podía haber habido elevación alguna de terreno en una latitud semejante. Sea como fuere, como quiera que había evidencia de un estrato interior de pizarra, era posible que el promontorio hubiera formado alguna vez parte de una meseta habiendo resistido de algún modo la erosión producida por las pesadas tormentas estivales y también, antes de que se construyera el dique, las inundaciones primaverales periódicas del Río Arcadia, que tenía su curso a unas millas de distancia.

Brooks permanecía todavía en el auto mirando la tormenta que se avecinaba. Mientras oía los truenos cada vez más fuertes que seguían a cada zig zag de los relámpagos, procuró calmarse. Sin embargo, cuanto más esperaba, más temía el mal rato de tener que contar a Maureen la muerte de Roma y tratar de explicarle por qué se sentía responsable de la misma. La luz del pórtico estaba encendida, y así mismo, la mayoría de las habitaciones de la planta baja permanecían iluminadas. En las estancias ocupadas por Tommy y Pete no había luz y Brooks se preguntó si habrían pasado miedo durante la noche con tanto trueno y relámpago.

Vio aparcado frente a la casa el convertible blanco de Bill Dunmore, pero ni en el sendero ni en el garaje pudo divisar el auto de Maureen. Francie y Bill les visitaban frecuentemente, pero nunca se habían quedado hasta tan tarde y se preguntó por qué se hallaban allí ahora. La única explicación que se le ocurrió fue que habían asistido a alguna reunión tardía y que cuando pasaron frente a la casa y vieron que estaba todavía iluminada, habían entrado a tomar unas copas.

De todos modos, Brooks se alegró de que Maureen estuviera todavía levantada. Recordando una vez más lo que Harry Brothers le había aconsejado, pensó que lo más acertado sería decírselo todo a Maureen inmediatamente en lugar de esperar a que despertara luego por la mañana. Si esperaba hasta entonces, había posibilidad de que Maureen se levantara antes que él y lo oyera todo por radio o por medio de

alguna amiga que la telefonara al enterarse. («Es tal como antes te dije, hijo. Tienes que tener mucho mucho cuidado con Maureen. Tiene todas esas reacciones imprevisibles, erráticas y astutas de la mujer neurótica. No pretendo ser un psicólogo ni un psiquiatra experto. Ni siquiera un aficionado pasable. Pero un abogado aprende a reconocer ciertas señales de animosidad en la gente. Cuando a una mujer le pasa eso, adquiere dos personalidades enteramente distintas. En un momento dado, puede ser encantadora y tierna y al siguiente se revolverá contra ti y te arrancará la oreja de un mordisco antes de que te des cuenta de lo ocurrido. Es la manera de ser de esa clase de mujeres y por esto te digo que puede resultar peligrosa. No es que pretenda criticar a Maureen de una manera personal. Tengo más caletre que criticar a la esposa de un hombre en su cara. Me estoy refiriendo a las mujeres neuróticas en general, las que adquieren algún resentimiento y lo cultivan igual que alguna gente cultiva un feudo familiar hasta que alguien se encuentra con la barriga llena de arsénico o de pólvora y plomo. Y cuando una mujer que alberga un rencor semejante se va a emborracharse, es probable que el peligro sea doble. Por esto, no quiero que olvides ni un solo minuto que, ocurra lo que ocurra, corres el riesgo de que pida el divorcio antes de que tus camisas tengan tiempo de ser devueltas por la lavandería. Cuando veas a Maureen, ten cuidado, hijo. Protégete a ti mismo y no se te ocurra volverle la espalda...»).

Brooks había ya salido del auto y se disponía a encaminarse a la puerta, cuando Bill Dunmore salió de la casa y fue a su encuentro por los escalones del pórtico. Bill le agarró del brazo fuertemente, y él se dio inmediata cuenta de que su expresión era grave y seria.

—Me alegro de que hayas llegado —le dijo en seguida manteniendo queda su voz que corrientemente era estentórea—. He estado a la espera de las luces de tu auto desde medianoche.

—¿Por qué?

—Quería verte antes de que pudieras entrar.

—¿Verme? ¿Acerca de qué? Tú no acostumbras a venir hasta aquí sólo para esperarme.

—Esto es distinto, Brooks.

—¿Es que oíste algo por radio?

—¿Oír algo? Nada... excepto un montón de música...

—¿Nada más? ¿Estás seguro de ello?

—No he estado prestando atención a la radio, Brooks. Me he limitado a esperar tu vuelta. Sin embargo, Maureen puso la radio y ha estado escuchándola. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tan sólo me lo preguntaba. De todos modos. ¿Qué haces aquí tan tarde? Pronto será de día.

Bill le relató el accidente que Maureen había tenido camino del Club al principio de la velada y le dijo que él y Francie la habían traído a casa a medianoche.

—¿Se hizo daño?

—No. Nada serio. Pero el auto ha quedado atascado en una zanja.

—Por lo menos, me alegro que ella esté bien...

—Brooks, cuando llegamos aquí, no pensaba quedarme —dijo Bill gravemente—. Pero no podía marcharme y dejarla sola. No sabía dónde llamarte, y Maureen dijo que tampoco lo sabía ella, así que tuve que quedarme y esperar tu regreso. No se podía hacer nada más. Francie no pudo mantenerse despierta y lleva dos horas durmiendo en un sofá. Pero Maureen...

—¿Qué le pasa a Maureen?

—Está furiosa porque te quedaste en la ciudad, Brooks. Repite una y otra vez que te mandó regresar a las cinco y que tú rehusaste hacerlo. Ha estado diciendo lo mismo durante toda la noche. A estas alturas ha hecho un drama de ello y jamás vi a nadie más resentido. Yo traté de tomarlo a broma. Le dije que todo el mundo sabe que es buena política para un jefe tomarse un interés personal por su secretaria para que ésta se sienta feliz y sea más eficiente y que la mejor manera de lograrlo es llevándosela a cenar y al *cabaret* de vez en cuando. Pero no sirvió de nada. A juzgar por el modo en que Maureen habla, ahora no le importaría siquiera si hubieses salido de veras con otra mujer. Todo lo que repite es que vas a pagárselas por no haber hecho lo que te dijo. Parece un pobre motivo para que se haya disgustado y resentido de esa manera, pero te aseguro que está fuera de sí. Es la primera vez que la veo en tal estado. Ha estado bebiendo durante toda la noche... ha bebido demasiado para cualquiera. Ha bebido tanto como para marear a dos marinos juntos y todavía continúa con ello. Hace unas horas se pasó del *whisky* escocés a la ginebra, directa de la botella. He hecho todo lo posible para convencerla que lo dejara ya y tratara de serenarse, pero todo ha sido inútil y no tenía derecho a forzarla, ¿verdad?

—Gracias, Bill. Lo comprendo. Y te lo agradezco mucho. Siento que todo esto os tuviera a ti y a Francie despiertos hasta tan tarde. Te devolveré el favor tan pronto tenga ocasión. Ya lo sabes...

—Oh, no me importó esperarte, Brooks, pero es que no comprendo como una cosa tan insignificante como que tuvieras que quedarte en la ciudad pudo enfadarla y disgustarla tanto.

—¿Estás seguro que se trata sólo de eso?

—Es lo único que yo oí. ¿Es que hay más?

—No te preocupes —dijo Brooks rápidamente—. Espera a la mañana. Ya te enterarás entonces de todo... Y aún será demasiado pronto para ello. Ahora deseo ver a Maureen.

No tenía intención de perder el tiempo contando a Bill Dunmore lo sucedido a Roma y tratando de explicarle porque se sentía culpable de que hubiera sido estrangulada detrás del almacén, dentro de su propio auto.

—Está bien. Si es eso lo que deseas, esperaré a la mañana para oír lo que sea — replicó Bill volviendo a subir los peldaños de la entrada—. De todos modos, será mejor que te apresures a cuidarte de Maureen. Iré a buscar a Francie y nos iremos tan pronto sea posible.

Mientras esperaba que Francie y Bill se marcharan para poder verse a solas con Maureen, Brooks paseó nerviosamente por el césped. Soplaban por entonces un fuerte viento y sintió las primeras gotas de lluvia sobre el rostro. El aire empezaba a tener la calidad de un cambio de estación, y aun los relámpagos y truenos parecían subyugados, menos espectaculares, a medida que la tercera tempestad de la noche se movía hacia el norte sobre el delta.

No tardaría en amanecer y el alba pondría un misericordioso fin a los fieros elementos desatados y al trágico calor de aquel último día de verano. («Un cambio de estación se espera siempre con impaciencia. Después de un invierno duro, el cambio viene de una manera perezosa, titubeante, pero es violento cuando se trata del final del verano después de que uno haya sido asado por el calor. En invierno, puede ser que la gente se sienta inquieta y susceptible mientras espera la primavera, pero en verano... bueno, cuando se han pasado muchos de ellos, ya sabe lo que cabe esperar. Apuesto a que uno de estos días empezaremos a disparar fuegos artificiales y a celebrar el final del verano, como lo hacemos el 4 de julio^[3] o la víspera de año Nuevo»).

Francie y Bill salieron de la casa y agitando amistosamente las manos, pero sin detenerse a charlar, se dirigieron a su auto. La pesada lluvia, impulsada por un fuerte viento les obligaba a correr para no mojarse. Momentos más tarde, el auto salía rugiendo del sendero...

Brooks se apresuró a subir los escalones y cruzando el amplio pórtico entró en la casa en busca de Maureen. Tan pronto hubo abierto la puerta, pudo oír la estridente música de una emisora nocturna y se preguntó si Maureen habría escuchado el boletín de noticias locales y sabría ya lo ocurrido.

Se detuvo en el umbral de la sala de estar y mirando a Maureen a la brillante luz eléctrica, sintió el temor y la piedad que siempre le asaltaban cuando la veía en aquel estado. («Todo el mundo en Grandport tiene su teoría particular acerca de por qué Maureen trata a Brooks como lo hace y creo que mi razonamiento es tan bueno como el de cualquiera. Para empezar, se casó con él para tener a alguien que ocupara el lugar de su indulgente padre. Al mismo tiempo, quería que Brooks fuera un príncipe de romance pero, naturalmente, resultó que era tan sólo un tipo corriente, como usted y yo. Entonces Maureen empezó a envejecer y se dio cuenta de que no podía conservar su belleza. ¿Y qué sucedió? Le echó la culpa a Brooks de su infelicidad. Le hizo sufrir por ella. Se propuso hacerle daño hasta que le obligara a admitir que era el culpable de todas sus desdichas. Cuando Maureen se casó con Brooks, sabía que era

un pobre muchacho pueblerino con un fuerte deseo de abrirse camino. Y todo lo que ella ha venido haciendo desde entonces, demuestra un despecho calculado. Primero le pone un negocio con el dinero heredado de su padre y entonces, cuando él logra convertir una empresa de acarreo que estaba arruinada en un gran éxito, a fuerza de trabajo y habilidad, empieza a burlarse de él y a despreciarle ante sus amigos de la alta sociedad. Nunca pierde una oportunidad de decir que fue ella quien le enseñó a hacer un dólar, pero que es demasiado estúpido para aprender a usar adecuadamente una cuchara de sopa. Y ésta es, más o menos, la manera más amable en que habla de él»).

Mientras Brooks la observaba desde la puerta, se preguntaba si estaba despierta o dormida. Tenía los ojos cerrados y él no deseaba sobresaltarla. Maureen se hallaba recostada en una enorme silla, descalza y desaliñada, su blusa y pantalones manchados de ginebra derramada. Había perdido o arrancado algunos botones de su blusa y uno de sus pechos estaba suelto y expuesto. («Maureen ha encontrado muchas maneras de hacer daño a Brooks desde que se casaron. Ya la habéis oído referirse a sus padres. Aun ahora, después de tanto tiempo, cuando Brooks quiere visitarles no va con él ni le permite que se lleve a los niños a ver a sus abuelos. Y desde luego, nunca le deja llevarse a sus padres a su casa. Ahora bien, admitiréis que tiene que haber algo raro en una mujer que no quiera alternar con los padres de su marido. Una persona semejante no se detendrá ante nada. Y un día de estos, lo que Maureen tiene de neurótico, va a llevarla demasiado lejos»).

Apartándose del umbral, Brooks se acercó primero a la radio y la cerró. Luego, se aproximó a Maureen y le colocó una mano sobre el brazo.

—Maureen... —murmuró—. Maureen...

Ella movió los hombros y frotó la parte trasera de su cabeza contra el dorso de la silla.

—Soy yo, Maureen... Despierta...

La besó en la mejilla.

Ella abrió los ojos lentamente y volvió la cabeza hasta que pudo verle el rostro. Un momento después le había dado con el codo tan fuerte como pudo.

—¿Has cerrado esa radio? ¿Te dije yo que podías cerrarla? ¡Si quiero que cierres la radio, ya te lo diré! Es mi propia radio. ¡Quítale tus condenadas manos de encima!

—Todo irá bien ahora, Maureen... —dijo Brooks suavemente—. Voy a cuidarme de ti...

Ella trató de darle de nuevo con el codo y tuvo que esquivarla con rapidez.

—¡Yo sé cuándo todo va bien! Nadie va a venir a mi casa y decirme nada. Si quieres ser alguien ¿porque no volviste esta noche tal como te dije que hicieras? Un condenado don nadie, eso es lo que eres. ¡Lárgate y déjame sola!

La lluvia golpeaba las ventanas sin ruido y los últimos truenos apagados iban

desvaneciéndose en la distancia.

—Maureen —dijo él conciliadoramente—. Vayamos arriba...

Incorporándose vivamente Maureen agarró su propio pecho descubierto, lo miró un momento y lo introdujo bruscamente dentro de la blusa. Cuando se dio cuenta de que no podía abrochar ésta, arrancó furiosamente todos los demás botones.

—Te sentirás mejor cuando te meta en cama —dijo él—. Te llevaré en brazos, Maureen...

Alargando el brazo por detrás de la silla Maureen cogió la botella de ginebra y se la tiró a la cabeza con todas sus fuerzas. Brooks esquivó, y la botella fue a estrellarse contra un cuadro enmarcado en cristal que pendía de la pared, a su espalda. Irritada y furiosa por el estropicio, Maureen se puso en pie y empezó a atacarle con codos y puños. («¡Hay que ver las agallas que tuvo tu gente cuando te puso un nombre tan pretencioso como Brooks! ¡Brooks! ¡Brooks! ¡Brooks! ¿Quién te crees que eres? La gente como tú deberíais ser llamados algo ordinario, tal como sois tú y tu familia de condenados campesinos. Cualquiera que no supiera de qué va, creería que eres alguien de importancia. ¡Pero no yo! ¡Yo soy una hembra con todas las de la ley y sé hasta qué punto eres un condenado don nadie... condenado señor Don Nadie!»).

Brooks estaba sujetando sus muñecas fuertemente.

—Acaba con eso, Maureen —le dijo con dureza—. Tengo que decirte algo y vas a escucharme. Maureen... es algo muy importante. Se trata de algo que ocurrió durante la noche en la ciudad. Quiero que lo sepas todo, ¿me comprendes?

—¡Maldito seas! ¡Suéltame! ¡Déjame!, ¿me oyes? ¡No quiero saber nada de ti! ¡He terminado contigo! ¡Maldito lo que me importa lo que hiciste o lo que te sucedió! ¡Ni siquiera quiero verte de nuevo! Si te acercas a mí bobeando, te arranco tu hombría de un mordisco. ¡Vete al infierno señor Don Nadie!

Empujándola rudamente la obligó a caer sobre el sofá. En lugar de tratar de levantarse, Maureen se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar, mientras su cuerpo entero temblaba violentamente.

—Maureen... me quedé en la ciudad para ver a Roma... Roma Henderson... Mi secretaria. No debí haberlo hecho y quisiera no haberlo hecho... Recordarás lo que te dije cuando hablamos por teléfono a las cinco de la tarde... Pues bien, no te dije la verdad. Lo siento y no volveré a hacerlo. Sin embargo no la vi... Ocurrió algo... Eso es lo que deseo contarte. ¿Oíste algo por la radio durante la noche? ¿Sabes lo sucedido?

Ella le miró con las mejillas cubiertas de lágrimas y le alargó los brazos.

—Oh, por favor, ¡perdóname, querido mío! —gritó entre sollozos convulsivos—. ¡Por amor de Dios, perdóname! ¡No quería decir nada de lo que he dicho! ¡Te amo, querido mío! Lo retiro todo... cada palabra que he pronunciado... ¡No quería decirlo! ¡Te juro que no quería! ¡Por favor, perdóname!... Por favor... por favor... ¡Por amor de Dios! ¡Te quiero tanto, amor mío! ¡Yo soy la única mujer para ti! ¡Nadie puede tenerte sino yo! ¡No me dejes nunca!

Arrodillándose a su lado, Brooks la rodeó con sus brazos y besó las mojadas mejillas.

—Todo irá bien ahora... —dijo con ternura—. Te amo, Maureen. Te amaré siempre...

—Sí, querido, sí... —la voz de ella se tornó queda, hasta que era apenas un susurro—. Quiero que me ames... ¡Siempre! —Apartándose la ropa y apretándose contra él con todas sus fuerzas, le besó hasta sentir que su cuerpo se tensaba—. ¡Nadie más ha de tenerte, queridísimo! ¡Nadie, nadie! ¡Nadie más! ¡Me perteneces!

Afuera, la lluvia había empezado a caer en sucesivas oleadas de pesado aguacero que golpeaban ruidosamente los cristales de las ventanas.

Dentro de la casa, la sala de estar fue transformándose gradualmente en sus colores y dimensiones a la pálida claridad grisácea del lluvioso amanecer. Las coloridas paredes parecieron retroceder y la alfombra amarilla adquirió una tonalidad sucia y pobre. Como si su luz hubiera dejado de tener utilidad, el brillo de las lámparas fue disminuyendo. Incluso los muebles adquirieron la extraña apariencia de haber sido movidos y colocados por toda la habitación en extrañas posiciones. («Habréis visto a los hombres reunidos hablando acerca de mujeres y ya sabéis: cada uno de ellos tiene una idea diferente acerca de cómo hay que tratarlas para llevarse bien con ellas. Y si creéis que podéis adoptar una o una docena de esas grandes ideas para que os sirva con vuestra propia mujer o cualquier otra, estaréis locos. La razón de que no es posible que os sirva ninguna de ellas, es que las mujeres no razonan igual que lo hacemos los hombres. Tienen su propia manera secreta de pensar. Un hombre sigue, año tras año, viviendo según unas reglas y unas costumbres que se pueden predecir de antemano. Según sea su naturaleza, es afectuoso y fiel, mezquino o tacaño. Y siempre sabe lo que es, en sí mismo. Pero las reacciones de una mujer son tan imprevisibles que ni siquiera ellas mismas saben lo que van a hacer de un momento a otro. Esta es una cosa que las mujeres no mencionan. No lo hacen ni siquiera entre ellas, cuando están enfrascadas en charlar como suelen. Vivirán con un hombre durante diez o quince años y serán durante todo el tiempo tan cariñosas y fieles como se pueda ser, y de pronto, sin más ni más, su amor se convertirá en odio y harán todo lo posible para hacer sufrir a su hombre más que a un perro al que matan a patadas. Y si preguntáis a cualquiera de ellas qué ha sucedido, y por qué ha sucedido, ni ella misma lo sabrá, pero se excusará diciendo que se cansó de que él apartara en sueños las mantas de la cama cada noche, o que no podía soportar más verle llevar una corbata de lazo. Cosas sin importancia como esas... De todos modos, eso ocurre cuando obran según eso que llaman “su intuición”. ¡Intuición! ¡Tonterías! Se trata tan sólo de una excusa de mujer para poder salirse de sus casillas. Es por esto que una mujer puede un día amarte más que a su vida, y pegarte un tiro al siguiente. Y en lo que a ella concierne, tan natural es una cosa como la otra. Por esto, el hombre comete

un error y se mete en líos cuando cree que una mujer es sencillamente un ser humano como él en el sexo femenino»).

Brooks notó cómo de pronto el cuerpo de Maureen se ponía tenso y rígido.

—Dame un condenado trago —dijo ella apartándole—. Ginebra. Quiero más condenada ginebra.

—Está bien, Maureen. Tan sólo un sorbo más y nos iremos a la cama.

La dejó en el sofá y se fue hacia la mesita que se encontraba en un rincón alejado de la habitación. Puso hielo en dos vasos, y los llenó hasta el borde de ginebra.

Cuando se volvió, disponiéndose a volver junto al sofá, vio a Maureen de pie junto a él, desnuda y desafiante, con el brazo derecho oculto tras la espalda. Brooks sonrió, indeciso.

—Maureen, ¿qué haces?

—Voy a ajustarte las cuentas. ¡Nunca más podrás mirar a otra mujer!

Él sostenía todavía los dos vasos y se hizo a un lado para dejarlos sobre la mesita.

—¿Qué quieres decir, Maureen...?

Entonces vio cómo ella levantaba sobre su cabeza el cuello roto de la botella de ginebra.

—¡No hagas eso, Maureen! ¡No lo hagas...!

Trató de agarrarla del brazo, pero era demasiado tarde para poder detenerla. Hubo un centelleo en las aristas del cristal roto, y entonces sintió los cortantes golpes de éstas. El agudo dolor se extendió por todo su cuerpo mientras sus ojos se nublaban y luego se quedaban ciegos por completo. Por algún tiempo se quedó allí, como si estuviera perdido y demasiado confuso para encontrar su camino. Luego extendió ambas manos y trató de encontrar una silla, pero todo lo que logró fue tropezar ciegamente en las tinieblas que le envolvían. Por fin, abrió los labios como buscando palabras que decir y entonces, con un desesperado grito de dolor, cayó pesadamente al suelo...

Maureen miró el vidrio roto y manchado de sangre que sostenía en la mano y lo arrojó lejos de sí apresuradamente. Después, cayendo de rodillas junto a él, puso su rostro contra el de Brooks y le sostuvo tiernamente entre sus brazos mientras rompía histéricamente en sollozos.

—Brooks... amor mío... ¡Me alegro tanto de que todo haya terminado por fin! Todo este tiempo supe que tendría que hacerte daño del peor modo que pudiera... que tendría que hacerte sufrir... No podía evitarlo... Simplemente tenía que hacerlo... Ahora puedo decirte la verdad acerca de ello. Y quiero que la sepas. Esta fue la razón por la que me casé contigo... para poder hacerte daño... la única razón. Mentí en todo lo demás... Brooks... querido mío... Ahora te estoy diciendo la verdad... ¡Tienes que creerme! No sé por qué sería que tenía que hacerte daño antes de poder amarte... ¡Es una cosa tan cruel y terrible...! Pero ¡eres tan bueno! ¡Demasiado bueno para mí! Y eso me hacía odiarte y desear hacerte sufrir... ¡No podía evitarlo! ¡Te juro que no podía! Y ahora te amo, queridísimo... ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Tienes que

creerme! Te prometo que voy a seguir amándote cada minuto y cuidar de ti para el resto de mi vida... Desde ahora, viviré tan sólo para esto... ¡Brooks...! ¡Amor mío...! ¡Por favor, di que me crees...! ¡Te quiero tanto, ahora...!

Bill Dunmore apareció en la puerta súbitamente. Pudo oír hablar a Maureen en algún lugar de la habitación, pero no pudo verla inmediatamente a la débil claridad del alba.

—Maureen... Simplemente, tuve que volver para ver si todo iba bien. Ya sé que debí llamar antes de entrar así, pero...

Con el rostro cubierto de lágrimas y los labios temblorosos, Maureen se puso en pie y le hizo señas frenéticas de acercarse.

—¡Buen Dios! —exclamó él cuando se hubo aproximado y vio a Brooks en el suelo—. ¡Maureen...! ¿Qué...?

—¡Date prisa, Bill! —suplicó ella con voz aguda—. ¡Ayúdame para que Brooks no tenga que sufrir ya más! Llama al médico... a una ambulancia... Di a todos que corran... que hagan algo... ¡Date prisa, por amor de Dios! ¡No volverá a suceder! ¡Lo prometo! ¡Lo prometo!



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

[1] Zorrillo. (*N. de la T.*). <<

[2] «Campos verdes». (*N. de la T.*). <<

[3] Día de la Independencia americana. <<